

«En el corazón del mundo»



PROGRAMACIÓN DIOCESANA 2011-2012

Diócesis de Orihuela - Alicante

PROGRAMACIÓN DIOCESANA 2011 - 2012





Índice

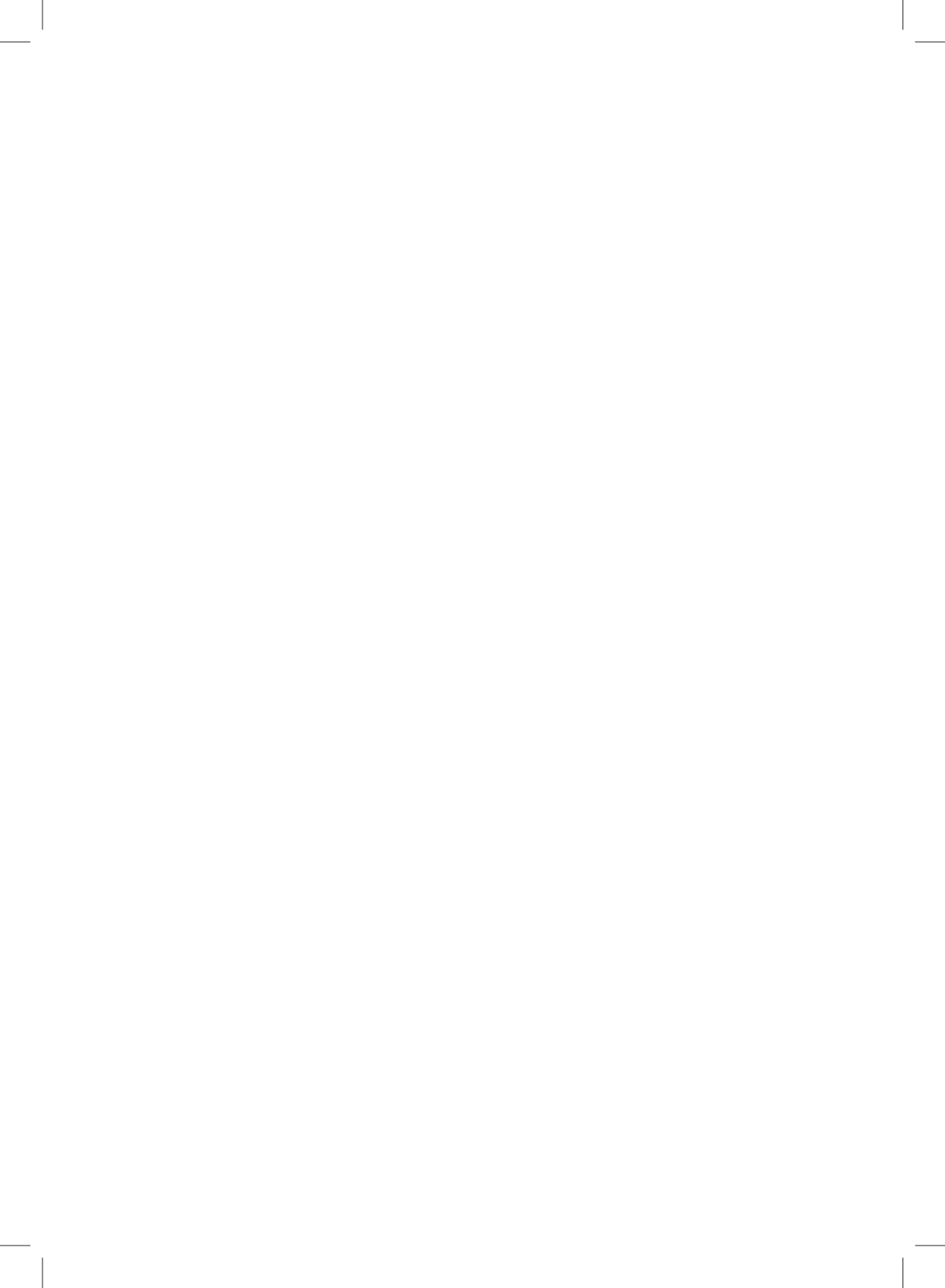
«Arrraigados y edificados en Cristo»	7
Plan Diocesano de Pastoral 2011-2014	11
Pla Diocesà de Pastoral 2011-2014	23
Materiales de apoyo:	
<i>La renovación de la comunidad parroquial católica, cuidando especialmente, la animación «vocacional» de la acción pastoral</i> , Lorenzo Trujillo	
	35
Documentación de interés:	
1- Carta Apostólica en forma de «Motu proprio» <i>Ubicumque et Semper</i> del Sumo Pontífice Benedicto XVI con la cual se instituye el Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización	
	85
Discursos de Benedicto XVI en la JMJ:	
2 - A las jóvenes religiosas	95
3 - Encuentro con profesores universitarios jóvenes	101
4 - Homilía en la Santa Misa con los seminaristas	109
5 - Vigilia de Oración con los jóvenes en Cuatro Vientos	117
6 - Homilía de la Santa Misa de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud en Cuatro Vientos	127

7 - Mensaje al Pueblo de Dios de la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos	135
8 - Conclusiones del I Congreso de Laicos	161
Plantilla para la elaboración de la Programación Pastoral Parroquial	169
Calendario pastoral diocesano 2011-2012	173
Oración por la Iglesia Diocesana.....	187

«ARRAIGADOS Y EDIFICADOS EN CRISTO»

Presentación de la Programación Diocesana 2011-2012

+ *Rafael Palmero Ramos*
Obispo de Orihuela-Alicante



«ARRAIGADOS Y EDIFICADOS EN CRISTO»

Queridos diocesanos:

Hemos vivido unos días inolvidables de gracia y de eclesialidad en Madrid con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud 2011. Con la presencia y el aliento del Papa, miles de jóvenes de todo el mundo han constatado gozosamente que merece la pena vivir «arraigados y edificados en Cristo». Todos los que hemos tenido la oportunidad de participar certificamos que han sido días de «confirmación en la fe».

Pues bien, con la memoria agradecida de estos días de gracia, vamos a iniciar pronto el nuevo curso, deseosos de seguir caminando tras las huellas de Nuestro Señor Jesucristo, con la mano en la mancuera del arado, abriendo nuevos surcos en la arada de Dios. Queremos hacerlo de acuerdo con nuestro nuevo Plan Diocesano de Pastoral 2011–2014.

Mirada agradecida hacia atrás

En estos últimos cuatro años, diversos acontecimientos eclesiales nos fueron sugiriendo los acentos pastorales que tener, especialmente, en cuenta:

El Congreso Diocesano de Laicos (2010) nos ayudó a recordar que el laicado es una vocación y que toda la vida cristiana es respuesta, en la Iglesia, a una llamada del Señor;

El Sínodo de Obispos (2008) nos alentó a mantener la Palabra de Dios en el centro de nuestro caminar cristiano;

La creación del Consejo Pontificio para la promoción de la Nueva Evangelización (2010) puso ante nuestra vida la necesidad de abordar con determinación el proceso de descristianización de la sociedad envolvente.

Mirada esperanzada hacia adelante

En continuidad con nuestros planes pastorales anteriores, señalamos para los próximos tres cursos una clara prioridad diocesana: *revitalizar la parroquia para que crezca como comunidad evangelizada y evangelizadora*. Sé que es tanto como insistir en objetivos de años anteriores, puesto que la revitalización de las parroquias es de vital importancia para el futuro de la fe, aquí y en todas partes. Pero estamos en el buen camino y queremos seguir y seguir. Hemos hecho camino al andar, pero queda mucho por hacer...

En el plan anterior, el lema compartido era ***un mismo corazón***. Ahora, es éste: ***en el corazón del mundo***. La «comunión» y la «misión» están muy relacionadas. La parroquia es una comunidad abierta y que acoge, alimenta y ayuda en el camino de la vida, pero es, a la vez, comunidad al servicio de los hermanos. «Para que todos tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10,10).

Sigamos, pues, trabajando en la revitalización de nuestras parroquias y comunidades cristianas, en las tres dimensiones transversales de la pastoral: vocacional, bíblica y evangelizadora. No son tres ópticas distintas, sino

tres dimensiones conjuntas de la acción pastoral. Las tres van profundamente unidas, aunque cada año subrayemos una en especial.

De cara al curso próximo

En el curso 2011–2012 pondremos el acento en lo vocacional. Queremos incidir y extender la cultura de la vocación. Dios tiene un proyecto y una misión para cada uno de sus hijos, y, cuando se responde generosamente a su llamada, encontramos el camino y nos convertimos en buena noticia para la sociedad. Nos gustaría que todos los bautizados vivieran su vida cristiana como una vocación y que aumentaran, en consecuencia, las vocaciones al laicado, a la vida consagrada y al sacerdocio.

Remarcando el acento vocacional, estaremos muy atentos a la crisis –las crisis actuales– de buena parte de las familias. Queremos que el ejercicio de la caridad con los más empobrecidos brote de la mesa de la Eucaristía y que sea vivido también como vocación, en el nombre del Señor y por encargo suyo.

La reciente visita del Papa a Madrid ha puesto de manifiesto la urgencia de intensificar el trabajo pastoral con niños y jóvenes. También los niños y jóvenes tienen hambre y sed de Dios; ojalá acertemos a compartir con ellos la suerte de conocer y amar a Jesucristo.

Venimos insistiendo en la oración ininterrumpida ante el Señor Sacramentado y, por lo mismo, en el gran servicio que las capillas de Adoración Perpetua están prestando a

muchas personas en su itinerario de fe. Invito a perseverar en adoración y tengamos pronto, muy pronto, una capilla de adoración perpetua abierta en cada una de las cinco vicarías.

Trabajamos, no lo olvidéis, en la viña del Señor, con responsabilidad y con generosidad. Somos la Iglesia del Señor que peregrina en Orihuela–Alicante. En vuestros Consejos Pastorales explicad y comentad el Plan Diocesano de Pastoral y seleccionad aquello que sea más conveniente para cada arciprestazgo, cada parroquia y cada grupo organizado.

Nuestra tarea, la de cada uno y la de todos juntos, es bien sencilla, es clara y definida: «La Iglesia en su conjunto, así como sus Pastores –recuerda Benedicto XVI–, han de ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquél que nos da la vida, y la vida en plenitud» (24 de abril de 2005).



✠ **Rafael Palmero Ramos**

Obispo de Orihuela–Alicante

PLAN DIOCESANO DE PASTORAL 2011 - 2014

EN EL CORAZÓN DEL MUNDO

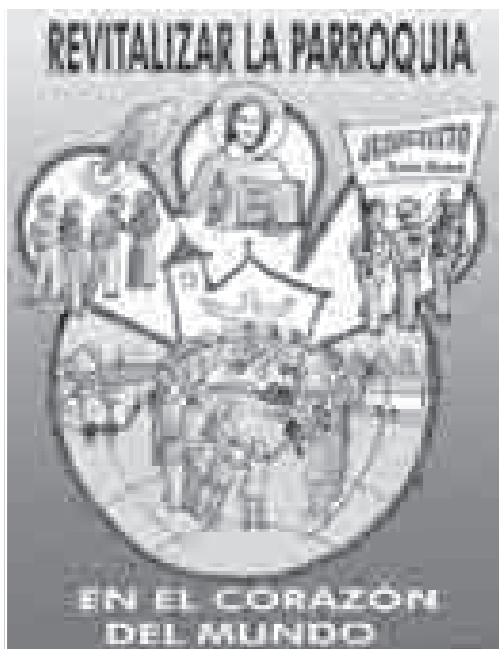


1. Prioridad pastoral **2011-2014**

*Revitalizar la parroquia para que crezca
como comunidad evangelizada y
evangelizadora*

2. Lema

En el corazón del mundo



. Es el lema del I Congreso Diocesano de Laicos celebrado en noviembre de 2010 y cuyas Conclusiones se trata de ir aplicando poco a poco.

. Expresa muy bien que la vida de la comunidad cristiana acontece en un lugar y en un contexto socio-cultural concreto – esta tierra de Orihuela-Alicante – y que la Iglesia es don

de Dios «para que tengan vida y la tengan abundante», es fermento evangélico en medio del mundo.

. El lema del PDP 2007-2011 era «un mismo corazón». Comunión y misión van inseparablemente unidas.

3. Tres dimensiones a cuidar especialmente

Durante los próximos tres años nos proponemos, con la gracia de Dios, desarrollar más:

- la dimensión vocacional

- la dimensión bíblica

- y la dimensión evangelizadora de toda la acción pastoral

No se trata propiamente de tres «temas» o «asuntos», sino de *la revitalización de la vida cristiana desde esas tres dimensiones fundantes o constituyentes*. Son dinamismos transversales de la acción pastoral, íntimamente relacionados entre ellos. Se han de trabajar a la vez, aunque cada año se acentúe uno especialmente.

4. Curso 2011-2012

a) Objetivo específico:

Revitalizar la comunidad parroquial (cristiana) cuidando especialmente «la inspiración vocacional» de toda la pastoral.



b) Breve motivación:

NB: sólo citas de la exhortación postsinodal La Palabra del Señor, del motu proprio de institución del Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización y Conclusiones del Congreso Diocesano de Laicos.

- «Esta Palabra llama a cada uno personalmente, manifestando así que la vida misma es vocación en relación con Dios» (Benedicto XVI, La Palabra del Señor, 77).

- «Una tarea (la nueva evangelización) que, aunque concierne directamente a su modo de relacionarse con el exterior, presupone, primero de todo, una constante renovación en su seno, un continuo pasar, por decirlo así, de evangelizada a evangelizadora» (Benedicto XVI, motu proprio).

- «Ser cristiano es la respuesta a una llamada de Dios en una Iglesia vocacional toda ella» (Conclusión nº 1 del Congreso Diocesano de Laicos).

- «Dentro del misterio de comunión y misión que es la Iglesia, son diversas las formas de vivir la vocación laical» (Conclusión nº 2 del Congreso Diocesano de Laicos).

C) Algunas sugerencias:

1. La presentación de la vida cristiana como vocación, como respuesta a una llamada personal del Señor.

2. La promoción de las diferentes vocaciones eclesiales: laicado, vida consagrada y sacerdocio.

3. El fomento del apostolado asociado de los laicos, procurando la apertura de la comunidad parroquial a los diversos estilos y espiritualidades laicales (sinfonía laical) y el aprovechamiento de las diferentes ofertas de formación.

4. La lectura personal y comunitaria de la primera ponencia del Congreso Diocesano de Laicos.

5. La vivencia de la caridad como vocación eclesial.

6. El fomento de la catequesis de adultos cuidando especialmente la formación integral de catequistas específicos.

7. La potenciación del trabajo pastoral con jóvenes desde la JMJ: dedicación de más recursos humanos y materiales y cuidando especialmente el acompañamiento personalizado y el discernimiento vocacional.

8. El fomento de la oración ante el Santísimo Sacramento y la «adoración perpetua» en las capillas habilitadas al efecto en cada una de las vicarías.

5. Curso 2012-2013



a) Objetivo específico:

Revitalizar la comunidad parroquial (cristiana) cuidando especialmente «la inspiración bíblica» de toda la pastoral.

b) Breve motivación:

- «El Sínodo ha invitado a un particular esfuerzo para resaltar el puesto central de la Palabra de Dios en la vida eclesial, recomendando incrementar la pastoral bíblica, no en yuxtaposición con otras formas de pastoral, sino como animación bíblica de toda la pastoral» (Benedicto XVI, La Palabra del Señor, 73).

- «El Sínodo ha vuelto a insistir más de una vez en la exigencia de un acercamiento orante al texto sagrado como factor fundamental de la vida espiritual de todo creyente, en los diferentes ministerios y estados de vida, con particular referencia a la lectio divina. En efecto, la Palabra de Dios está en la base de toda espiritualidad auténticamente cristiana» (Benedicto XVI, La Palabra del Señor, 86).

- «El indiferentismo religioso y la total irrelevancia práctica de Dios para resolver los problemas, incluso graves, de la vida, no son menos preocupantes y desoladores que el ateísmo declarado» (Benedicto XVI, motu proprio)

C) Algunas sugerencias:

1. La difusión de la Biblia entre las familias y la promoción de la lectura orante y eclesial de la Palabra de Dios, en la forma de la lectio divina u otras formas.

2. La escucha y discernimiento de la Palabra antes de las decisiones personales o eclesiales importantes.

3. El cultivo de la espiritualidad propia de cada vocación cristiana: laical, consagrada o sacerdotal.

4. La lectura personal y comunitaria de la segunda ponencia del Congreso Diocesano de Laicos.

5. La creatividad en el ejercicio de la caridad como respuesta a las nuevas necesidades de los últimos.

6. El fomento de la catequesis de adultos, cuidando especialmente el tejido comunitario y asociativo eclesial.

7. La potenciación del trabajo pastoral con jóvenes cuidando especialmente la lectura de la Palabra (Escuelas de la Palabra...) y la pedagogía bíblica.

8. La cualificación del trabajo y funcionamiento de los diferentes Consejos (especialmente el de Pastoral y Economía) desde la mística de la comunión y misión.

6. Curso 2013-2014

a) Objetivo específico:

Revitalizar la comunidad parroquial (cristiana) cuidando especialmente «la inspiración evangelizadora» de toda la pastoral.

b) Breve motivación:

- «Nuestro tiempo ha de ser cada día más el de una nueva escucha de la Palabra de Dios y de una nueva evangelización... continuar la missio ad gentes y emprender con todas las fuerzas la nueva evangelización, sobre todo en aquellas naciones donde el Evangelio se ha olvidado

o padece la indiferencia de cierta mayoría a causa de una difundida secularización»

(Benedicto XVI, La Palabra del Señor, 122).

- «Considero oportuno dar respuestas adecuadas para que toda la Iglesia, dejándose regenerar por la fuerza del Espíritu Santo, se presente al mundo contemporáneo con un impulso misionero capaz de promover una nueva evangelización... Lo que necesitan todas las Iglesias que viven



en territorios tradicionalmente cristianos es un renovado impulso misionero, expresión de una nueva y generosa apertura al don de la gracia» (Benedicto XVI, motu proprio).

- «La evangelización es tarea de toda la Iglesia. Todos los bautizados nos movemos en torno a Jesucristo y existimos para que Él sea conocido, amado y seguido. Los cristianos laicos también participan con pleno derecho de esta misión común» (Conclusión nº 6 del Congreso Diocesano de Laicos).

- «Es en esta sociedad en que nos ha tocado vivir hoy, donde tenemos que anunciar la Buena Noticia con audacia, valentía y humildad... Es importante realizar una presentación inteligente y oportuna de lo nuclear cristiano, sabiendo dar razón de la esperanza con dulzura y respeto» (Conclusión nº 7 del Congreso Diocesano de Laicos).

C) Algunas sugerencias:

1. El desarrollo de la parroquia como escuela de silencio, interioridad, oración, espiritualidad y acción evangelizadora.

2. La realización de alguna actividad en la línea de la iniciativa «el atrio de los gentiles».

3. El primer anuncio, el anuncio explícito de Jesucristo, la propuesta de la fe.

4. La lectura personal y comunitaria de la tercera ponencia del Congreso Diocesano de Laicos.

5. El ejercicio de la caridad y de la Doctrina Social de la Iglesia como parte integrante de la evangelización.

6. El fomento de la catequesis de adultos, cuidando la pastoral de ambientes y el acompañamiento de los movimientos apostólicos especializados.

7. La potenciación del trabajo pastoral con jóvenes, procurando que ellos mismos sean los principales evangelizadores de sus compañeros.

8. La presencia evangelizadora en los medios de comunicación social y en las nuevas redes sociales (nuevos areópagos de la comunicación).



PLA DIOCESÀ DE PASTORAL 2011-2014

EN EL COR DEL MÓN
EN EL COR DEL MÓN



1. Prioritat pastoral 2011-2014

*Revitalitzar la parròquia perquè cresca
com a comunitat evangelitzada i
evangelitzadora*

2. Lema

En el cor del món



. És el lema del I Congrés Diocesà de Laics celebrat al novembre de 2010 les conclusions del qual es tracta d'anar aplicant a poc a poc.

. Expressa molt bé que la vida de la comunitat cristiana esdevé en un lloc i en un context socio-cultural concret -aquesta terra d'Oriola-Alacant- i que l'Església és un

do de Déu «perquè tinguen vida i la tinguen a doll», és ferment evangèlic enmig del món.

. El lema del PDP 2007-2011 era «un mateix cor». Comunió i missió van inseparablement unides.

3. Tres dimensions a cuidar especialment

Durant els propers tres anys ens proposem, amb la gràcia de Déu, desenvolupar més:

*- la dimensió **vocacional***

*- la dimensió **bíblica***

*- i la dimensió **evangelitzadora de tota l'acció pastoral***

No es tracta pròpiament de tres «temes» o «assumptes», sinó de la revitalització de la vida cristiana des d'aquestes tres dimensions fundants o constituents. Són dinamismes transversals de l'acció pastoral, íntimament relacionats entre ells. S'han de treballar alhora, encara que cada any se n'accentue un especialment.

4. Curs 2011-2012

a) Objectiu específic:

Revitalitzar la comunitat parroquial (cristiana) cuidant especialment «la inspiració vocacional» de tota la pastoral.



b) Breu motivació:

NB: només cites de l'exhortació postsinodal La Paraula del Senyor, del motu propi d'institució del Consell Pontifici per a la Nova Evangelització i conclusions del Congrés Diocesà de Laics.

- «Aquesta Paraula crida a cadascú personalment, manifestant així que la vida mateixa és vocació en relació amb Déu» (Benet XVI, La Paraula del Senyor, 77).

- «Una tasca (la nova evangelització) que, encara que concerneix directament a la seua manera de relacionar-se amb l'exterior, pressuposa, primer de tot, una constant renovació en el seu si, un continu passar, per dir-ho així, d'evangelitzada a evangelitzadora» (Benet XVI, motu propi).

- «Ser cristià és la resposta a una crida de Déu en una Església vocacional tota ella» (Conclusió núm. 1 del Congrés Diocesà de Laics).

- «Dins del misteri de comunió i missió que és l'Església, són diverses les formes de viure la vocació laical» (Conclusió núm. 2 del Congrés Diocesà de Laics).

C) Alguns suggeriments:

1. La presentació de la vida cristiana com a vocació, com a resposta a una crida personal del Senyor.
2. La promoció de les diferents vocacions eclesials: laicat, vida consagrada i sacerdoti.
3. El foment de l'apostolat associat dels laics, procurant l'obertura de la comunitat parroquial als diversos estils i espiritualitats laicals (simfonia laical) i l'aprofitament de les diferents ofertes de formació.
4. La lectura personal i comunitària de la primera ponència del Congrés Diocesà de Laics.
5. La vivència de la caritat com a vocació eclesial.
6. El foment de la catequesi d'adults atenent especialment la formació integral de catequistes específics.
7. La potenciació del treball pastoral amb joves des de la JMJ: dedicació de més recursos humans i materials, tenint cura especialment pel que fa a l'acompanyament personalitzat i el discerniment vocacional.
8. El foment de l'oració davant del Santíssim Sagrament i l'adoració perpètua en les capelles habilitades a este efecte en cada una de les vicaries.

5. Curs 2012-2013



a) Objectiu específic:

Objectiu específic: Revitalitzar la comunitat parroquial (cristiana) cuidant especialment «la inspiració bíblica» de tota la pastoral.

b) Breu motivació:

- «El Sínode ha convidat a un particular esforç per ressaltar el lloc central de la Paraula de Déu en la vida eclesial, recomanant incrementar la pastoral bíblica, no en juxtaposició amb altres formes de pastoral, sinó com a animació bíblica de tota la pastoral» (Benet XVI, La Paraula del Senyor, 73).

- «El Sínode ha tornat a insistir més d'una vegada en l'exigència d'un acostament orant al text sagrat com a factor fonamental de la vida espiritual de tot creient, en els diferents ministeris i estats de vida, amb particular referència a la lectio divina. En efecte, la Paraula de Déu està a la base de tota espiritualitat autènticament cristiana» (Benet XVI, La Paraula del Senyor, 86).

- «L'indiferentisme religiós i la total irrellevància pràctica de Déu per resoldre els problemes, fins i tot greus, de la vida, no són menys preocupants i desoladors que l'ateisme declarat» (Benet XVI, motu propi).

C) Alguns suggeriments:

1. Difondre la Bíblia entre les famílies i la promoció de la lectura orant i eclesial de la Paraula de Déu, en la forma de la lectio divina o altres formes.

2. Escoltar i discernir la Paraula abans de les decisions personals o eclesials importants.

3. Cultivar l'espiritualitat pròpia de cada vocació cristiana: laical, consagrada o sacerdotal.

4. La lectura personal i comunitària de la segona ponència del Congrés Diocesà de Laics.

5. La creativitat en l'exercici de la caritat com a resposta a les noves necessitats dels últims.

6. Fomentar la catequesi d'adults, cuidant especialment el teixit comunitari i associatiu eclesial.

7. Potenciar el treball pastoral amb joves cuidant especialment la lectura de la Paraula (Escoles de la Paraula...) i la pedagogia bíblica.

8. La qualificació del treball i funcionament dels diferents Consells (especialment el de Pastoral i Economia) des de la mística de la comunió i missió.

6. Curs 2013-2014

a) Objectiu específic:

Revitalitzar la comunitat parroquial (cristiana) cuidant especialment «la inspiració evangelitzadora» de tota la pastoral.

b) Breu motivació:

- «El nostre temps ha de ser cada dia més el d'una nova escolta de la Paraula de Déu i d'una nova evangelització... continuar la missió ad gentes i emprendre amb totes les forces la nova evangelització, sobretot en aquelles nacions on l'Evangelí s'ha oblidat o pateix la indiferència de certa majoria a causa d'una difosa secularització» (Benet XVI, La Paraula del Senyor, 122).



- «Considero oportú donar respostes adequades perquè tota l'Església, deixant-se regenerar per la força de l'Esperit Sant, es presente al món contemporani amb un impuls missioner capaç de promoure una nova evangelització... El que necessiten totes les Esglésies que viuen en territoris tradicionalment

cristians és un renovat impuls missioner, expressió d'una nova i generosa obertura al do de la gràcia» (Benet XVI, motu propi).

- «L'evangelització és tasca de tota l'Església. Tots els batejats ens movem entorn de Jesucrist i existim perquè Ell siga conegut, estimat i seguit. Els cristians laics també participen amb tot el dret d'aquesta missió comuna» (Conclusió núm. 6 del Congrés Diocesà de Laics).

- «És en aquesta societat en què ens ha tocat viure hui, on hem d'anunciar la Bona Notícia amb audàcia, valentia i humilitat... És important realitzar una presentació intel·ligent i oportuna d'allò que és el nucli cristià, sabent donar raó de l'esperança amb dolçor i respecte» (Conclusió núm. 7 del Congrés Diocesà de Laics).

C) Alguns suggeriments:

1. El desenvolupament de la parròquia com a escola de silenci, interioritat, oració, espiritualitat i acció evangelitzadora.

2. La realització d'alguna activitat en la línia de la iniciativa «l'atri dels gentils».

3. El primer anunci, l'anunci explícit de Jesucrist, la proposta de la fe.

4. La lectura personal i comunitària de la tercera ponència del Congrés Diocesà de Laics.

5. L'exercici de la caritat i de la Doctrina Social de l'Església com a part integrant de l'evangelització.

6. El foment de la catequesi d'adults, cuidant la pastoral d'ambients i l'acompanyament dels moviments apostòlics especialitzats.

7. La potenciació del treball pastoral amb joves, procurant que ells mateixos siguin els principals evangelitzadors dels seus companys.

8. La presència evangelitzadora en els mitjans de comunicació social i a les noves xarxes socials (nous areòpags de la comunicació).



MATERIALES **DE APOYO**

La renovación de la comunidad parroquial católica, cuidando especialmente, la animación «vocacional» de la acción pastoral

Lorenzo Trujillo

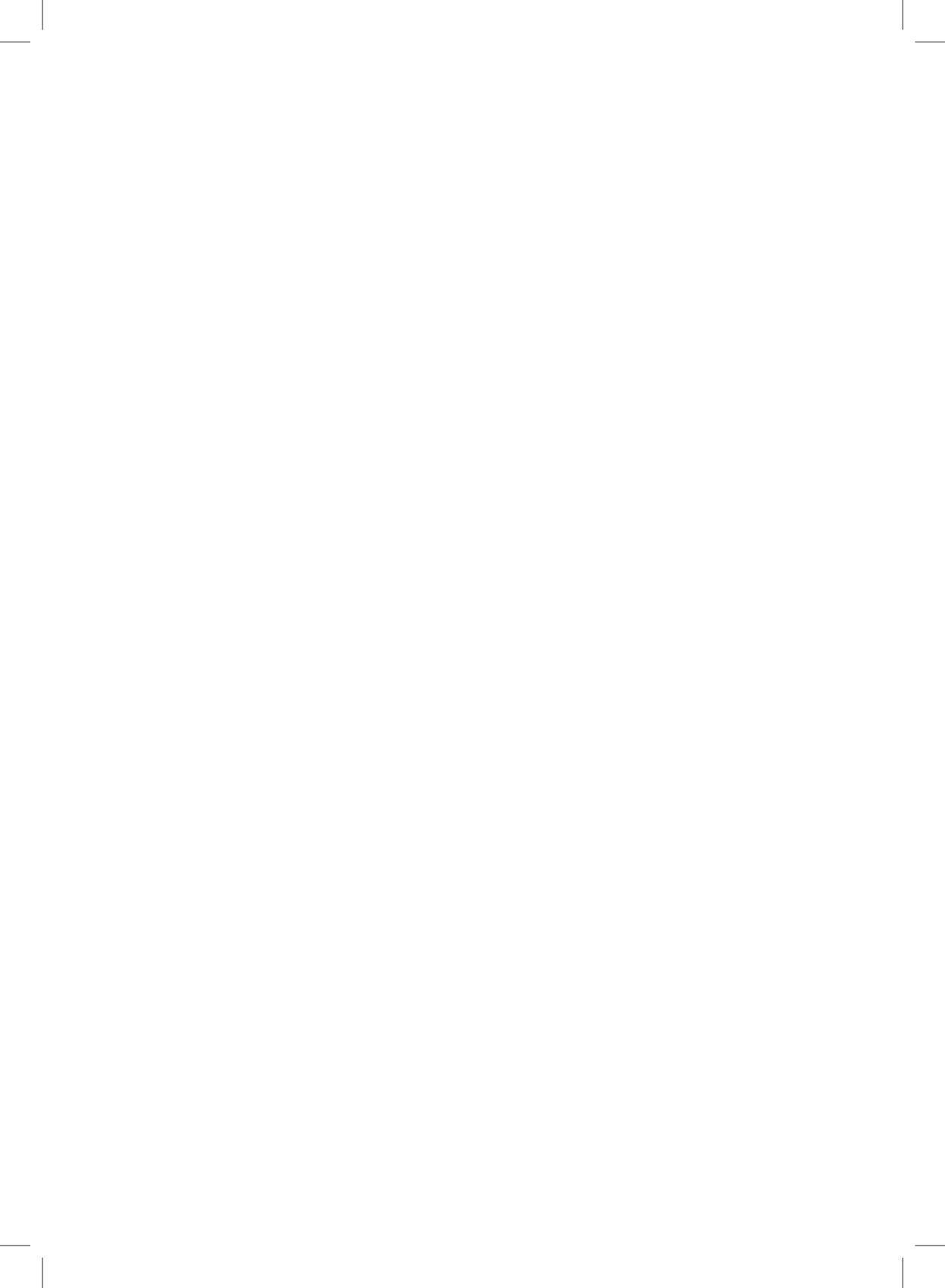
Contenido

1. NATURALEZA DE LA PARROQUIA	39
1.1. Para renovar la parroquia hay que comprender tanto su naturaleza como la situación en que se encuentra, a la luz del Espíritu Santo	41
1.2. Qué es y qué no es una parroquia	43
• Cuestionario.....	48
1.3. Párroco y parroquia, Parroquia y párroco.....	49
• Cuestionario.....	54
2. LA CASA CONSTRUIDA SOBRE LA PALABRA	55
2.1. El ministerio de la Palabra en la Nueva Edad Media	57
2.2. La homilía en este contexto.....	60
2.3. El testimonio verbal de los fieles	62
• Cuestionario.....	64

3. TRES LÍNEAS DE ACCIÓN VOCACIONAL A MODO DE EJEMPLO	65
3. 1. Parroquia, virginidad femenina y pastoral vocacional	67
• Cuestionario	72
3. 2. Parroquia, confirmación y vocación: los jóvenes	73
• Cuestionario	78
3. 3. Parroquia, vocación y dirección espiritual	79
• Cuestionario	81



1. Naturaleza de la parroquia



1. 1. Para renovar la parroquia hay que comprender tanto su naturaleza como la situación en que se encuentra, a la luz del Espíritu Santo

No se trata de multiplicar acciones, de engendrar nuevos planes, sino de sanar las raíces, eliminar deformaciones, abrir a nuevas llamadas. El activismo cultural, que en terreno cristiano se traduce en un cierto *filopelagianismo*, en un intento de «hacerle a Dios la tarea», es una huída hacia delante, un correr apresuradamente para ir a ningún sitio. San Lucas lo comprendió perfectamente y levantó acta del nacimiento de la Iglesia (Hechos de los Apóstoles) como «historia» del Espíritu Santo en medio de las libertades humanas. En efecto, la Iglesia no se desarrolló según planes pastorales ni a base de acumulación de actividades frenéticas; fue, en principio, un grupo de orantes (con María) que recibieron el Fuego de arriba e incendiaron todo lo que se puso a su alcance. Ni tenían prevista la conversión de los helenistas, ni su dispersión apresurada, ni la emergencia de la iglesia de Antioquia, ni la conversión de gentiles, ni la persecución de Agripa... Las crisis inesperadas se convirtieron en gracia y libertad, y la violenta dispersión en vocación y misión. Esto también sucede hoy, y en ver este hoy en continuidad con la era apostólica consiste la recepción de la Escritura. Por tanto, emprender cualquier camino pastoral exige como primera acción volver al Cenáculo, con María, con Pedro, con toda la Iglesia, y orar para que se realice la voluntad del Señor mediante el Espíritu Santo.

Y, sin embargo, esto que advertimos no es contrario al

esfuerzo de comprender para obedecer. Comprender en el Espíritu lo que el Espíritu va haciendo nacer, para así ser confirmados y colaborar en la obra del Espíritu. Comprensión desde la oración y la obediencia a Dios: *hemos de obedecer a Dios antes que a los hombres...* Nuestra Asamblea tiene, justamente, esa tarea: inquirir en el Espíritu de Dios, en la Comunión eclesial, lo que Dios pide hoy a la parroquia, es decir, a la acción pastoral de los cristianos en ese módulo básico, cercano, vecinal. En concreto:

a) Comprender su naturaleza: lo que es la parroquia, lo que ha supuesto en la Iglesia más allá de los cambios circunstanciales. A este punto dedicaremos enseguida el nº 2º de esta I Parte.

b) Comprender la situación en que actualmente se desenvuelve. Ya se ha descrito esta situación exhaustivamente en documentos eclesiales y estudios sociológicos de institutos especializados. Si me obligarais a concentrar en una palabra el significado evangélico de este momento, elegiría sin dudarle el término «*misión*». De la Cristiandad a la Misión. Meditad con atención lo que revela la creación del nuevo *Pontificio Consejo para la promoción de la Nueva Evangelización*. Sobre todo si se pone en relación con el *Motu Proprio Romanorum Pontificum* (3 de mayo de 1922, Pío XI), que declara «Pontificia» la Obra de la Propagación de la Fe. ¿No implica un reconocimiento de la apostasía del Occidente cristiano y el primer paso hacia otro modo de situarse la Iglesia? Desde Nicolás Berdiaeff, pasando por el ensayo de Giuseppe Sacco, Furio Colombo, Umberto Eco y Roberto Vacca, hasta

Jorge Ángel Livraga-Rizzi o Alain Minc, la denominación de «Nueva Edad Media» ha sido utilizada como analogía para comprender sintéticamente nuestra época. ¿No estará llamada la parroquia a pasar de «*territorio cristianizado y delimitado*» a «*misión situada en territorio abierto*»? En una Nueva Edad Media de peregrinos y vagantes, de viajeros y transeúntes, de rupturas de fronteras entre culturas y de pérdida de raíces, quizá la parroquia esté llamada a ser ese lugar de paz, de reencuentro con otras raíces que trascienden a todas las culturas.

1. 2. Qué es y qué no es una parroquia

Intentemos comprender su naturaleza eliminando, previamente, ciertas imágenes distorsionadas que se han extendido con mayor o menor claridad:

Qué no es:

La visión negativa abrirá el espacio para una correcta comprensión. Así, pues, la parroquia no es:

a) Un movimiento, asociación, o comunidad homogénea. No ha nacido de la base, ni de espiritualidades, carismas u opciones secundarias, sino que ha sido instituida por la autoridad apostólica para el cuidado pastoral de los fieles. La pertenencia la determina el domicilio, no el derecho de asociación propio del bautizado en la Iglesia: ¡no se elige parroquia! La parroquia es abierta y por eso no requiere otra afiliación que la recibida en los sacramentos de iniciación. No se constituye por opciones ni por carismas ni por especialidades. Es la oferta de lo común cristiano «*sine*

additione». La pila bautismal, que es propia y exclusiva del templo parroquial, indica el carácter de «útero» eclesial de la misma. Puede que esto redunde en una menor intensidad en las relaciones, en una homogeneidad socioreligiosa más débil, pero no tiene que ser menor en lo que atañe a la fe. La diversidad de edades, situaciones, estatus social, lejos de ser inconveniente para la vida comunitaria es un desafío. La práctica de las misas sectoriales (niños, adolescentes...), siendo legítima y a veces útil como camino pedagógico, ha mostrado la debilidad de estas asambleas homogéneas; se empobrecen paulatinamente y pierden ese tono de reunión de familias, de puertas abiertas a todos, de pluralidad real.

b) Tampoco es una microdiócesis. No es *porción* (concentrado holístico) del Pueblo de Dios, sino *parte* del mismo (pedazo, fragmento). [Recuérdese el debate sobre los términos «pars» y «portio» durante la elaboración del Decreto *Christus Dominus* —nº 11— en el Concilio Vaticano II]. No contiene toda la riqueza ministerial de la diócesis; no tiene por qué absorber la vida consagrada, las asociaciones de fieles, los ministerios bautismales. ¡No toda la vida diocesana reside ni se encierra en la parroquia! No es de derecho divino, ni de fundación apostólica; es una unidad pastoral básica y diocesana. Esto supone su apertura por aceptación gozosa de una insuficiencia constitucional y, en consecuencia, la petición de otros cauces y modos de pastoral complementarios que desbordan la tarea inicial y básica de la misma. La autarquía o autosuficiencia de la parroquia es un abuso eclesial y un mal pastoral; el «parroquialismo» es una degeneración regresiva, nunca un avance.

Qué es:

Es la institución pastoral básica de la Iglesia; desde el siglo III o IV, seguramente como alternativa preferida frente a los grupos gnósticos elitistas. Comprendida en el Espíritu Santo, parece que revela el designio divino de evitar la sectorización del cristianismo y defender su universalidad; por eso, seguramente, elige y promueve el principio territorial sobre el asociativo sin eliminar este. El principio asociativo, al tiempo que estimula la intensidad de las relaciones interpersonales, favorece también la discriminación; por la propia especificidad, totalmente legítima, posee cierto carácter de «exclusivo» con caminos de iniciación que no son aptos para las posibilidades de todos los fieles. El principio territorial es más abierto y menos discriminatorio en principio... siempre que no se sacralice el territorio y no se cierre a la libertad de asociación. La parroquia es continuación de la universalidad de Pentecostés, signo de la exogamia propia de la fe en Jesucristo. La sencillez de la pertenencia a la misma (bautismo y vecindad) impide el elitismo religioso y social. Destacamos algunos rasgos de esta visión global. Por pasos:

a) Institución, porque no es coyuntural o espontánea, sino creada para formar parte de la organización de la Iglesia. Es instituida (*constituida de modo estable*), lo cual no se opone a su carácter comunitario (comunidad de fieles). Comunidad instituida en un vecindario por la oferta de dos elementos: la Palabra divina y la Eucaristía. Por ser instituida, al frente hay un párroco que es ministro sacerdotal, representación sacramental de Jesucristo. Es institución eclesial, confesional y confesante, presencia

oficial de la Iglesia católica que garantiza su funcionamiento acorde con la *confessio fidei*, con la Tradición de la Gran Iglesia. Llegados aquí habría que desterrar de una vez la oposición simplista entre comunidad y sociedad, entre carisma e institución, que se introdujo de rondón en la teología pastoral procedente de la sociología romántica alemana (Max Weber, Ferdinand Tönnies) y de una lectura ingenua y simplista de los sumarios de los Hechos de los Apóstoles. La institución no es una superestructura que ahoga la relación interpersonal: es la gloria y fecundidad de unas relaciones personales tan creativas y profundas que perviven y se abren más allá de sus fundadores iniciales; la institución protege y da estabilidad a la relación interpersonal, es el *habitat* del espíritu comunitario humano, el *bosque* animado donde nace y se desarrolla la relación interpersonal. Las patologías institucionales son graves, incluso dentro de la Iglesia, pero no eliminan la naturaleza positiva de la institución en sí misma; también la pequeña comunidad con sus endogamias, absorciones, rechazos, etc., tiene sus peligros y no pequeños. La «aldea feliz», la pequeña comunidad casi parental por lo entrañable, es el sueño de quienes viven en la ciudad y viajan cómodamente y muy bien equipados «a la naturaleza» durante el fin de semana; los trabajadores del campo, por el contrario, adquieren un vehículo para «perdersé» en esa ciudad «anónima» una vez que terminan su trabajo rural.

b) Pastoral, su finalidad ha sido, fundamentalmente, el cuidado pastoral de los fieles. En este sentido es lugar teológico donde el fiel se encuentra con Jesucristo mediante la Palabra y la Eucaristía. Conviene ya resaltar la centralidad de la Eucaristía dominical en esa vida comunitaria

institucionalizada. La Eucaristía es la presencia instituyente del Señor, que espira, sobre quienes aguardan al pie de la Cruz (María y el Discípulo, la Ecclesia), al Espíritu Santo creador y confirmador: institución siempre actualizada de la Alianza en la Sangre del Señor. Institución que instituye la Iglesia en el hoy de cada día. En ella el cristiano recibe y asume el sacrificio del Señor, asociando al mismo su vida ofrecida como hostia inmaculada (Rm 12,1). Toda la acción parroquial va dirigida a facilitar el encuentro con Jesucristo y a trasladar esta compañía a la vida ordinaria. La parroquia es la Eucaristía que edifica templo e hilvana vecindario familiar. Subrayamos: la primera acción pastoral en la parroquia es la correcta, piadosa, participada, celebración de la Eucaristía dominical. De ella debe fluir todo: la enseñanza, la caridad, el compromiso... Renuévase el fondo —no solamente la forma— de la celebración dominical y se abrirá, antes o después, un camino de verdadera renovación pastoral. No insisto porque este tema lo habéis tratado anteriormente, pero es la base de todo.

c) Familiar: Con base humana en el vecindario territorial: La parroquia es una institución muy cercana al bautizado, muy humana y familiar. Es una familia de familias. Aunque hoy no se puede identificar sin más con el vecindario, tiene su raíz en él y se alimenta de relaciones cercanas que preceden al encuentro creyente. Repito que hoy este elemento habrá, quizá, que abrirlo, pero sin perder el núcleo porque entonces dejaría de ser parroquia. La parroquia da a la Iglesia un tono familiar, entrañable. Su templo es una referencia, un memorial, al tiempo familiar y cristiano: «mis padres se casaron en esta parroquia», «aquí fui bautizado y recibí la primera comunión»... La

parroquia pertenece a la familia y lleva su impronta. También es la mejor defensa y promoción de una familia renovada y renovadora como pide el mundo de hoy. Es la familia vecindada, no el territorio en sí mismo, la que da estabilidad a la parroquia... y viceversa.

CUESTIONARIO

NB. Cuestionario preparado por la Comisión Coordinadora del Plan Diocesano de Pastoral

1. Comentad brevemente esta frase: ¡No se elige parroquia! Uno pertenece a una parroquia por el Bautismo y el lugar de residencia.
2. ¿Por qué es tan importante en una parroquia y en la vida de un cristiano la Eucaristía dominical?

1. 3. Párroco y parroquia, Parroquia y párroco

1. Para entender bien la naturaleza de la parroquia es imprescindible tener presente el ministerio sacerdotal del párroco. Se trata siempre de un presbítero, que, como sacerdote, tiene capacidad para presidir la Eucaristía, para impartir el sacramento del perdón, para admitir oficialmente en la Iglesia mediante el bautismo, pero que, además, es nombrado por el obispo como su representante y cooperador en dicha institución pastoral. La figura del párroco corrobora que la parroquia es instituida sobre la Eucaristía: no es asociación de fieles ni comunidad «de base». El párroco, como el obispo, «viene de fuera» y ha de encarnarse mediante el amor pastoral; su pertenencia a la parroquia no nace de ser un vecino más, sino de la caridad pastoral del Señor representada y actualizada por su ministerio. Su presencia *confirma* la eclesialidad de aquella comunidad de fieles. Confirma y delimita, pero abre a la universalidad; la apertura parroquial es esencial y corresponde al sacerdote párroco significarla y realizarla. En consecuencia con lo anterior:

a) El párroco no es militante de un movimiento o asociación, pues su misión desborda estas entidades y está al servicio de todos; su misma presencia impide que la parroquia se identifique con una espiritualidad. Tampoco es un consiliario encargado de orientar espiritualmente sin pretensiones de dirección. Es co-presbítero miembro del presbiterio diocesano presidido sacramentalmente por el obispo, y por eso la parroquia está abierta a todo creyente

y a todo camino cristiano. Ni siquiera el consejo parroquial puede deslizarse a una especie de comunidad central que deje en la periferia pastoral al resto del pueblo cristiano. Si hubiera que representar la diversa adhesión de los fieles (comprometidos, practicantes, no practicantes habituales, alejados...) nunca acudiría a un esquema de círculos concéntricos, unos más cercanos y otros más alejados del centro; en todo caso a una espiral abierta y dinámica.

b) No es una figura diaconal: un administrativo que coordina a tiempo completo en nombre de la curia episcopal. Es un ministerio estrictamente sacerdotal, presbiteral. En la «orquesta sinfónica» que debe ser la parroquia, el párroco no es un instrumentista (viento, percusión...), ni un solista, ni un «hombre-orquesta». Es el director de la misma que, respetando el saber hacer de los «profesores de la orquesta» (laicos), da entrada a los mismos con una autoridad subordinada a la partitura recibida. Por la parroquia pasan positivamente toda suerte de carismas y en ella pueden tener asiento propio, no independiente pero sí autónomo, muchos grupos heterogéneos, siempre que acepten la autoridad pastoral del párroco y se integren en la Eucaristía, concelebración diocesana, presidida teológicamente por un obispo miembro del Colegio universal. Cerrar el paso a grupos o carismas para homogeneizar, es desnaturalizar la parroquia en beneficio del autoritarismo y dominio del párroco. Utilizar la parroquia por parte de grupos o movimientos para imponer un estilo y tener una base, es la degeneración del carisma.

2. En su relación con la parroquia, el párroco actual habrá de ir progresivamente dando un giro al modo de

presencia en la misma, apoyado por unos feligreses más responsables y participantes en la gestión de aquella. Señalaría algunas posibles direcciones de este cambio:

a) Como no puede darse por supuesto en estos momentos que todos los vecinos sean cristianos, la actuación pública del párroco ha de ser mucho más delicada con la libertad religiosa: es un ministerio religioso público, pero no autoridad civil, y casar ambos extremos no es fácil. No todo hogar de las calles que comprende el territorio de la parroquia es un hogar cristiano, aun estando bautizados los miembros del mismo. El sentimiento de privacidad, aumentado por la edificación por pisos y por la inseguridad creciente, hace más complicada la visita sin preparación ni permiso. A eso se añade la dificultad para dedicar el tiempo necesario a este ministerio.

b) Eliminación de todo sentimiento de propiedad con relación a la parroquia. Aun considerando la necesaria estabilidad del ministro, según el tipo y la situación de la parroquia, por lo que a él atañe, es preciso que se considere transeúnte y viva su vinculación con la parroquia con todo el amor y compromiso, pero con la provisionalidad de quien va de paso. Mucho menos se puede tolerar, ese sentido de propiedad que se traduce en la arbitrariedad con relación a movimientos, asociaciones... El párroco no tiene derecho a vetar ni tampoco a identificar la parroquia con una espiritualidad. Ninguna de ambas cosas. Finalmente, cada día resulta más inadmisibles ese autoritarismo paternalista o ineducado que trata a los seglares como niños, les impide una verdadera participación adulta y los agobia con

exigencias que pueden impedir su legítima autonomía en los compromisos temporales diarios.

c) La participación de los fieles es signo de ese respeto por parte del párroco, y a la vez, muestra de un bautismo adulto que no se limita a recibir servicios. Una prueba de este respeto y de la seriedad del oficio de párroco es la perfecta sucesión en el ministerio parroquial. Cuando los cambios suponen huidas de los laicos colaboradores con el anterior párroco, o cambios radicales en la pastoral, algo hay que no funciona bien: o el nuevo párroco se cree un fundador carismático, o los antiguos colaboradores *iban más por Lázaro que por Jesús* (Jn 12,9).

Esta participación tiene hoy un espacio privilegiado que es la acción caritativa y la promoción de una conciencia social sostenida en la paz y sedienta de justicia. Toda la parroquia ha de convertirse en una escuela de caridad, en un hogar. En esta «Nueva Edad Media», la parroquia, como los antiguos monasterios y conventos, ha de ser hospital del cuerpo y del espíritu de este hombre desarraigado y giróvago. Si en aquellos monasterios se copiaron los antiguos manuscritos y se salvó la civilización, en estos nuevos monasterios se ha de «copiar» al hombre, al mismo ser humano, deformado por ideologías y manipulaciones: talleres de restauración de la «humanitas». Para ello, la parroquia, como la Iglesia en totalidad, no tiene otro poder que la palabra. Sobre ella ha de construirse la renovación.

Dos apostillas sobre este compromiso laical que puede y debe estimularse en la parroquia:

- Cuidar mucho de mantener la independencia real con

relación a los partidos políticos. Situarse en otro plano. Evitar que las sacristías alberguen conversaciones donde se haga crítica política o se denigre a dirigentes por mal que lo puedan hacer. Son muchos los cristianos que en confesión se acusan de sentir odio y expresarlo cuando ven en los medios a dirigentes que ellos creen enemigos de la fe; siempre les he dicho que quien conduce a un cristiano a odiar, le ha derrotado totalmente. Ha pasado el tiempo en que la Iglesia, para salvarse del huracán de las revoluciones, se inclinó a partidos que la «defendían» al defender sus intereses particulares. Las parroquias ubicadas en barrios socialmente elevados, han de eludir la tentación de adaptar el culto y la predicación al estilo burgués y a las pretensiones de su vanidad social. Las parroquias ubicadas en barrios humildes, aun compartiendo los problemas sociales, no pueden caer en una definición cercana a la izquierda política.

- Si podemos considerar a la parroquia como la evangelización del urbanismo en pro de la ciudad humanista, quizá quepa desarrollar este aspecto adaptado a la nueva situación. La parroquia cristiana, abierta a todos, será signo público de la presencia de Dios, hogar abierto al necesitado, en una palabra, lugar de paz y de consuelo. Los fieles tendrán que equiparse para ser ciudadanos entregados al bien común con una gratitud nueva y hoy desconocida. De lo contrario, los barrios residenciales, bien custodiados por guardias de seguridad y cámaras de vigilancia, serán los nuevos castillos de los nuevos señores, mientras los antiguos barrios céntricos y en general los populares, irán

deteriorándose y degradando las condiciones de vida de sus moradores. *Feligrés* y *ciudadano* son dos términos que debemos aprender a vincular con profundidad bautismal y eucarística.

CUESTIONARIO

NB. El cuestionario no es responsabilidad del ponente sino del equipo coordinador del Plan Diocesano de Pastoral

1. ¿Qué quiere decir el autor con esta frase: «En la ‘orquesta sinfónica’ que debe ser la parroquia, el párroco no es un instrumentista (viento, percusión...), ni un solista, ni un ‘hombre-orquesta’. Es el director de la misma que, respetando el saber hacer de los ‘profesores de la orquesta’ (laicos), da entrada a los mismos con una autoridad subordinada a la partitura recibida»?
2. Dice el autor: «La parroquia, como los antiguos monasterios y conventos, ha de ser hospital del cuerpo y del espíritu». ¿Qué más podemos hacer como parroquia para curar las heridas del cuerpo y del alma de nuestros vecinos?

2. La casa construida sobre la Palabra



2. 1. El ministerio de la Palabra en la Nueva Edad Media

a) La Comisión Episcopal de Pastoral de la CCE celebró en 1989 un congreso dedicado a la parroquia *misionera*. El paso que quizá haya que dar es hacia la misión *parroquial*. Si así fuera, estaríamos ante el cambio más importante de la parroquia desde su nacimiento. El término «misión» se convertiría en el sustantivo, determinado por el ámbito parroquial; no quedaría solamente como calificativo de la parroquia clásica. Por tanto: misión ubicada en un territorio, con un pequeño pueblo cristiano (vecindario) al que debe cuidar, pero sobre todo, al tiene que capacitar para el envío misionero: ¡esa es la «cura pastoral» propia de hoy! «Cura pro missio» que transformará el «podéis ir en paz» por un «id y predicad» [No confundir con un cambio litúrgico arbitrario; no se trata de frases]. Si esto fuera así y en la medida que lo sea, la Palabra adquiere toda su importancia como origen y vehículo de la misión. La misión parroquial ha de edificarse sobre el fundamento de la Palabra. Los gestos, las acciones pastorales, incluso los sacramentos, habrán de vivirse como realizaciones en distintos grados y densidades de la Palabra. Desde la escucha atenta y religiosa de la Palabra, en la comunidad parroquial ha de ir fraguando un nuevo lenguaje para decir la fe de siempre al hombre de hoy.

b) Lo mismo que las madres y abuelas enseñan las raíces del lenguaje y, mediante este, injertan al pequeño en el mundo de sus padres, así la parroquia es lugar de enseñanza y transmisión familiar del lenguaje cristiano básico y indeleble. No es un taller ideológico, ni un centro

cultural; es el primer beso de la Palabra en el alma de los cristianos. De ahí la importancia de esta faceta. Lo primero a destacar: la Palabra es Jesucristo. La parroquia no es una escuela bíblica; sí, un hogar que venera la Sagrada Escritura y en ella encuentra inspiración y enseñanza. La presencia viva y misionera del Señor, establece una analogía entre la parroquia y la casa de Pedro en Cafarnaúm. Una casa inserta, casi un patio de vecinos, en el barrio de los pescadores; en ella conviven varias familias que seguramente forman parte de la pequeña empresa. Jesús, además, la abre a los desgraciados y la convierte en lugar de aprendizaje para los discípulos. Por la tarde se agolpan los enfermos en busca de su misericordia. Betania es otra hermosa realidad pero no «parroquial»: casa acomodada, más aislada del pueblo, sin hijos, lugar de amistad entrañable y de descanso en la amistad.

c) Si hablamos de obediencia a la Palabra, hay que dejar bien asentada la necesidad de una fidelidad absoluta al Depósito revelado. Fidelidad al Señor, fidelidad al mensaje apostólico desarrollado bajo la acción del Espíritu a lo largo de los siglos mediante padres y doctores, concilios y magisterio de los obispos presididos por el Papa. Situarse al margen de esta «tradio», leer las Escrituras o los acontecimientos fuera de esta atmósfera eclesial, es salirse de la parroquia como institución pastoral confesional y confesante. Se trata de una de las responsabilidades principales tanto del párroco como de sus colaboradores: el amoroso cuidado con la transmisión viva, precisa, fiel, de la enseñanza eclesial. Catecismos y catequistas, cursillos y conferencias... han de ser coherentes con esta obligación; los descuidos son imperdonables. Una religión que se

considere revelada por Dios y no fruto de la búsqueda del hombre, ha de cuidar no solo los textos fundacionales que contienen el núcleo de esa revelación, sino, sobre todo, la precisión y fidelidad a los acontecimientos que la constituyen. La confesión de la fe no pertenece al género de la poesía o lenguaje sugerente por simbólico, sino al lenguaje preciso que nombra la realidad y se juega la vida por hacerlo. En la parroquia la Palabra acontece en primer término como lectura de la Sagrada Escritura según el plan y la versión de la Iglesia; lectura recibida, no arbitrariamente elegida para justificar palabras ya previamente maquinadas.

d) Edificar la parroquia sobre la Palabra es esencial para constituir la misión pública, oficial, territorial, de la Iglesia. ¿*Quiénes son mi madre y mis hermanos?* La familia de Jesús, los oyentes y practicantes de la Palabra. La familiaridad está muy vinculada a la conversación. Dentro de la familia parroquial, la familia según la carne se convierte en familia cristiana, con un lenguaje que expresa casi sin querer su naturaleza y su pertenencia. La obediencia a la Palabra constituye a la parroquia en el hogar donde se aprende a amar la voluntad de Dios, a discernirla salvando posibles errores de interpretación. Entre los fieles, aunque no siempre se visibilice la comunidad cercana y afectiva, van creándose lazos de fe al reconocerse como oyentes de la misma Palabra y comensales de la misma Mesa. A veces se desprecia esta relación porque es menos visible que la de grupos de afinidad, pero es mucho más sólida y duradera, y sobre todo está dirigida al encuentro con Dios mediante la *communio sanctorum*.

e) La Palabra predicada y explicada no pretende determinar la conducta concreta de los fieles en aquellas cuestiones que son de libre elección: no les dice lo que tienen que elegir o hacer fuera de las exigencias fundamentales de la moral. Desbloquea el corazón de los oyentes para que luego, guiados por su conciencia, tomen postura personal o asociada ante acontecimientos y llamadas, inventen compromisos no exigibles por una moral común. El párroco no conduce a los feligreses a compromisos que ellos no han decidido personalmente; eso sería abusar del ministerio de la Palabra. Les pide la conversión del corazón, les advierte de los riesgos, les empuja a entregarse desinteresadamente. Con esto estamos empezando a hablar de la homilía.

2. 2. La homilía en este contexto

a) La homilía dominical es un momento importantísimo del proceso de escucha y acogida de la Palabra. La homilía es palabra dicha con humildad de discípulo y con autoridad de maestro; una gran responsabilidad para quienes la administran. No puede reducirse a la repetición cansina de tópicos morales o piadosos. Ni perezosos fideísmos, ni sensatez de la carne. Es una prolongación de las lecturas bíblicas que la liturgia de la Palabra ofrece a todos los fieles, incluido el presidente. Este, el sacerdote, ha de ser el primer oyente de la Palabra, antes, en y tras la celebración; si no es así, debe guardar silencio. La palabra eclesial se nutre de la Palabra que es Jesucristo y de su expresión escrita e inspirada que es la Sagrada Escritura. Pero es preciso subrayar que no se predicán los textos, ni

tomados «espiritualmente», ni analizados exegéticamente. Lo que hace el que predica no es glosa o comentario sino «midrash», prolongación actualizada. Se predica al Señor Jesucristo dándole voz y dejándole hablar a los oyentes de hoy allí reunidos.

El sacerdote comienza en la homilía esa *representatio Christi* (in persona) que culminará en las palabras consecratorias; y en estas palabras, dirigidas a los fieles como en el Cenáculo a los apóstoles, confirma su homilía haciendo realidad sacramental lo que empezó como pregón y anuncio.

La consagración es el final de la homilía, su cumbre; ahí se comprueba que no es propiedad del sacerdote sino obediencia a la palabra de Dios en Iglesia. ¿Para quién consagrar si no se ha abierto previamente el hambre del encuentro? La homilía consiste en «conducir» a Jesús hacia el pan, y en hacer arder los corazones de los fieles para que le reconozcan en él una vez consagrado; es una transición donde el *pontífice* (constructor de puentes) se muestra como tal. En la literatura patristica, siempre ejemplar para nosotros, se distingue perfectamente entre los sermones pastorales, los comentarios a la Escritura, y los tratados teológicos; con profunda relación pero sin confundir. La Sagrada Escritura ha sido tan meditada, orada y asimilada por los Padres, que citan de memoria y puede reconstruirse prácticamente la Biblia desde esas citas; pero, al tiempo, están inmersos en su cultura, y la transparentan y la evangelizan. No citan, injertan. No son «evangélicos» en el estilo de ciertas comunidades protestantes. La homilía no mira al pasado histórico, sino al presente desde ese pasado ahora actuante en Cristo Sacerdote y Pastor. La homilía se dirige a los fieles con amor pastoral, tratando de

animarlos y equiparlos para que puedan vivir en Cristo la semana que comienza.

b) Ha de ser presentación fiel, actual, respetuosa y sin dar por supuesto su aceptación, del mensaje central de la fe; ha de prepararse con conciencia misionera, como si se hablara en el «patio de los gentiles». Razón y fe deben iluminarse mutuamente para dar a conocer el misterio de la fe, como si ahora se estuviera revelando por vez primera. El sacerdote pronuncia hoy su homilía en un «patio de los gentiles» soterrado bajo la asistencia a la Misa; esto exige horas de meditación de la Palabra, de oración por los fieles, de comprensión de la actualidad, de búsqueda de un lenguaje que rompa los tópicos y que «dé que pensar». Hay que decir al sacerdote: eres un creyente a medias que habla a creyentes llenos de dudas, y a candidatos a no creyentes: de tu homilía depende, en buena medida, el futuro cristiano de esas personas. Si la homilía se mueve en esta dirección, la parroquia vivirá de la Palabra sin caer en frías exégesis ni en «evangelismos» fundamentalistas.

2. 3. El testimonio verbal de los fieles

a) De esta última consideración sobre la homilía, conviene pasar a la totalidad del testimonio de los fieles mediante la palabra. Para hacer converger la fe y la razón es preciso, además de la oración profunda y continuada, un conocimiento serio y muy preciso de la fe a la vez que un gran respeto a la razón humana. De la catequesis, que nos enseña los artículos de la fe, hay que pasar a la teología, a la verdadera teología, y, dentro de esta, a la

teología dogmática, a la que medita acerca del misterio de Dios, de la Encarnación, de la Iglesia y los Sacramentos, del Hombre a imagen de Dios, del más allá de esta historia que vivimos... Y, como cimiento necesario, la recuperación de un lenguaje verdaderamente significativo, lo menos equívoco posible; en todos los terrenos de la conversación humana. Que las palabras vuelvan a decir algo, que no sean meros gritos connotativos de emociones oscuras. El cristiano, bajo la moción del Espíritu, se esforzará en que toda palabra que sale de su boca sea bendición (*benedicere*), dicción precisa y reveladora de la bondad de lo real, en nuestro caso de Dios en Jesucristo.

b) Dos «riadas» amenazan hoy la fe y la inteligencia del hombre:

- Las ideologías, o sea, esas simplificaciones intelectuales creadas en tiempos de crisis, que reducen los análisis sociales, demonizan un aspecto de la situación y lo convierten en punto de apoyo para «salvar» al mundo, y elevan a un líder a la adoración idolátrica. La fe auténtica pondrá a la luz el carácter seudoreligioso de la ideología; la razón y la inteligencia, denunciarán su falta de racionalidad. En el fondo, toda ideología es una enfermedad del lenguaje.
- Los nuevos viejísimos gnosticismos, híbridos de religión, falsa medicina y esoterismo, para consumo de clases medias empobrecidas, degradadas y desesperanzadas. La defensa y estudio de la regla de fe evitará este virus en el interior de la parroquia cristiana y hará un gran servicio a la Iglesia y al mundo. La parroquia debe vigilar atentamente para que no se introduzcan en la liturgia,

catequesis, etc., corrientes ideológicas o sincretistas. Las diversas técnicas de relajación, los apólogos orientales, etc., no suscitan nuestro rechazo, pero su lugar no está en nuestra profesión de fe, ni en nuestra oración, ni en nuestra celebración.

La fe y la razón se encuentran en la sabiduría, y esta no es simple información (la requiere), ni mera lógica, ni profunda cultura: es síntesis que se va formando a lo largo de una vida cristiana que se pregunta sobre lo que cree, que trata de comprender la vida a su luz, que saborea la belleza del Misterio. Al Atrio de los Gentiles no se accederá por la vía del debate soberbio sino por el contagio de una sabiduría nueva, profundamente humana en el Espíritu de Dios.

CUESTIONARIO

NB. El cuestionario no es responsabilidad del ponente sino del equipo coordinador del Plan Diocesano de Pastoral

1. Qué quiere decir el autor con esta frase: «Desde la escucha atenta y religiosa de la Palabra, en la comunidad parroquial ha de ir fraguando un nuevo lenguaje para decir la fe de siempre al hombre de hoy?»
2. Averiguad qué es eso del «atrio de los gentiles». ¿Puede ser conveniente en estos momentos de la sociedad y de la Iglesia?

3. Tres líneas de acción vocacional a modo de ejemplo



Esta parte final quizá esté de más porque correspondería, más bien, a los foros donde se programe la actividad que durante el año pueden desarrollar las parroquias en pro de la pastoral vocacional. Se trata solamente de algunas sugerencias entre otras muchas posibles para apoyar una conversación prolongada en el seno de los consejos y de los grupos de reflexión. Si tuviera que ofrecer algo sistemático, empezaría, sin dudarlo por la familia; de hecho, la primera que ofrezco, en el fondo, trata de la familia. Prefiero, no obstante, tocar otras dimensiones menos tratadas. Con esta advertencia, propondría tres líneas de acción: la nueva evangelización de la mujer (que toca de lleno el centro de la familia), la acogida del Don del Espíritu en la confirmación (pastoral de jóvenes), y la guía o dirección espiritual como instrumento de discernimiento. Lo tratamos a continuación:

3. 1. Parroquia, virginidad femenina y pastoral vocacional

¿A cuento de qué esa necesidad de una nueva evangelización de la mujer como acción vocacional prioritaria? ¿No pueden pensar nuestras hermanas que es un trato discriminatorio hacia ellas, como si fueran las únicas necesitadas de evangelización? ¿Y qué tiene que ver eso con la vocación? Intento explicarlo.

a) La universalidad del Evangelio no lo es solamente con relación a la geografía, ni a las épocas. También ha de empapar progresivamente los distintos estratos de la «humanitas» del hombre: se evangelizó la inteligencia en el empeño de comprender la persona de Cristo y la relación

trinitaria, dando lugar a la teología y a la universidad; se evangelizó el arte floreciendo estilos propios; se evangelizó al guerrero y se le transformó en soldado al servicio de la paz; al político se le convirtió en diácono laico; se evangelizó el espacio urbano dando paso a la ciudad cristiana; se evangelizó el trabajo mediante el compromiso con la justicia social... Es claro que el objetivo de la evangelización es el corazón mismo, la raíz, pero no menos cierto que el ser humano es complejo y se requiere simultanear el centro con las dimensiones derivadas del mismo y, hoy por hoy, no del todo unificadas e integradas. En nuestro momento histórico la punta de lanza donde la libertad se abre paso es la liberación de la mujer, su plena participación social con igualdad de derechos. Como ocurre siempre, ese movimiento hacia la libertad, promovido por el Espíritu Santo, choca con la resistencia del pasado a la vez que es tentado demoníacamente hacia el «seréis como dioses». La ideología de género es esa deformación ya presente.

b) La plena dignidad de la mujer, aceptada, asimilada y acompañada por un varón renovado, traerá consigo una relativización de la genitalidad en favor de una sexualidad más personalista y fraterna. Lo espero confiado en la acción del Espíritu y en el sacrificio de muchas personas, varones y mujeres; el tiempo reconocerá y rechazará los excesos actuales y abrirá nuevas formas de relación. Pero eso no es nuevo: anticipadamente lo ha vivido el cristianismo con la castidad matrimonial y con la virginidad consagrada. De modo que la vocación, como todo lo humano, ha tenido siempre madre, mujer anticipadora, madre virgen. María es criatura del Verbo pero es, a la vez, madre de su celibato y de su entrega absoluta a su único Padre. La maternidad

no es, ante todo, un hecho biológico; es dejar entrar en la vida propia la voluntad de otro que altera aquella en sus raíces; por eso la vocación a la maternidad (en todas sus dimensiones) es anterior a todo planteamiento vocacional. La mujer actual estrena libertad y goza de ella como el gran descubrimiento. La maternidad es rechazada por sectores radicales porque estorba a la propia realización; sin embargo, el ejercicio genital, por el contrario, crece en la mente y en la realidad hasta no poder prescindir de él. La mujer ideologizada sufrirá la misma decepción, con relación a sus compañeros de la izquierda revolucionaria, que sufrieron las feministas durante el congreso de la unión en el Coliseum de Chicago (SDS) en 1969; sus instigadores se comportarán aun peor de los antiguos «machos» dominantes. El desmoronamiento de los valores morales y de la familia parece insuperable en estos momentos, pero hay que abrir los ojos a la esperanza; hoy, castidad matrimonial y virginidad son palabras censuradas hasta en el lenguaje eclesiástico; es preciso recuperarlas pero cargadas de sentido y de libertad. Sin ello será muy difícil cualquier planteamiento vocacional. Es el primer desafío.

c) Una de las consecuencias más peligrosas y menos concienciadas que trae consigo la «ideología de género», al rechazar de plano el respeto a la realidad anterior a las opciones sexuales (ser varón, ser mujer, el ser), es la elevación de los estados de ánimo a elementos de la identidad personal hasta casi confundirse con ella. El «quién soy» cede importancia ante el «qué me siento». El yo se disolvía en sus sensaciones y la personalidad en sus terminales nerviosas, viene a decir Philipp Blom analizando la mutación cultural de la primera mitad del siglo XX (*Años*

de vértigo...). No es de extrañar el avance de las religiones terapéuticas como el budismo, y sus derivados para el consumo. Los ejercicios espirituales en general, o sea, la oración cristiana dirigida a inquirir en duro combate qué quiere Dios de mí, son sustituidos por inocuas terapias para «reconciliarse consigo mismo», o para «encontrar la paz espiritual». Es el sentimentalismo —en realidad un sutil o, a veces, grosero sensualismo—, que invade la cultura por la caída del deber y de la objetividad (cf Lipovestky). Una necesidad enfermiza de explicar públicamente lo que erróneamente llaman «sentimientos» impide radicalmente el nacimiento de una cultura de la vocación. Prometeo (utopías) se hizo pasar por Jesucristo, para ser ahora enterrado por Narciso. ¿Cómo plantear, siquiera, una vocación como entrega incondicional de la vida, más allá de los cambiantes sensualismos? La mujer, a mi entender, es, en este momento, el punto clave para dar la vuelta a este sensualismo y recuperar la riqueza de los sentimientos.

d) En nuestras parroquias la mayoría femenina es muy notable. ¿En qué posición se sitúan estas mujeres cristianas con relación a la ideología de género? ¿Confiesan pecados o relatan estados de ánimo? ¿Son capaces de soledad inhabitada por Dios o se traicionan a cambio de cualquier tipo de compañía? ¿Cómo viven la soltería centrada en la profesión? ¿Cómo asumen el matrimonio? ¿Cómo ven y comprenden la virtud de la castidad? ¿Ven con gozo y admiración la consagración en virginidad? ¿Se conoce y se profundiza en lo que realmente es la revolución de la mujer, en el «feminismo de equidad»? ¿Se configuran los sacerdotes como varones de una nueva era al servicio de una liberación según el Espíritu? Y, en consecuencia:

¿qué acciones educativas para las jóvenes habrá que desarrollar para abrir las puertas de la vocación? El Señor llama a una castidad mucho más honda y espiritual; la educación debe empezar en edades muy tempranas dado el influjo de los medios y de la «educación» sexual impartida en los centros educativos. El primer paso de Dios, al parecer, siempre se percibe en la mujer; mientras no se recupere la consagración femenina como maternidad virginal, difícilmente surgirá un celibato masculino de nuevo estilo. El «nuevo varón» nacerá de la Mujer Nueva. Desde los monasterios a las vírgenes consagradas, pasando por congregaciones de vida activa y por movimientos con promesas privadas, este es un asunto fundamental no sólo para la dimensión vocacional, sino para la fe y para la cultura.

e) Si nos percatamos, al abrir este horizonte de acción pastoral, estamos tocando las raíces de la familia. No es que el varón cuente menos: es que la brecha en estos momentos está situada en una mujer tentada por el resentimiento acumulado durante generaciones, dramatizado por los medios, y, debido a ello, ideologizado. Una familia nueva, con relaciones renovadas desde un nuevo modo de vivir la virilidad y la feminidad, con la base profundizada y asimilada de la sacramentalidad en Cristo Jesús, será, posiblemente, la mayor aportación que la parroquia puede hacer a la Iglesia y esta al mundo. Desde una mujer renovada y entregada a la voluntad de Dios, desde una familia entrañable y abierta al mundo, será posible la vocación al sacerdocio como primer atisbo del varón renovado. Es posible que tras la crisis vocacional al sacerdocio esté Dios tratando de modificar profundamente

la elección y la educación del varón capaz para forjar el nuevo varón capaz de acompañar a la Iglesia Madre como José hizo con María y su hijo.

CUESTIONARIO

NB. El cuestionario no es responsabilidad del ponente sino del equipo coordinador del Plan Diocesano de Pastoral

1. ¿Cómo va cambiando –cómo era y cómo es- el papel de la mujer en la transmisión de la fe a las nuevas generaciones?
2. ¿Qué quiere decir el autor cuando habla de «una cultura de la vocación»?

3. 2. Parroquia, confirmación y vocación: los jóvenes

a) Toda vocación arranca del bautismo y este es el sacramento específico de la parroquia como familia primera de los hijos de Dios y lugar donde acontece la filiación divina. No obstante, la vocación es inseparable de la dimensión sacrificial de la vida cristiana; al fin y al cabo, es la transfiguración del deseo mediante la obediencia al amor. En este sentido, vocación y *fervor* (hervor) son correlativos; la vocación nunca será un acto de «sensatez», una elección neutral de un modo de vida entre los diversos que se presentan como oferta; siempre tendrá una dosis de desmesura, de martirio, de ofrenda. Es un «porque sí», una entrega más allá de la utilidad. ¿Cabe la vocación en un cristianismo mediocre y tibio? ¿Nacerá fácilmente en un cristianismo «liberal» políticamente correcto? Será más difícil que nazca una vocación en ese ambiente que un camello pase por el ojo de una aguja... aunque para Dios nada hay imposible. Nos falta ese «hervor» imprescindible, y ello nos conduce a pensar que hemos pasado por alto algo importante. Hemos descuidado una de las dimensiones sacramentales más importantes en la Iglesia, la dimensión «confirmatoria».

b) Hay un sacramento que se sitúa en el «límite» de la parroquia y que se llama confirmación; su ministro ordinario es el Obispo, siempre presente incluso cuando lo administra un presbítero, pues fue aquel quien consagró el santo crisma en la Misa Crismal de Jueves Santo. Si uno relee los artículos del Catecismo que tratan de la confirmación, es posible que sienta cierta insatisfacción

por no «agarrar» lo propio y específico del sacramento: ¿qué añade al bautismo? ¿La filiación? ¿La inhabitación del Espíritu? ¿La vinculación con la Iglesia? Todo esto ya está dado por el bautismo en realidad. En esa catequesis abundan los términos que indican una cuantía añadida —profundidad, intensidad, fuerza— más que novedad de naturaleza. Es fácil decir la novedad del bautismo, o de la eucaristía; también de la confesión, del matrimonio, del orden, de la unción. No es tan fácil hacerlo con precisión con relación a este sacramento. ¿Por qué? Porque se mira el sacramento aislado de la sacramentalidad de la Iglesia.

c) La confirmación, como acto sacramental, se inscribe en una dimensión sacramental de la Iglesia que es más amplia que el acto aislado del sacramento: es la dimensión confirmadora. ¿En qué consiste? Recordemos Pentecostés: es la confirmación de la vida y la obra de Jesús al tiempo que la confirmación del seguimiento, discipulado y apostolado. Hasta entonces la eclesialidad ha sido «pasiva», encerrada, sin dinamismo; a la comunidad de orantes reunida en el Cenáculo le faltaba el «hervor» para ser plenamente la Iglesia. Los orantes reunidos en aquel primer cenáculo «parroquial», ven cómo sus lenguas se encienden, experimentan la universalidad de su fe de otro modo, y pasan de la fe a la vocación asumida plenamente. Este paso a la vocación apostólica no es fruto de la catequesis continuada sino de la efusión del Espíritu Santo. Antes de Pentecostés, el Colegio Apostólico ha sido reconstruido mediante la elección de Matías (¿Quién habló de oposición entre carisma e institución?). Los Hechos dan cuenta del envío de Pedro y Juan a Samaría para confirmar la fe sembrada por Felipe. La confirmación no es solamente

un sacramento; es una dimensión de la sacramentalidad de la Iglesia, dimensión que vincula íntimamente la efusión del Espíritu con el discernimiento episcopal. Esta dimensión es destacada, y no casualmente, por Lucas: su evangelio responde a la intención de confirmar la fe inicial de un catecúmeno o similar: *...yo también he decidido escribir para ti, excelentísimo Teófilo, un relato ordenado, a fin de que conozcas bien la solidez de las enseñanzas que has recibido* (Lc 1,1 s). De ahí la importancia que la acción del Espíritu Santo tiene tanto en su evangelio como en los Hechos.

d) ¿Quién es el Espíritu Santo y por qué su necesidad para que la Iglesia sea confirmada? Sabemos que el Espíritu es el amor espirado por el Padre y re-spirado por el Hijo, el Amor personal cons-pirado por ambos, fruto de la relación entre Padre e Hijo pero también condición y atmósfera de la misma (*ruah, pneuma, spiritus: aire*). El Padre engendra en el Amor espirado, enamorándose del Hijo engendrado; el Hijo confiesa la paternidad (*Abba*) adorando en el Amor. El Amor personal, el Espíritu Santo, es, de alguna manera, la Confirmación eterna de la relación paterno-filial, y lo es imprimiendo el «exceso» que impide la «clonación» y constituye a la Persona: el Hijo no es imagen en el sentido de copia; por eso puede haber amor entre el Padre y el Hijo, porque son totalmente distintos como personas, y esa distinción se produce en el Amor que es el Espíritu. En la historia de los hombres también el Espíritu confirma la relación paterno-filial e impide la clonación impersonal. Es quien introduce el exceso en que consiste el amor, el responsable de aquel «*habiendo llegado la hora...los amó hasta el extremo*». La extremosidad, la demasía, el

exceso, es característica y fruto del Espíritu. Por eso es quien conduce a Jesús al desierto y al sacrificio (Lc 4,1 y Hb 9,14) y es quien otorga a los apóstoles la *parresía* que desemboca en el martirio. No hay misión o vocación mientras no hay exceso, demasía, ruptura del «sentido común», obediencia incondicional, *hervor*. Las aguas del bautismo han de «hervir» para que sea posible el bautismo en fuego, que tiene que ver con la confirmación. Y esto está muy unido al especial vínculo que se genera con la Iglesia. El lenguaje popular se podría aplicar a aquí: al bautizado sin confirmar o sin asimilar la confirmación le falta un hervor, «le falta un verano».

e) La confirmación es hoy un sacramento parroquialista a pesar de la presencia del Obispo; la convoca, organiza y data, el párroco. El obispo, sobre todo en las pequeñas diócesis, es tan conocido que su presencia empieza a no ser significativa y a convertirse en irrelevante. No se ha meditado suficientemente, aunque es objeto de conversación y de chistes, el hecho de que el sacramento «eclesializante» por excelencia sea la puerta para que se vayan los jóvenes del ámbito eclesial. ¿No será que el sacramento empuja a los candidatos a otro espacio espiritual y, sin embargo, siguen bloqueados en el anterior? Habría que revisar, antes que la edad o la catequesis o la forma de celebración, la mentalidad eclesial y el conocimiento del Espíritu Santo. Antes, cuando se confirmaba aprovechando la visita pastoral del Obispo, el significado era más evidente, dado que este aparecía y relativizaba la parroquialidad (confirmándola también). Ahora, el obispo es invitado a todos los aniversarios, patronazgos y «solemnidades»; su episcopalidad se

disuelve. ¿No habría que pensar, al menos para grupos que se prepararan, en una peregrinación de la parroquia a la Catedral para allí recibir la confirmación del Espíritu, sacramentalmente unos y espiritualmente todos?

f) Si el ministerio, sobre todo episcopal, ha sido mejor comprendido en el Concilio, la llamada que da acceso al sacerdocio, también debería ser afectada por ese avance. Un obispo tal como el Concilio lo concibe, tiene autoridad en el Espíritu para tomar la iniciativa y llamar en nombre del Señor. La disminución del poder social que se anuncia con la caída de la Cristiandad, irá sin duda acompañada con un aumento de la autoridad espiritual efectiva. Al mismo tiempo, la recuperación del sacerdocio —el del obispo en primer lugar— descargando tareas diaconales tanto en el diaconado permanente (¿hay otro?) como en los ministerios laicales, permitirá de otro modo al obispo y al presbítero dedicarse a la oración y a la predicación: dentro de esta, la llamada personal es un modo privilegiado. ¿Por qué durante la visita pastoral o la confirmación no se presentan al obispo, por parte del equipo vocacional de la parroquia con el párroco al frente, nombres de posibles candidatos? ¿Y qué impide que el obispo converse con ellos, uno a uno, y les pida que escuchen la voz del Señor y discernan una posible vocación?

g) En todo joven hay un momento en que el hogar le viene estrecho y necesita salir aunque no pierda la relación, antes al contrario, la profundice. Le llama «la calle»: los amigos, las excursiones, las trasnochadas... El éxito de las Jornadas Mundiales de la Juventud nos puede iluminar en este sentido: cómo vuelven confirmados a la parroquia

pero con una dimensión universal. Si la parroquia es un hogar, y lo es, ha de ser consciente de esta realidad: si quiere retener a los jóvenes y atraparlos para los servicios pastorales, los perderá: aquí sí que se cumple la palabra del Señor! Tras la confirmación, la dispersión. ¿No está el Señor pidiendo a gritos la creación de algún movimiento diocesano de jóvenes que trascienda la parroquia aunque pase por ella y la enriquezca? Un movimiento, conducido y sostenido directamente por el obispo diocesano, con objetivos, metodología, organización, y, sobre todo, dirigido por los mismos jóvenes; que se frecuenten los encuentros diocesanos, la formación adecuada. No sería desaprovechar ministros el dedicar algunos para consiliarios al servicio de ello. La visita de Benedicto XVI puede ser un momento de gracia en esta dirección. Estemos atentos a la llamada del Espíritu Santo.

CUESTIONARIO

NB. El cuestionario no es responsabilidad del ponente sino del equipo coordinador del Plan Diocesano de Pastoral

1. Comentad esta frase del autor: «La vocación es inseparable de la dimensión sacrificial de la vida cristiana; al fin y al cabo, es la transfiguración del deseo mediante la obediencia al Amor».
2. Según el autor, ¿qué «confirmación» o «confirmaciones» necesitamos la mayoría de los miembros de nuestra parroquia?

3. 3. Parroquia, vocación y dirección espiritual

La vocación es la personalización de la fe por obra del Espíritu Santo. La fe no es personal de verdad hasta que no es confirmada desde lo alto, confirmación que es, al tiempo, eclesialización. Antes de la venida eclesial del Espíritu (reunión de orantes con presencia de María), la fe es siempre prolongación de la de padres, catequistas. La confirmación debe conducir a la experiencia que sus paisanos transmiten a la Samaritana: *«Ya no creemos por lo que tú has dicho; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es verdaderamente el Salvador del mundo»* (Jn 4,41). En eso pienso que consiste esencialmente el convertir al confirmado en testigo. Ello exige que en el periodo preparatorio haya una vivencia de discernimiento espiritual, de acompañamiento o dirección, aunque muy sencilla. No bastan las reuniones, las catequesis al colectivo; el candidato ha de ser llamado para un encuentro personal con alguien preparado para esta tarea. Las reuniones (catequéticas, de oración, de estudio) completan el servicio de la Palabra que ejercita el sacerdote en la Eucaristía; pero no son el final; el final es la personalización, y este aprendizaje, inicialmente, debe comenzar en la adolescencia, quizá durante la preparación del sacramento de la confirmación. Así resultará más eficaz el sacramento y nacerá una aptitud para la vocación, para la obediencia personalísima a la voluntad de Dios: *Aquí estoy para hacer tu voluntad; habla, Señor, que tu siervo escucha...*

Los planes pastorales han supuesto un trabajo que algún día dará todo su fruto, pero también han tenido sus limitaciones. Una de ellas y quizá de las más graves:

reuniones, audiovisuales, fiestas... han dejado en segundo término la dirección espiritual, o sea, la ayuda para desarrollar una vida espiritual estrictamente personal, basada en la pregunta por lo que Dios quiere de mí y por el discernimiento consiguiente. El carisma de discernimiento no es sólo un don del Espíritu; es una necesidad una vez que el Espíritu está presente en la vida de la Iglesia: una vida «templada», no ferviente, una vida estructurada según la Ley, no requiere discernimiento sino interpretación de los textos legales y aplicación correcta. Pero, ¿cómo saber si las mociones sentidas vienen del Huésped interior o son meros estados de ánimo naturales o, incluso, tentaciones demoníacas disfrazadas? Una vocación sale a la luz en un momento determinado pero tiene una larga prehistoria; hubo que pasar muchas encrucijadas sin desviar el camino. ¿Cómo llegar a ese momento si antes no hubo acompañamiento en la aventura espiritual y apertura creciente a la voluntad de Dios?

Dos dificultades se oponen a esta necesidad imperiosa: Por un lado, la escasez de sacerdotes y sus múltiples ocupaciones, cuando la dirección espiritual requiere sosiego, tiempo, disponibilidad; por otro lado, y con mucha mayor importancia, las exigencias que este ministerio tiene. Si a un profesor se le exigen estudios especiales, a un director espiritual hay que exigirle: don de discernimiento, conocimiento de la espiritualidad, sensatez y conocimiento del corazón humano, humildad y respeto a la libertad del dirigido... ¿Podría la diócesis promover este ministerio, tanto servido por sacerdotes como ejercido por varones y mujeres laicos? Es un desafío importante. Pensemos que en nuestra cultura, la persona se está confundiendo vitalmente con el estado de ánimo precisamente porque al

no existir discernimiento, el estado de ánimo se apodera de la conciencia y la anega y anula.

Quizá las parroquias deberían inquirir posibles candidatos que después de ser formados diocesaneamente, bajo la autoridad del párroco constituyeran una verdadera dimensión permanente de la pastoral parroquial. ¿No podría aparecer la figura del consejero espiritual como ministerio ofrecido a los fieles en un momento tan difícil y tan especial?

CUESTIONARIO

NB. El cuestionario no es responsabilidad del ponente sino del equipo coordinador del Plan Diocesano de Pastoral

1. ¿Cómo mejorar el «acompañamiento personal» en el trabajo pastoral con niños y jóvenes?
2. Señalad la importancia de la dirección espiritual

Queridos amigos:

Termino agradeciendo cordialmente vuestra siempre amistosa acogida. Lo aquí expuesto es solamente un conjunto de ideas y de sugerencias que pretenden estimular. Lo importante es poner en marcha la oración y la conversación en el seno las parroquias, siempre bajo la autoridad real del obispo. A lo largo del proceso irán surgiendo iniciativas y el Señor bendecirá las que él vea convenientes. Que él os bendiga, bendiga vuestras familias y grupos, y bendiga a esta diócesis con una especial venida del Espíritu Santo.

DOCUMENTACIÓN DE INTERÉS



1 - CARTA APOSTÓLICA EN FORMA DE «MOTU PROPRIO»

UBICUMQUE ET SEMPER

Del Sumo Pontífice Benedicto
XVI con la cual se instituye el Consejo
Pontificio para la Promoción de la
Nueva Evangelización



La Iglesia tiene el deber de anunciar siempre y en todas partes el Evangelio de Jesucristo. Él, el primer y supremo evangelizador, en el día de su ascensión al Padre, ordenó a los Apóstoles: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (*Mt* 28, 19-20). Fiel a este mandamiento, la Iglesia, pueblo adquirido por Dios para que proclame sus obras admirables (cf. *1 P* 2, 9), desde el día de Pentecostés, en el que recibió como don el Espíritu Santo (cf. *Hch* 2, 1-4), nunca se ha cansado de dar a conocer a todo el mundo la belleza del Evangelio, anunciando a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, el mismo «ayer, hoy y siempre» (*Hb* 13, 8), que con su muerte y resurrección realizó la salvación, cumpliendo la antigua promesa. Por tanto, para la Iglesia la misión evangelizadora, continuación de la obra que quiso Jesús nuestro Señor, es necesaria e insustituible, expresión de su misma naturaleza.

Esta misión ha asumido en la historia formas y modalidades siempre nuevas según los lugares, las situaciones y los momentos históricos. En nuestro tiempo, uno de sus rasgos singulares ha sido afrontar el fenómeno del alejamiento de la fe, que se ha ido manifestando progresivamente en sociedades y culturas que desde hace siglos estaban impregnadas del Evangelio. Las transformaciones sociales a las que hemos asistido en las últimas décadas tienen causas complejas, que hunden sus raíces en tiempos lejanos, y han modificado profundamente la percepción de nuestro mundo. Pensemos en los gigantescos avances de la ciencia y de la técnica, en la ampliación de las posibilidades de vida y de los espacios de libertad

individual, en los profundos cambios en campo económico, en el proceso de mezcla de etnias y culturas causado por fenómenos migratorios de masas, y en la creciente interdependencia entre los pueblos. Todo esto ha tenido consecuencias también para la dimensión religiosa de la vida del hombre. Y si, por un lado, la humanidad ha conocido beneficios innegables de esas transformaciones y la Iglesia ha recibido ulteriores estímulos para dar razón de su esperanza (cf. *1 P* 3, 15), por otro, se ha verificado una pérdida preocupante del sentido de lo sagrado, que incluso ha llegado a poner en tela de juicio los fundamentos que parecían indiscutibles, como la fe en un Dios creador y providente, la revelación de Jesucristo único salvador y la comprensión común de las experiencias fundamentales del hombre como nacer, morir, vivir en una familia, y la referencia a una ley moral natural.

Aunque algunos hayan acogido todo ello como una liberación, muy pronto nos hemos dado cuenta del desierto interior que nace donde el hombre, al querer ser el único artífice de su naturaleza y de su destino, se ve privado de lo que constituye el fundamento de todas las cosas.

Ya el concilio ecuménico Vaticano II incluyó entre sus temas centrales la cuestión de la relación entre la Iglesia y el mundo contemporáneo. Siguiendo las enseñanzas conciliares, mis predecesores reflexionaron ulteriormente sobre la necesidad de encontrar formas adecuadas para que nuestros contemporáneos sigan escuchando la Palabra viva y eterna del Señor.

El siervo de Dios Pablo VI observaba con clarividencia que el compromiso de la evangelización «se está volviendo cada vez más necesario, a causa de las situaciones de descristianización frecuentes en nuestros días, para gran número de personas que recibieron el bautismo, pero viven al margen de toda vida cristiana; para las gentes sencillas que tienen una cierta fe, pero conocen poco los fundamentos de la misma; para los intelectuales que sienten necesidad de conocer a Jesucristo bajo una luz distinta de la enseñanza que recibieron en su infancia, y para otros muchos» (*Evangelii nuntiandi*, 52). Y, con el pensamiento dirigido a los que se han alejado de la fe, añadía que la acción evangelizadora de la Iglesia «debe buscar constantemente los medios y el lenguaje adecuados para proponerles o volverles a proponer la revelación de Dios y la fe en Jesucristo» (*ib.*, n. 56). El venerable siervo de Dios Juan Pablo II puso esta ardua tarea como uno de los ejes su vasto magisterio, sintetizando en el concepto de «nueva evangelización», que él profundizó sistemáticamente en numerosas intervenciones, la tarea que espera a la Iglesia hoy, especialmente en las regiones de antigua cristianización. Una tarea que, aunque concierne directamente a su modo de relacionarse con el exterior, presupone, primero de todo, una constante renovación en su seno, un continuo pasar, por decirlo así, de evangelizada a evangelizadora. Baste recordar lo que se afirmaba en la exhortación postsinodal *Christifideles laici*: «Enteros países y naciones, en los que en un tiempo la religión y la vida cristiana fueron florecientes y capaces de dar origen a comunidades de fe viva y operativa, están ahora sometidos a dura prueba e incluso alguna que otra vez son radicalmente transformados por el continuo difundirse del indiferentismo, del laicismo y del

ateísmo. Se trata, en concreto, de países y naciones del llamado primer mundo, en el que el bienestar económico y el consumismo —si bien entremezclado con espantosas situaciones de pobreza y miseria— inspiran y sostienen una existencia vivida «como si Dios no existiera». Ahora bien, el indiferentismo religioso y la total irrelevancia práctica de Dios para resolver los problemas, incluso graves, de la vida, no son menos preocupantes y desoladores que el ateísmo declarado. Y también la fe cristiana —aunque sobrevive en algunas manifestaciones tradicionales y rituales— tiende a ser erradicada de los momentos más significativos de la existencia humana, como son los momentos del nacer, del sufrir y del morir. (...) En cambio, en otras regiones o naciones todavía se conservan muy vivas las tradiciones de piedad y de religiosidad popular cristiana; pero este patrimonio moral y espiritual corre hoy el riesgo de ser desperdigado bajo el impacto de múltiples procesos, entre los que destacan la secularización y la difusión de las sectas. Sólo una nueva evangelización puede asegurar el crecimiento de una fe límpida y profunda, capaz de hacer de estas tradiciones una fuerza de auténtica libertad. Ciertamente urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana. Pero la condición es *que se rehaga la trabazón cristiana de las mismas comunidades eclesiales que viven en estos países o naciones*» (n. 34).

Por tanto, haciéndome cargo de la preocupación de mis venerados predecesores, considero oportuno dar respuestas adecuadas para que toda la Iglesia, dejándose regenerar por la fuerza del Espíritu Santo, se presente al mundo contemporáneo con un impulso misionero capaz de promover una nueva evangelización. Esta se

refiere sobre todo a las Iglesias de antigua fundación, que viven realidades bastante diferenciadas, a las que corresponden necesidades distintas, que esperan impulsos de evangelización diferentes: en algunos territorios, en efecto, aunque avanza el fenómeno de la secularización, la práctica cristiana manifiesta todavía una buena vitalidad y un profundo arraigo en el alma de poblaciones enteras; en otras regiones, en cambio, se nota un distanciamiento más claro de la sociedad en su conjunto respecto de la fe, con un entramado eclesial más débil, aunque no privado de elementos de vivacidad, que el Espíritu Santo no deja de suscitar; también existen, lamentablemente, zonas casi completamente descristianizadas, en las cuales la luz de la fe está confiada al testimonio de pequeñas comunidades: estas tierras, que necesitarían un renovado primer anuncio del Evangelio, parecen particularmente refractarias a muchos aspectos del mensaje cristiano.

La diversidad de las situaciones exige un atento discernimiento; hablar de «nueva evangelización» no significa tener que elaborar una única fórmula igual para todas las circunstancias. Y, sin embargo, no es difícil percatarse de que lo que necesitan todas las Iglesias que viven en territorios tradicionalmente cristianos es un renovado impulso misionero, expresión de una nueva y generosa apertura al don de la gracia. De hecho, no podemos olvidar que la primera tarea será siempre ser dóciles a la obra gratuita del Espíritu del Resucitado, que acompaña a cuantos son portadores del Evangelio y abre el corazón de quienes escuchan. Para proclamar de modo fecundo la Palabra del Evangelio se requiere ante todo hacer una experiencia profunda de Dios.

Como afirmé en mi primer encíclica *Deus caritas est*: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (n. 1). De forma análoga, en la raíz de toda evangelización no hay un proyecto humano de expansión, sino el deseo de compartir el don inestimable que Dios ha querido darnos, haciéndonos partícipes de su propia vida.

Por tanto, a la luz de estas reflexiones, después de haber examinado con esmero cada aspecto y haber solicitado el parecer de personas expertas, establezco y decreto lo siguiente:

Art. 1

§ 1. Se constituye el Consejo pontificio para la promoción de la nueva evangelización, como dicasterio de la Curia romana, de acuerdo con la constitución apostólica *Pastor bonus*.

§ 2. El Consejo persigue su finalidad tanto estimulando la reflexión sobre los temas de la nueva evangelización, como descubriendo y promoviendo las formas y los instrumentos adecuados para realizarla.

Art. 2

La actividad del Consejo, que se lleva a cabo en colaboración con los demás dicasterios y organismos de la Curia romana, respetando las relativas competencias, está

al servicio de las Iglesias particulares, especialmente en los territorios de tradición cristiana donde se manifiesta con mayor evidencia el fenómeno de la secularización.

Art. 3

Entre las tareas específicas del Consejo se señalan:

1. profundizar el significado teológico y pastoral de la nueva evangelización;
2. promover y favorecer, en estrecha colaboración con las Conferencias episcopales interesadas, que podrán tener un organismo *ad hoc*, el estudio, la difusión y la puesta en práctica del Magisterio pontificio relativo a las temáticas relacionadas con la nueva evangelización;
3. dar a conocer y sostener iniciativas relacionadas con la nueva evangelización organizadas en las diversas Iglesias particulares y promover la realización de otras nuevas, involucrando también activamente las fuerzas presentes en los institutos de vida consagrada y en las sociedades de vida apostólica, así como en las agregaciones de fieles y en las nuevas comunidades;
4. estudiar y favorecer el uso de las formas modernas de comunicación, como instrumentos para la nueva evangelización;
5. promover el uso del Catecismo de la Iglesia católica, como formulación esencial y completa del contenido de la fe para los hombres de nuestro tiempo.

2- ENCUENTRO CON RELIGIOSAS JÓVENES

Benedicto XVI

Viernes, 19 de Agosto de 2011

San Lorenzo de El Escorial



Queridas jóvenes religiosas:

Dentro de la Jornada Mundial de la Juventud que estamos celebrando en Madrid, es un gozo grande poder encontrarme con vosotras, que habéis consagrado vuestra juventud al Señor, y os doy las gracias por el amable saludo que me habéis dirigido. Agradezco al Señor Cardenal Arzobispo de Madrid que haya previsto este encuentro en un marco tan evocador como es el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Si su célebre Biblioteca custodia importantes ediciones de la Sagrada Escritura y de Reglas monásticas de varias familias religiosas, vuestra vida de fidelidad a la llamada recibida es también una preciosa manera de guardar la Palabra del Señor que resuena en vuestras formas de espiritualidad.

Queridas hermanas, cada carisma es una palabra evangélica que el Espíritu Santo recuerda a su Iglesia (cf. Jn 14, 26). No en vano, la Vida Consagrada «nace de la escucha de la Palabra de Dios y acoge el Evangelio como su norma de vida. En este sentido, el vivir siguiendo a Cristo casto, pobre y obediente, se convierte en «exégesis» viva de la Palabra de Dios... De ella ha brotado cada carisma y de ella quiere ser expresión cada regla, dando origen a itinerarios de vida cristiana marcados por la radicalidad evangélica» (Exh. apostólica *Verbum Domini*, 83).

La radicalidad evangélica es estar «arraigados y edificados en Cristo, y firmes en la fe» (cf. Col, 2,7), que en la Vida Consagrada significa ir a la raíz del amor a Jesucristo con un corazón indiviso, sin anteponer nada a ese amor (cf. San Benito, Regla, IV, 21), con una pertenencia esponsal

como la han vivido los santos, al estilo de Rosa de Lima y Rafael Arnáiz, jóvenes patronos de esta Jornada Mundial de la Juventud. El encuentro personal con Cristo que nutre vuestra consagración debe testimoniarse con toda su fuerza transformadora en vuestras vidas; y cobra una especial relevancia hoy, cuando «se constata una especie de «eclipse de Dios», una cierta amnesia, más aún, un verdadero rechazo del cristianismo y una negación del tesoro de la fe recibida, con el riesgo de perder aquello que más profundamente nos caracteriza» (Mensaje para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud 2011, 1). Frente al relativismo y la mediocridad, surge la necesidad de esta radicalidad que testimonia la consagración como una pertenencia a Dios sumamente amado.

Dicha radicalidad evangélica de la Vida Consagrada se expresa en la comunión filial con la Iglesia, hogar de los hijos de Dios que Cristo ha edificado. La comunión con los Pastores, que en nombre del Señor proponen el depósito de la fe recibido a través de los Apóstoles, del Magisterio de la Iglesia y de la tradición cristiana. La comunión con vuestra familia religiosa, custodiando su genuino patrimonio espiritual con gratitud, y apreciando también los otros carismas. La comunión con otros miembros de la Iglesia como los laicos, llamados a testimoniar desde su vocación específica el mismo evangelio del Señor.

Finalmente, la radicalidad evangélica se expresa en la misión que Dios ha querido confiaros. Desde la vida contemplativa que acoge en sus claustros la Palabra de Dios en silencio elocuente y adora su belleza en la soledad por Él habitada, hasta los diversos caminos de vida apostólica, en cuyos

surcos germina la semilla evangélica en la educación de niños y jóvenes, el cuidado de los enfermos y ancianos, el acompañamiento de las familias, el compromiso a favor de la vida, el testimonio de la verdad, el anuncio de la paz y la caridad, la labor misionera y la nueva evangelización, y tantos otros campos del apostolado eclesial.

Queridas hermanas, este es el testimonio de la santidad a la que Dios os llama, siguiendo muy de cerca y sin condiciones a Jesucristo en la consagración, la comunión y la misión. La Iglesia necesita de vuestra fidelidad joven arraigada y edificada en Cristo. Gracias por vuestro «sí» generoso, total y perpetuo a la llamada del Amado. Que la Virgen María sostenga y acompañe vuestra juventud consagrada, con el vivo deseo de que interpele, aliente e ilumine a todos los jóvenes.

Con estos sentimientos, pido a Dios que recompense copiosamente la generosa contribución de la Vida Consagrada a esta Jornada Mundial de la Juventud, y en su nombre os bendigo de todo corazón. Muchas gracias.



3 - ENCUENTRO CON PROFESORES UNIVERSITARIOS JÓVENES

Benedicto XVI

Viernes, 19 de Agosto de 2011

San Lorenzo de El Escorial



Señor Cardenal Arzobispo de Madrid,
Queridos Hermanos en el Episcopado,
Queridos Padres Agustinos,
Queridos Profesores y Profesoras,
Distinguidas Autoridades,
Amigos todos.

Esperaba con ilusión este encuentro con vosotros, jóvenes profesores de las universidades españolas, que prestáis una espléndida colaboración en la difusión de la verdad, en circunstancias no siempre fáciles. Os saludo cordialmente y agradezco las amables palabras de bienvenida, así como la música interpretada, que ha resonado de forma maravillosa en este monasterio de gran belleza artística, testimonio elocuente durante siglos de una vida de oración y estudio. En este emblemático lugar, razón y fe se han fundido armónicamente en la austera piedra para modelar uno de los monumentos más renombrados de España.

Saludo también con particular afecto a aquellos que en estos días habéis participado en Ávila en el Congreso Mundial de Universidades Católicas, bajo el lema: «Identidad y misión de la Universidad Católica».

Al estar entre vosotros, me vienen a la mente mis primeros pasos como profesor en la Universidad de Bonn. Cuando todavía se apreciaban las heridas de la guerra y eran muchas las carencias materiales, todo lo suplía la ilusión por una actividad apasionante, el trato con colegas de las diversas disciplinas y el deseo de responder a las inquietudes últimas y fundamentales de los alumnos. Esta «universitas» que entonces viví, de profesores y estudiantes

que buscan juntos la verdad en todos los saberes, o como diría Alfonso X el Sabio, ese «ayuntamiento de maestros y escolares con voluntad y entendimiento de aprender los saberes» (Siete Partidas, partida II, tít. XXXI), clarifica el sentido y hasta la definición de la Universidad.

En el lema de la presente Jornada Mundial de la Juventud: «Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (cf. Col 2, 7), podéis también encontrar luz para comprender mejor vuestro ser y quehacer. En este sentido, y como ya escribí en el Mensaje a los jóvenes como preparación para estos días, los términos «arraigados, edificados y firmes» apuntan a fundamentos sólidos para la vida (cf. n. 2).

Pero, ¿dónde encontrarán los jóvenes esos puntos de referencia en una sociedad quebradiza e inestable? A veces se piensa que la misión de un profesor universitario sea hoy exclusivamente la de formar profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboral en cada preciso momento. También se dice que lo único que se debe privilegiar en la presente coyuntura es la mera capacitación técnica. Ciertamente, cunde en la actualidad esa visión utilitarista de la educación, también la universitaria, difundida especialmente desde ámbitos extrauniversitarios. Sin embargo, vosotros que habéis vivido como yo la Universidad, y que la vivís ahora como docentes, sentís sin duda el anhelo de algo más elevado que corresponda a todas las dimensiones que constituyen al hombre. Sabemos que cuando la sola utilidad y el pragmatismo inmediato se erigen como criterio principal, las pérdidas pueden ser dramáticas: desde los abusos de una ciencia sin límites, más allá de ella misma, hasta el

totalitarismo político que se aviva fácilmente cuando se elimina toda referencia superior al mero cálculo de poder. En cambio, la genuina idea de Universidad es precisamente lo que nos preserva de esa visión reduccionista y sesgada de lo humano.

En efecto, la Universidad ha sido, y está llamada a ser siempre, la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana. Por ello, no es casualidad que fuera la Iglesia quien promoviera la institución universitaria, pues la fe cristiana nos habla de Cristo como el Logos por quien todo fue hecho (cf. Jn 1,3), y del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Esta buena noticia descubre una racionalidad en todo lo creado y contempla al hombre como una criatura que participa y puede llegar a reconocer esa racionalidad. La Universidad encarna, pues, un ideal que no debe desvirtuarse ni por ideologías cerradas al diálogo racional, ni por servilismos a una lógica utilitarista de simple mercado, que ve al hombre como mero consumidor.

He ahí vuestra importante y vital misión. Sois vosotros quienes tenéis el honor y la responsabilidad de transmitir ese ideal universitario: un ideal que habéis recibido de vuestros mayores, muchos de ellos humildes seguidores del Evangelio y que en cuanto tales se han convertido en gigantes del espíritu. Debemos sentirnos sus continuadores en una historia bien distinta de la suya, pero en la que las cuestiones esenciales del ser humano siguen reclamando nuestra atención e impulsándonos hacia adelante. Con ellos nos sentimos unidos a esa cadena de hombres y mujeres que se han entregado a proponer y acreditar la fe ante la inteligencia de los hombres. Y el modo de hacerlo no

solo es enseñarlo, sino vivirlo, encarnarlo, como también el Logos se encarnó para poner su morada entre nosotros. En este sentido, los jóvenes necesitan auténticos maestros; personas abiertas a la verdad total en las diferentes ramas del saber, sabiendo escuchar y viviendo en su propio interior ese diálogo interdisciplinar; personas convencidas, sobre todo, de la capacidad humana de avanzar en el camino hacia la verdad. La juventud es tiempo privilegiado para la búsqueda y el encuentro con la verdad. Como ya dijo Platón: «Busca la verdad mientras eres joven, pues si no lo haces, después se te escapará de entre las manos» (Parménides, 135d). Esta alta aspiración es la más valiosa que podéis transmitir personal y vitalmente a vuestros estudiantes, y no simplemente unas técnicas instrumentales y anónimas, o unos datos fríos, usados sólo funcionalmente.

Por tanto, os animo encarecidamente a no perder nunca dicha sensibilidad e ilusión por la verdad; a no olvidar que la enseñanza no es una escueta comunicación de contenidos, sino una formación de jóvenes a quienes habéis de comprender y querer, en quienes debéis suscitar esa sed de verdad que poseen en lo profundo y ese afán de superación. Sed para ellos estímulo y fortaleza.

Para esto, es preciso tener en cuenta, en primer lugar, que el camino hacia la verdad completa compromete también al ser humano por entero: es un camino de la inteligencia y del amor, de la razón y de la fe. No podemos avanzar en el conocimiento de algo si no nos mueve el amor; ni tampoco amar algo en lo que no vemos racionalidad: pues «no existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor» (Caritas

in veritate, n. 30). Si verdad y bien están unidos, también lo están conocimiento y amor. De esta unidad deriva la coherencia de vida y pensamiento, la ejemplaridad que se exige a todo buen educador.

En segundo lugar, hay que considerar que la verdad misma siempre va a estar más allá de nuestro alcance. Podemos buscarla y acercarnos a ella, pero no podemos poseerla del todo: más bien, es ella la que nos posee a nosotros y la que nos motiva. En el ejercicio intelectual y docente, la humildad es asimismo una virtud indispensable, que protege de la vanidad que cierra el acceso a la verdad. No debemos atraer a los estudiantes a nosotros mismos, sino encaminarlos hacia esa verdad que todos buscamos. A esto os ayudará el Señor, que os propone ser sencillos y eficaces como la sal, o como la lámpara, que da luz sin hacer ruido (cf. Mt 5,13-15).

Todo esto nos invita a volver siempre la mirada a Cristo, en cuyo rostro resplandece la Verdad que nos ilumina, pero que también es el Camino que lleva a la plenitud perdurable, siendo Caminante junto a nosotros y sosteniéndonos con su amor. Arrraigados en Él, seréis buenos guías de nuestros jóvenes. Con esa esperanza, os pongo bajo el amparo de la Virgen María, Trono de la Sabiduría, para que Ella os haga colaboradores de su Hijo con una vida colmada de sentido para vosotros mismos y fecunda en frutos, tanto de conocimiento como de fe, para vuestros alumnos.



4 - HOMILÍA EN LA SANTA MISA CON LOS SEMINARISTAS

Benedicto XVI

Sábado, 20 de Agosto

Catedral de la Almudena (Madrid)



Señor Cardenal Arzobispo de Madrid,
Venerados hermanos en el Episcopado,
Queridos sacerdotes y religiosos,
Queridos rectores y formadores,
Queridos seminaristas,
Amigos todos.

Me alegra profundamente celebrar la Santa Misa con todos vosotros, que aspiráis a ser sacerdotes de Cristo para el servicio de la Iglesia y de los hombres, y agradezco las amables palabras de saludo con que me habéis acogido. Esta Santa Iglesia Catedral de Santa María La Real de la Almudena es hoy como un inmenso cenáculo donde el Señor celebra con deseo ardiente su Pascua con quienes un día anheláis presidir en su nombre los misterios de la salvación. Al veros, compruebo de nuevo cómo Cristo sigue llamando a jóvenes discípulos para hacerlos apóstoles suyos, permaneciendo así viva la misión de la Iglesia y la oferta del evangelio al mundo. Como seminaristas, estáis en camino hacia una meta santa: ser prolongadores de la misión que Cristo recibió del Padre. Llamados por Él, habéis seguido su voz y atraídos por su mirada amorosa avanzáis hacia el ministerio sagrado. Poned vuestros ojos en Él, que por su encarnación es el revelador supremo de Dios al mundo y por su resurrección es el cumplidor fiel de su promesa. Dadle gracias por esta muestra de predilección que tiene con cada uno de vosotros.

La primera lectura que hemos escuchado nos muestra a Cristo como el nuevo y definitivo sacerdote, que hizo de su existencia una ofrenda total. La antifona del salmo se le puede aplicar perfectamente, cuando, al entrar en el mundo,

dirigiéndose a su Padre, dijo: «Aquí estoy para hacer tu voluntad» (cf. Sal 39, 8-9). En todo buscaba agradarle: al hablar y al actuar, recorriendo los caminos o acogiendo a los pecadores. Su vivir fue un servicio y su desvivirse una intercesión perenne, poniéndose en nombre de todos ante el Padre como Primogénito de muchos hermanos. El autor de la carta a los Hebreos afirma que con esa entrega perfeccionó para siempre a los que estábamos llamados a compartir su filiación (cf. Heb 10,14).

La Eucaristía, de cuya institución nos habla el evangelio proclamado (cf. Lc 22,14-20), es la expresión real de esa entrega incondicional de Jesús por todos, también por los que le traicionaban. Entrega de su cuerpo y sangre para la vida de los hombres y para el perdón de sus pecados. La sangre, signo de la vida, nos fue dada por Dios como alianza, a fin de que podamos poner la fuerza de su vida, allí donde reina la muerte a causa de nuestro pecado, y así destruirlo. El cuerpo desgarrado y la sangre vertida de Cristo, es decir su libertad entregada, se han convertido por los signos eucarísticos en la nueva fuente de la libertad redimida de los hombres. En Él tenemos la promesa de una redención definitiva y la esperanza cierta de los bienes futuros. Por Cristo sabemos que no somos caminantes hacia el abismo, hacia el silencio de la nada o de la muerte, sino viajeros hacia una tierra de promisión, hacia Él que es nuestra meta y también nuestro principio.

Queridos amigos, os preparáis para ser apóstoles con Cristo y como Cristo, para ser compañeros de viaje y servidores de los hombres. ¿Cómo vivir estos años de preparación? Ante todo, deben ser años de silencio interior,

de permanente oración, de constante estudio y de inserción paulatina en las acciones y estructuras pastorales de la Iglesia. Iglesia que es comunidad e institución, familia y misión, creación de Cristo por su Santo Espíritu y a la vez resultado de quienes la conformamos con nuestra santidad y con nuestros pecados. Así lo ha querido Dios, que no tiene reparo en hacer de pobres y pecadores sus amigos e instrumentos para la redención del género humano. La santidad de la Iglesia es ante todo la santidad objetiva de la misma persona de Cristo, de su evangelio y de sus sacramentos, la santidad de aquella fuerza de lo alto que la anima e impulsa. Nosotros debemos ser santos para no crear una contradicción entre el signo que somos y la realidad que queremos significar.

Meditad bien este misterio de la Iglesia, viviendo los años de vuestra formación con profunda alegría, en actitud de docilidad, de lucidez y de radical fidelidad evangélica, así como en amorosa relación con el tiempo y las personas en medio de las que vivís. Nadie elige el contexto ni a los destinatarios de su misión. Cada época tiene sus problemas, pero Dios da en cada tiempo la gracia oportuna para asumirlos y superarlos con amor y realismo. Por eso, en cualquier circunstancia en la que se halle, y por dura que esta sea, el sacerdote ha de fructificar en toda clase de obras buenas, guardando para ello siempre vivas en su interior las palabras del día de su Ordenación, aquellas con las que se le exhortaba a configurar su vida con el misterio de la cruz del Señor.

Configurarse con Cristo comporta, queridos seminaristas, identificarse cada vez más con Aquel que se ha hecho

por nosotros siervo, sacerdote y víctima. Configurarse con Él es, en realidad, la tarea en la que el sacerdote ha de gastar toda su vida. Ya sabemos que nos sobrepasa y no lograremos cumplirla plenamente, pero, como dice san Pablo, corremos hacia la meta esperando alcanzarla (cf. Flp 3,12-14).

Pero Cristo, Sumo Sacerdote, es también el Buen Pastor, que cuida de sus ovejas hasta dar la vida por ellas (cf. Jn 10,11). Para imitar también en esto al Señor, vuestro corazón ha de ir madurando en el Seminario, estando totalmente a disposición del Maestro. Esta disponibilidad, que es don del Espíritu Santo, es la que inspira la decisión de vivir el celibato por el Reino de los cielos, el desprendimiento de los bienes de la tierra, la austeridad de vida y la obediencia sincera y sin disimulo.

Pedidle, pues, a Él, que os conceda imitarlo en su caridad hasta el extremo para con todos, sin rehuir a los alejados y pecadores, de forma que, con vuestra ayuda, se conviertan y vuelvan al buen camino. Pedidle que os enseñe a estar muy cerca de los enfermos y de los pobres, con sencillez y generosidad. Afrontad este reto sin complejos ni mediocridad, antes bien como una bella forma de realizar la vida humana en gratuidad y en servicio, siendo testigos de Dios hecho hombre, mensajeros de la altísima dignidad de la persona humana y, por consiguiente, sus defensores incondicionales. Apoyados en su amor, no os dejéis intimidar por un entorno en el que se pretende excluir a Dios y en el que el poder, el tener o el placer a menudo son los principales criterios por los que se rige la existencia. Puede que os menosprecien, como se suele hacer con quienes

evocan metas más altas o desenmascaran los ídolos ante los que hoy muchos se postran. Será entonces cuando una vida hondamente enraizada en Cristo se muestre realmente como una novedad y atraiga con fuerza a quienes de veras buscan a Dios, la verdad y la justicia.

Alentados por vuestros formadores, abrid vuestra alma a la luz del Señor para ver si este camino, que requiere valentía y autenticidad, es el vuestro, avanzando hacia el sacerdocio solamente si estáis firmemente persuadidos de que Dios os llama a ser sus ministros y plenamente decididos a ejercerlo obedeciendo las disposiciones de la Iglesia.

Con esa confianza, aprended de Aquel que se definió a sí mismo como manso y humilde de corazón, despojándoos para ello de todo deseo mundano, de manera que no os busquéis a vosotros mismos, sino que con vuestro comportamiento edificuéis a vuestros hermanos, como hizo el santo patrono del clero secular español, san Juan de Ávila. Animados por su ejemplo, mirad, sobre todo, a la Virgen María, Madre de los sacerdotes. Ella sabrá forjar vuestra alma según el modelo de Cristo, su divino Hijo, y os enseñará siempre a custodiar los bienes que Él adquirió en el Calvario para la salvación del mundo. Amén.



5 - VIGILIA DE ORACIÓN CON LOS JÓVENES EN CUATRO VIENTOS

Benedicto XVI
Sábado, 20 de Agosto
Cuatro Vientos (Madrid)



Os saludo a todos, pero en particular a los jóvenes que me han formulado sus preguntas, y les agradezco la sinceridad con que han planteado sus inquietudes, que expresan en cierto modo el anhelo de todos vosotros por alcanzar algo grande en la vida, algo que os dé plenitud y felicidad.

Pero, ¿cómo puede un joven ser fiel a la fe cristiana y seguir aspirando a grandes ideales en la sociedad actual? En el evangelio que hemos escuchado, Jesús nos da una respuesta a esta importante cuestión: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor» (Jn 15, 9).

Sí, queridos amigos, Dios nos ama. Ésta es la gran verdad de nuestra vida y que da sentido a todo lo demás. No somos fruto de la casualidad o la irracionalidad, sino que en el origen de nuestra existencia hay un proyecto de amor de Dios. Permanecer en su amor significa entonces vivir arraigados en la fe, porque la fe no es la simple aceptación de unas verdades abstractas, sino una relación íntima con Cristo que nos lleva a abrir nuestro corazón a este misterio de amor y a vivir como personas que se saben amadas por Dios.

Si permanecéis en el amor de Cristo, arraigados en la fe, encontraréis, aun en medio de contrariedades y sufrimientos, la raíz del gozo y la alegría. La fe no se opone a vuestros ideales más altos, al contrario, los exalta y perfecciona. Queridos jóvenes, no os conforméis con menos que la Verdad y el Amor, no os conforméis con menos que Cristo.

Precisamente ahora, en que la cultura relativista dominante renuncia y desprecia la búsqueda de la verdad, que es la aspiración más alta del espíritu humano, debemos proponer con coraje y humildad el valor universal de Cristo, como salvador de todos los hombres y fuente de esperanza para nuestra vida. Él, que tomó sobre sí nuestras aflicciones, conoce bien el misterio del dolor humano y muestra su presencia amorosa en todos los que sufren. Estos, a su vez, unidos a la pasión de Cristo, participan muy de cerca en su obra de redención. Además, nuestra atención desinteresada a los enfermos y postergados, siempre será un testimonio humilde y callado del rostro compasivo de Dios.

Queridos amigos, que ninguna adversidad os paralice. No tengáis miedo al mundo, ni al futuro, ni a vuestra debilidad. El Señor os ha otorgado vivir en este momento de la historia, para que gracias a vuestra fe siga resonando su Nombre en toda la tierra.

En esta vigilia de oración, os invito a pedir a Dios que os ayude a descubrir vuestra vocación en la sociedad y en la Iglesia y a perseverar en ella con alegría y fidelidad. Vale la pena acoger en nuestro interior la llamada de Cristo y seguir con valentía y generosidad el camino que él nos proponga.

A muchos, el Señor los llama al matrimonio, en el que un hombre y una mujer, formando una sola carne (cf. Gn 2, 24), se realizan en una profunda vida de comunión. Es un horizonte luminoso y exigente a la vez. Un proyecto de amor verdadero que se renueva y ahonda cada día compartiendo

alegrías y dificultades, y que se caracteriza por una entrega de la totalidad de la persona. Por eso, reconocer la belleza y bondad del matrimonio, significa ser conscientes de que solo un ámbito de fidelidad e indisolubilidad, así como de apertura al don divino de la vida, es el adecuado a la grandeza y dignidad del amor matrimonial.

A otros, en cambio, Cristo los llama a seguirlo más de cerca en el sacerdocio o en la vida consagrada. Qué hermoso es saber que Jesús te busca, se fija en ti y con su voz inconfundible te dice también a ti: «¡Sígueme!» (cf. Mc 2,14).

Queridos jóvenes, para descubrir y seguir fielmente la forma de vida a la que el Señor os llame a cada uno, es indispensable permanecer en su amor como amigos. Y, ¿cómo se mantiene la amistad si no es con el trato frecuente, la conversación, el estar juntos y el compartir ilusiones o pesares? Santa Teresa de Jesús decía que la oración es «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (cf. Libro de la vida, 8).

Os invito, pues, a permanecer ahora en la adoración a Cristo, realmente presente en la Eucaristía. A dialogar con Él, a poner ante Él vuestras preguntas y a escucharlo. Queridos amigos, yo rezo por vosotros con toda el alma. Os suplico que recéis también por mí. Pidámosle al Señor en esta noche que, atraídos por la belleza de su amor, vivamos siempre fielmente como discípulos suyos. Amén.

Saludo en **francés**

Chers jeunes francophones, soyez fiers d'avoir reçu le don de la foi, c'est elle qui illuminera votre vie à chaque instant. Appuyez-vous sur la foi de vos proches, sur la foi de l'Église ! Par la foi, nous sommes fondés dans le Christ. Retrouvez-vous avec d'autres pour l'approfondir, fréquentez l'Eucharistie, mystère de la foi par excellence. Le Christ seul peut répondre aux aspirations que vous portez en vous. Laissez-vous saisir par Dieu pour que votre présence dans l'Église lui donne un élan nouveau!

[Traducción española: Queridos jóvenes de lengua francesa, estad orgullosos por haber recibido el don de la fe, que iluminará vuestra vida en todo momento. Apoyaos en la fe de aquellos que están cerca de vosotros, en la fe de la Iglesia. Gracias a la fe estamos cimentados en Cristo. Encontraros con otros para profundizar en ella, participad en la Eucaristía, misterio de la fe por excelencia. Solamente Cristo puede responder a vuestras aspiraciones. Dejaros conquistar por Dios para que vuestra presencia dé a la Iglesia un impulso nuevo.]

Saludo en **inglés**

Dear young people, in these moments of silence before the Blessed Sacrament, let us raise our minds and hearts to Jesus Christ, the Lord of our lives and of the future. May he pour out his Spirit upon us and upon the whole Church, that we may be a beacon of freedom, reconciliation and peace for the whole world.



[Traducción española: Queridos jóvenes, en estos momentos de silencio delante del Santísimo Sacramento, elevemos nuestras mentes y corazones a Jesucristo, el Señor de nuestras vidas y del futuro. Que Él derrame su Espíritu sobre nosotros y sobre toda la Iglesia, para que seamos promotores de libertad, reconciliación y paz en todo el mundo.]

Saludo en **alemán**

Liebe junge Christen deutscher Sprache! Tief in unserem Herzen sehnen wir uns nach dem Großen und Schönen im Leben. Laßt eure Wünsche und Sehnsüchte nicht ins Leere laufen, sondern macht sie fest in Jesus Christus. Er selber ist der Grund, der trägt, und der sichere Bezugspunkt für ein erfülltes Leben.

[Traducción española: Queridos jóvenes de lengua alemana. En el fondo, lo que nuestro corazón desea es lo bueno y bello de la vida. No permitáis que vuestros deseos y anhelos caigan en el vacío, antes bien haced que cobren fuerza en Cristo. Él es el cimiento firme, el punto de referencia seguro para una vida plena.]

Saludo en **italiano**

Mi rivolgo ora ai giovani di lingua italiana. Cari amici, questa Veglia rimarrà come un'esperienza indimenticabile della vostra vita. Custodite la fiamma che Dio ha acceso nei vostri cuori in questa notte: fate in modo che non si spenga,



alimentatela ogni giorno, condividetela con i vostri coetanei che vivono nel buio e cercano una luce per il loro cammino. Grazie! Arrivederci a domani mattina!

[Traducción española: Me dirijo ahora a los jóvenes de lengua italiana. Queridos amigos, esta Vigilia quedará como una experiencia inolvidable en vuestra vida. Conservad la llama que Dios ha encendido en vuestros corazones en esta noche: procurad que no se apague, alimentadla cada día, compartidla con vuestros coetáneos que viven en la oscuridad y buscan una luz para su camino. Gracias. Adiós. Hasta mañana.]

Saludo en **portugués**

Meus queridos amigos, convido cada um e cada uma de vós a estabelecer um diálogo pessoal com Cristo, expondo-Lhe as próprias dúvidas e sobretudo escutando-O. O Senhor está aqui e chama-te! Jovens amigos, vale a pena ouvir dentro de nós a Palavra de Jesus e caminhar seguindo os seus passos. Pedi ao Senhor que vos ajude a descobrir a vossa vocação na vida e na Igreja, e a perseverar nela com alegria e fidelidade, sabendo que Ele nunca vos abandona nem traiçoa! Ele está connosco até ao fim do mundo.

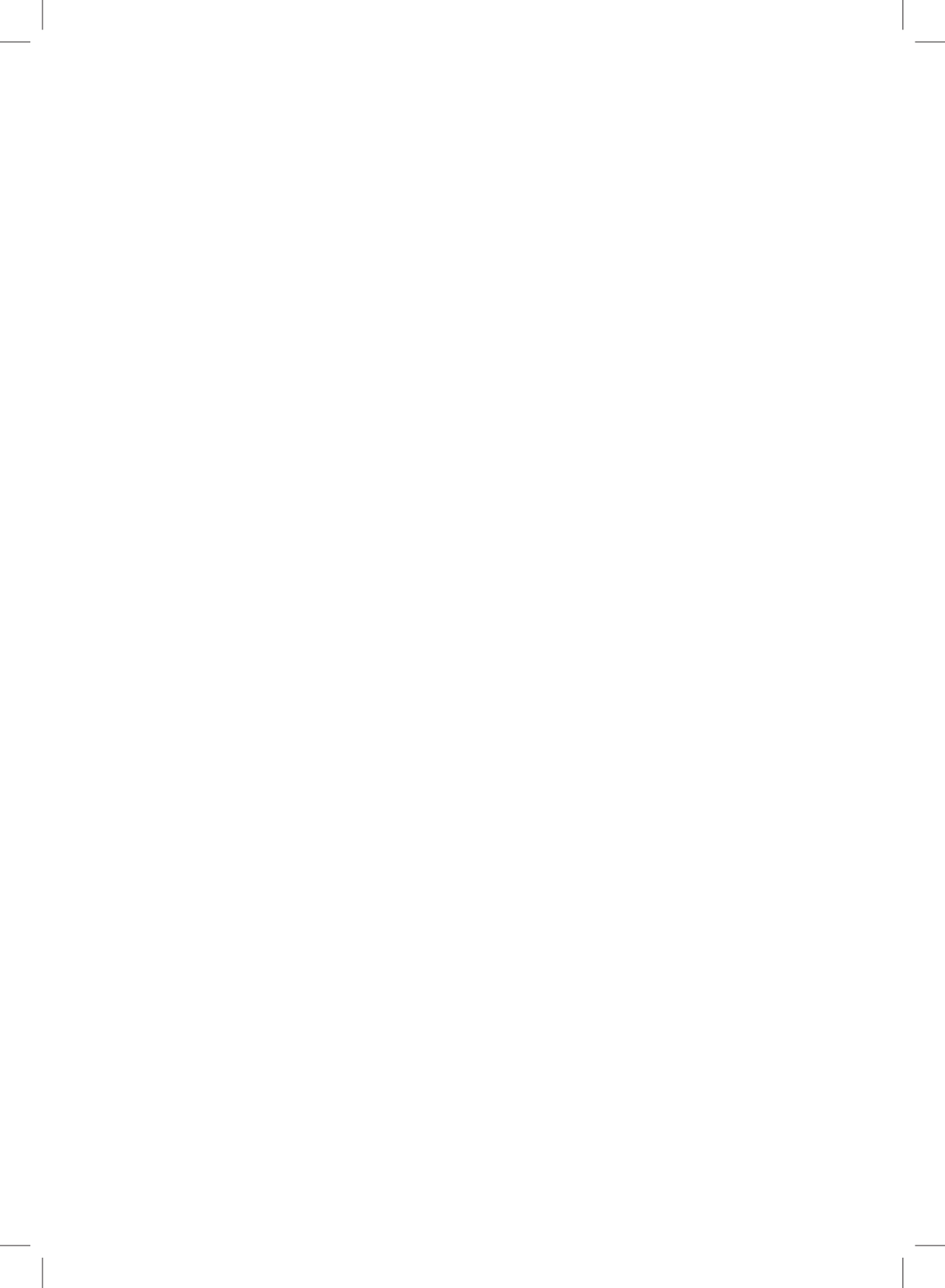
[Traducción española: Mis queridos amigos, os invito a todos a establecer un diálogo personal con Cristo, exponiéndole las propias dudas y sobre todo escuchándolo. El Señor está aquí y os llama. Jóvenes amigos, vale la pena escuchar en nuestro interior la Palabra de Jesús y caminar siguiendo sus pasos. Pedid al Señor que os ayude a descubrir

vuestra vocación en la vida y en la Iglesia, y a perseverar en ella con alegría y fidelidad, sabiendo que Él nunca os abandonará ni os traicionará. Él está con nosotros hasta el fin del mundo.]

Saludo en **polaco**

Drodzy młodzi przyjaciele z Polski! To nasze modlitewne czuwanie przenika obecność Chrystusa. Pewni Jego miłości zbliżcie się do Niego płomieniem waszej wiary. On was napełni Swoim życiem. Budujcie wasze życie na Chrystusie i Jego Ewangelii. Z serca wam błogosławię.

[Traducción italiana: Queridos amigos procedentes de Polonia. Esta vigilia de oración está colmada de la presencia de Cristo. Seguros de su amor, acercaos a Él con la llama de vuestra fe. Él os colmará de su vida. Edificad vuestra vida sobre Cristo y su Evangelio. Os bendigo de corazón.]



6 - HOMILÍA DE LA SANTA MISA DE LA XXVI JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD EN CUATRO VIENTOS

Benedicto XVI

Sábado, 21 de Agosto

Cuatro Vientos (Madrid)



Queridos jóvenes:

Con la celebración de la Eucaristía llegamos al momento culminante de esta Jornada Mundial de la Juventud. Al veros aquí, venidos en gran número de todas partes, mi corazón se llena de gozo pensando en el afecto especial con el que Jesús os mira. Sí, el Señor os quiere y os llama amigos suyos (cf. Jn 15,15). Él viene a vuestro encuentro y desea acompañaros en vuestro camino, para abriros las puertas de una vida plena, y haceros partícipes de su relación íntima con el Padre. Nosotros, por nuestra parte, conscientes de la grandeza de su amor, deseamos corresponder con toda generosidad a esta muestra de predilección con el propósito de compartir también con los demás la alegría que hemos recibido. Ciertamente, son muchos en la actualidad los que se sienten atraídos por la figura de Cristo y desean conocerlo mejor. Perciben que Él es la respuesta a muchas de sus inquietudes personales. Pero, ¿quién es Él realmente? ¿Cómo es posible que alguien que ha vivido sobre la tierra hace tantos años tenga algo que ver conmigo hoy?

En el evangelio que hemos escuchado (cf. Mt 16, 13-20), vemos representados como dos modos distintos de conocer a Cristo. El primero consistiría en un conocimiento externo, caracterizado por la opinión corriente. A la pregunta de Jesús: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?», los discípulos responden: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas». Es decir, se considera a Cristo como un personaje religioso más de los ya conocidos. Después, dirigiéndose personalmente a los discípulos, Jesús les pregunta: «Y

vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Pedro responde con lo que es la primera confesión de fe: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». La fe va más allá de los simples datos empíricos o históricos, y es capaz de captar el misterio de la persona de Cristo en su profundidad.

Pero la fe no es fruto del esfuerzo humano, de su razón, sino que es un don de Dios: «¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos». Tiene su origen en la iniciativa de Dios, que nos desvela su intimidad y nos invita a participar de su misma vida divina. La fe no proporciona solo alguna información sobre la identidad de Cristo, sino que supone una relación personal con Él, la adhesión de toda la persona, con su inteligencia, voluntad y sentimientos, a la manifestación que Dios hace de sí mismo. Así, la pregunta de Jesús: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?», en el fondo está impulsando a los discípulos a tomar una decisión personal en relación a Él. Fe y seguimiento de Cristo están estrechamente relacionados. Y, puesto que supone seguir al Maestro, la fe tiene que consolidarse y crecer, hacerse más profunda y madura, a medida que se intensifica y fortalece la relación con Jesús, la intimidad con Él. También Pedro y los demás apóstoles tuvieron que avanzar por este camino, hasta que el encuentro con el Señor resucitado les abrió los ojos a una fe plena.

Queridos jóvenes, también hoy Cristo se dirige a vosotros con la misma pregunta que hizo a los apóstoles: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Respondedle con generosidad y valentía, como corresponde a un corazón joven como el

vuestro. Decidle: Jesús, yo sé que Tú eres el Hijo de Dios que has dado tu vida por mí. Quiero seguirte con fidelidad y dejarme guiar por tu palabra. Tú me conoces y me amas. Yo me fío de ti y pongo mi vida entera en tus manos. Quiero que seas la fuerza que me sostenga, la alegría que nunca me abandone.

En su respuesta a la confesión de Pedro, Jesús habla de la Iglesia: «Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». ¿Qué significa esto? Jesús construye la Iglesia sobre la roca de la fe de Pedro, que confiesa la divinidad de Cristo. Sí, la Iglesia no es una simple institución humana, como otra cualquiera, sino que está estrechamente unida a Dios. El mismo Cristo se refiere a ella como «su» Iglesia. No se puede separar a Cristo de la Iglesia, como no se puede separar la cabeza del cuerpo (cf. 1Co 12,12). La Iglesia no vive de sí misma, sino del Señor. Él está presente en medio de ella, y le da vida, alimento y fortaleza.

Queridos jóvenes, permitidme que, como Sucesor de Pedro, os invite a fortalecer esta fe que se nos ha transmitido desde los Apóstoles, a poner a Cristo, el Hijo de Dios, en el centro de vuestra vida. Pero permitidme también que os recuerde que seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia. No se puede seguir a Jesús en solitario. Quien cede a la tentación de ir «por su cuenta» o de vivir la fe según la mentalidad individualista, que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo, o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él.

Tener fe es apoyarse en la fe de tus hermanos, y que tu fe sirva igualmente de apoyo para la de otros. Os pido, queridos amigos, que améis a la Iglesia, que os ha engendrado en la fe, que os ha ayudado a conocer mejor a Cristo, que os ha hecho descubrir la belleza de su amor. Para el crecimiento de vuestra amistad con Cristo es fundamental reconocer la importancia de vuestra gozosa inserción en las parroquias, comunidades y movimientos, así como la participación en la Eucaristía de cada domingo, la recepción frecuente del sacramento del perdón, y el cultivo de la oración y meditación de la Palabra de Dios.

De esta amistad con Jesús nacerá también el impulso que lleva a dar testimonio de la fe en los más diversos ambientes, incluso allí donde hay rechazo o indiferencia. No se puede encontrar a Cristo y no darlo a conocer a los demás. Por tanto, no os guardéis a Cristo para vosotros mismos. Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe. El mundo necesita el testimonio de vuestra fe, necesita ciertamente a Dios. Pienso que vuestra presencia aquí, jóvenes venidos de los cinco continentes, es una maravillosa prueba de la fecundidad del mandato de Cristo a la Iglesia: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16,15). También a vosotros os incumbe la extraordinaria tarea de ser discípulos y misioneros de Cristo en otras tierras y países donde hay multitud de jóvenes que aspiran a cosas más grandes y, vislumbrando en sus corazones la posibilidad de valores más auténticos, no se dejan seducir por las falsas promesas de un estilo de vida sin Dios.

Queridos jóvenes, rezo por vosotros con todo el afecto de mi corazón. Os encomiendo a la Virgen María, para que

ella os acompañe siempre con su intercesión maternal y os enseñe la fidelidad a la Palabra de Dios. Os pido también que recéis por el Papa, para que, como Sucesor de Pedro, pueda seguir confirmando a sus hermanos en la fe. Que todos en la Iglesia, pastores y fieles, nos acerquemos cada día más al Señor, para que crezcamos en santidad de vida y demos así un testimonio eficaz de que Jesucristo es verdaderamente el Hijo de Dios, el Salvador de todos los hombres y la fuente viva de su esperanza. Amén.



7- MENSAJE AL PUEBLO DE DIOS DE LA XII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS

Benedicto XVI



A los hermanos y hermanas,

«paz ... y caridad con fe de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo. La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo en la vida incorruptible». Con este saludo tan intenso y apasionado san Pablo concluía su Epístola a los cristianos de Éfeso (6, 23-24). Con estas mismas palabras nosotros, los Padres sinodales, reunidos en Roma para la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos bajo la guía del Santo Padre Benedicto XVI, comenzamos nuestro mensaje dirigido al inmenso horizonte de todos aquellos que en las diferentes regiones del mundo siguen a Cristo como discípulos y continúan amándolo con amor incorruptible.

A ellos les propondremos de nuevo la voz y la luz de la Palabra de Dios, repitiendo la antigua llamada: «La palabra está muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, para que la pongas en práctica» (Dt 30,14). Y Dios mismo le dirá a cada uno: «Hijo de hombre, todas las palabras que yo te dirija, guárdalas en tu corazón y escúchalas atentamente» (Ez 3,10). Ahora les propondremos a todos un viaje espiritual que se desarrollará en cuatro etapas y desde lo eterno y lo infinito de Dios nos conducirá hasta nuestras casas y por las calles de nuestras ciudades.

I. LA VOZ DE LA PALABRA: LA REVELACIÓN

1. «El Señor les habló desde fuego, y ustedes escuchaban el sonido de sus palabras, pero no percibían ninguna figura: sólo se oía la voz» (Dt 4,12). Es Moisés quien habla, evocando la experiencia vivida por Israel en la dura soledad del desierto del Sinaí. El Señor se había presentado, no

como una imagen o una efigie o una estatua similar al becerro de oro, sino con «rumor de palabras». Es una voz que había entrado en escena en el preciso momento del comienzo de la creación, cuando había rasgado el silencio de la nada: «En el principio... dijo Dios: «Haya luz», y hubo luz... En el principio existía la Palabra... y la Palabra era Dios ... Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada» (Gn 1, 1.3; Jn 1, 1-3).

Lo creado no nace de una lucha intradivina, como enseñaba la antigua mitología mesopotámica, sino de una palabra que vence la nada y crea el ser. Canta el Salmista: «Por la Palabra del Señor fueron hechos los cielos, por el aliento de su boca todos sus ejércitos ... pues él habló y así fue, él lo mandó y se hizo» (Sal 33, 6.9). Y san Pablo repetirá «Dios que da la vida a los muertos y llama a las cosas que no son para que sean» (Rm 4, 17). Tenemos de esta forma una primera revelación «cósmica» que hace que lo creado se asemeje a una especie de inmensa página abierta delante de toda la humanidad, en la que se puede leer un mensaje del Creador: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento anuncia la obra de sus manos; el día al día comunica el mensaje, la noche a la noche le pasa la noticia. Sin hablar y sin palabras, y sin voz que pueda oírse, por toda la tierra resuena su proclama, por los confines del orbe» (Sal 19, 2-5).

2. Pero la Palabra divina también se encuentra en la raíz de la historia humana. El hombre y la mujer, que son «imagen y semejanza de Dios» (Gn 1, 27) y que por tanto llevan en sí la huella divina, pueden entrar en diálogo con su Creador o pueden alejarse de él y rechazarlo por medio del pecado. Así pues, la Palabra de Dios salva y

juzga, penetra en la trama de la historia con su tejido de situaciones y acontecimientos: «He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado el clamor ... conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo de la mano de los egipcios y para sacarlo de esta tierra a una tierra buena y espaciosa ...» (Ex 3, 7-8). Hay, por tanto, una presencia divina en las situaciones humanas que, mediante la acción del Señor de la historia, se insertan en un plan más elevado de salvación, para que «todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (1 Tm 2,4).

3. La Palabra divina eficaz, creadora y salvadora, está por tanto en el principio del ser y de la historia, de la creación y la redención. El Señor sale al encuentro de la humanidad proclamando: «Lo digo y lo hago» (Ez 37,14). Sin embargo, hay una etapa posterior que la voz divina recorre: es la de la Palabra escrita, la Graphé o las Graphai, las Escrituras sagradas, como se dice en el Nuevo Testamento. Ya Moisés había descendido de la cima del Sinaí llevando «las dos tablas del Testimonio en su mano, tablas escritas por ambos lados; por una y otra cara estaban escritas. Las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios» (Ex 32,15-16). Y el propio Moisés prescribirá a Israel que conserve y reescriba estas «tablas del Testimonio»: «Y escribirás en esas piedras todas las palabras de esta Ley. Grábalas bien» (Dt 27, 8).

Las Sagradas Escrituras son el «testimonio» en forma escrita de la Palabra divina, son el memorial canónico, histórico y literario que atestigua el evento de la Revelación creadora y salvadora. Por tanto, la Palabra de Dios precede y excede la Biblia, si bien está «inspirada por Dios» y contiene la Palabra divina eficaz (cf. 2 Tm 3, 16). Por este

motivo nuestra fe no tiene en el centro sólo un libro, sino una historia de salvación y, como veremos, una persona, Jesucristo, Palabra de Dios hecha carne, hombre, historia. Precisamente porque el horizonte de la Palabra divina abraza y se extiende más allá de la Escritura, es necesaria la constante presencia del Espíritu Santo que «guía hasta la verdad completa» (Jn 16, 13) a quien lee la Biblia. Es ésta la gran Tradición, presencia eficaz del «Espíritu de verdad» en la Iglesia, guardián de las Sagradas Escrituras, auténticamente interpretadas por el Magisterio eclesial. Con la Tradición se llega a la comprensión, la interpretación, la comunicación y el testimonio de la Palabra de Dios. El propio san Pablo, cuando proclamó el primer Credo cristiano, reconocerá que «transmitió» lo que él «a su vez recibió» de la Tradición (1 Cor 15, 3-5).

II. EL ROSTRO DE LA PALABRA: JESUCRISTO

4. En el original griego son sólo tres las palabras fundamentales: Lógos, sarx, eghéneto, «el Verbo/Palabra se hizo carne». Sin embargo, éste no es sólo el ápice de esa joya poética y teológica que es el prólogo del Evangelio de san Juan (1, 14), sino el corazón mismo de la fe cristiana. La Palabra eterna y divina entra en el espacio y en el tiempo y asume un rostro y una identidad humana, tan es así que es posible acercarse a ella directamente pidiendo, como hizo aquel grupo de griegos presentes en Jerusalén: «Queremos ver a Jesús» (Jn 12, 20-21). Las palabras sin un rostro no son perfectas, porque no cumplen plenamente el encuentro, como recordaba Job, cuando llegó al final de su dramático itinerario de búsqueda: «Sólo de oídas te conocía, pero ahora te han visto mis ojos» (42, 5).

Cristo es «la Palabra que está junto a Dios y es Dios», es «imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación» (Col 1, 15); pero también es Jesús de Nazaret, que camina por las calles de una provincia marginal del imperio romano, que habla una lengua local, que presenta los rasgos de un pueblo, el judío, y de su cultura. El Jesucristo real es, por tanto, carne frágil y mortal, es historia y humanidad, pero también es gloria, divinidad, misterio: Aquel que nos ha revelado el Dios que nadie ha visto jamás (cf. Jn 1, 18). El Hijo de Dios sigue siendo el mismo aún en ese cadáver depositado en el sepulcro y la resurrección es su testimonio vivo y eficaz.

5. Así pues, la tradición cristiana ha puesto a menudo en paralelo la Palabra divina que se hace carne con la misma Palabra que se hace libro. Es lo que ya aparece en el Credo cuando se profesa que el Hijo de Dios «por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen», pero también se confiesa la fe en el mismo «Espíritu Santo que habló por los profetas». El Concilio Vaticano II recoge esta antigua tradición según la cual «el cuerpo del Hijo es la Escritura que nos fue transmitida» - como afirma san Ambrosio (In Lucam VI, 33) - y declara límpidamente: «Las palabras de Dios expresadas con lenguas humanas se han hecho semejantes al habla humana, como en otro tiempo el Verbo del Padre Eterno, tomada la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres» (DV 13). En efecto, la Biblia es también «carne», «letra», se expresa en lenguas particulares, en formas literarias e históricas, en concepciones ligadas a una cultura antigua, guarda la memoria de hechos a menudo trágicos, sus páginas están surcadas no pocas veces de sangre y violencia, en su interior

resuena la risa de la humanidad y fluyen las lágrimas, así como se eleva la súplica de los infelices y la alegría de los enamorados. Debido a esta dimensión «carnal», exige un análisis histórico y literario, que se lleva a cabo a través de distintos métodos y enfoques ofrecidos por la exégesis bíblica. Cada lector de las Sagradas Escrituras, incluso el más sencillo, debe tener un conocimiento proporcionado del texto sagrado recordando que la Palabra está revestida de palabras concretas a las que se pliega y adapta para ser audible y comprensible a la humanidad.

Éste es un compromiso necesario: si se lo excluye, se podría caer en el fundamentalismo que prácticamente niega la encarnación de la Palabra divina en la historia, no reconoce que esa palabra se expresa en la Biblia según un lenguaje humano, que tiene que ser descifrado, estudiado y comprendido, e ignora que la inspiración divina no ha borrado la identidad histórica y la personalidad propia de los autores humanos. Sin embargo, la Biblia también es Verbo eterno y divino y por este motivo exige otra comprensión, dada por el Espíritu Santo que devela la dimensión trascendente de la Palabra divina, presente en las palabras humanas.

6. He aquí, por tanto, la necesidad de la «viva Tradición de toda la Iglesia» (DV 12) y de la fe para comprender de modo unitario y pleno las Sagradas Escrituras. Si nos detenemos sólo en la «letra», la Biblia entonces se reduce a un solemne documento del pasado, un noble testimonio ético y cultural. Pero si se excluye la encarnación, se puede caer en el equívoco fundamentalista o en un vago espiritualismo o psicologismo. El conocimiento exegético tiene, por tanto, que entrelazarse indisolublemente con la

tradición espiritual y teológica para que no se quiebre la unidad divina y humana de Jesucristo, y de las Escrituras. En esta armonía reencontrada, el rostro de Cristo brillará en su plenitud y nos ayudará a descubrir otra unidad, la unidad profunda e íntima de las Sagradas Escrituras, el hecho de ser, en realidad 73 libros, que sin embargo se incluyen en un único «Canon», en un único diálogo entre Dios y la humanidad, en un único designio de salvación. «Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo» (Hb 1, 1-2). Cristo proyecta de esta forma retrospectivamente su luz sobre la entera trama de la historia de la salvación y revela su coherencia, su significado, su dirección.

Él es el sello, «el Alfa y la Omega» (Ap 1, 8) de un diálogo entre Dios y sus criaturas repartido en el tiempo y atestiguado en la Biblia. Es a la luz de este sello final cómo adquieren su «pleno sentido» las palabras de Moisés y de los profetas, como había indicado el mismo Jesús aquella tarde de primavera, mientras él iba de Jerusalén hacia el pueblo de Emaús, dialogando con Cleofás y su amigo, cuando «les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras» (Lc 24, 27).

Precisamente porque en el centro de la Revelación está la Palabra divina transformada en rostro, el fin último del conocimiento de la Biblia no está «en una decisión ética o una gran idea, sino en el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (Deus caritas est, 1).

III. LA CASA DE LA PALABRA: LA IGLESIA

Como la sabiduría divina en el Antiguo Testamento, había edificado su casa en la ciudad de los hombres y de las mujeres, sosteniéndola sobre sus siete columnas (cf. Pr 9, 1), también la Palabra de Dios tiene una casa en el Nuevo Testamento: es la Iglesia que posee su modelo en la comunidad-madre de Jerusalén, la Iglesia, fundada sobre Pedro y los apóstoles y que hoy, a través de los obispos en comunión con el sucesor de Pedro, sigue siendo garante, animadora e intérprete de la Palabra (cf. LG 13). Lucas, en los Hechos de los Apóstoles (2, 42), esboza la arquitectura basada sobre cuatro columnas ideales: «Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan, y en las oraciones».

7. En primer lugar, esto es la didaché apostólica, es decir, la predicación de la Palabra de Dios. El apóstol Pablo, en efecto, nos advierte que «la fe por lo tanto, nace de la predicación y la predicación se realiza en virtud de la Palabra de Cristo» (Rm 10, 17). Desde la Iglesia sale la voz del mensajero que propone a todos el kérygma, o sea el anuncio primario y fundamental que el mismo Jesús había proclamado al comienzo de su ministerio público: «el tiempo se ha cumplido, el reino de Dios está cerca. Arrepentíos! Y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15). Los apóstoles anuncian la inauguración del Reino de Dios y, por lo tanto, de la decisiva intervención divina en la historia humana, proclamando la muerte y la resurrección de Cristo: «En ningún otro hay salvación, ni existe bajo el cielo otro Nombre dado a los hombres, por el cual podamos salvarnos» (Hch 4, 12). El

cristiano da testimonio de su esperanza: «háganlo con delicadeza y respeto, y con tranquilidad de conciencia», preparado sin embargo a ser también envuelto y tal vez arrollado por el torbellino del rechazo y de la persecución, consciente de que «es mejor sufrir por hacer el bien, si ésta es la voluntad de Dios, que por hacer el mal» (1 Pe 3, 16-17).

En la Iglesia resuena, después, la catequesis que está destinada a profundizar en el cristiano «el misterio de Cristo a la luz de la Palabra para que todo el hombre sea irradiado por ella» (Juan Pablo II, *Catechesi tradendae*, 20). Pero el apogeo de la predicación está en la homilía que aún hoy, para muchos cristianos, es el momento culminante del encuentro con la Palabra de Dios. En este acto, el ministro debería transformarse también en profeta. En efecto, Él debe con un lenguaje nítido, incisivo y sustancial y no sólo con autoridad «anunciar las maravillosas obras de Dios en la historia de la salvación» (SC 35) - ofrecidas anteriormente, a través de una clara y viva lectura del texto bíblico propuesto por la liturgia - pero que también debe actualizarse según los tiempos y momentos vividos por los oyentes, haciendo germinar en sus corazones la pregunta para la conversión y para el compromiso vital: «¿qué tenemos que hacer?» (He 2, 37).

El anuncio, la catequesis y la homilía suponen, por lo tanto, la capacidad de leer y de comprender, de explicar e interpretar, implicando la mente y el corazón. En la predicación se cumple, de este modo, un doble movimiento. Con el primero se remonta a los orígenes de los textos sagrados, de los eventos, de las palabras generadoras de la historia de la salvación para comprenderlas en su significado y en su mensaje. Con el segundo movimiento se

vuelve al presente, a la actualidad vivida por quien escucha y lee siempre a la luz del Cristo que es el hilo luminoso destinado a unir las Escrituras. Es lo que el mismo Jesús había hecho - como ya dijimos - en el itinerario de Jerusalén a Emaús, en compañía de sus dos discípulos. Esto es lo que hará el diácono Felipe en el camino de Jerusalén a Gaza, cuando junto al funcionario etíope instituirá ese diálogo emblemático: «¿Entiendes lo que estás leyendo? [...] ¿Cómo lo voy a entender si no tengo quien me lo explique?» (Hch 8, 30-31). Y la meta será el encuentro íntegro con Cristo en el sacramento. De esta manera se presenta la segunda columna que sostiene la Iglesia, casa de la Palabra divina.

8. Es la fracción del pan. La escena de Emaús (cf. Lc 24, 13-35) una vez más es ejemplar y reproduce cuanto sucede cada día en nuestras iglesias: después de la homilía de Jesús sobre Moisés y los profetas aparece, en la mesa, la fracción del pan eucarístico. Éste es el momento del diálogo íntimo de Dios con su pueblo, es el acto de la nueva alianza sellada con la sangre de Cristo (cf. Lc 22, 20), es la obra suprema del Verbo que se ofrece como alimento en su cuerpo inmolado, es la fuente y la cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia. La narración evangélica de la última cena, memorial del sacrificio de Cristo, cuando se proclama en la celebración eucarística, en la invocación del Espíritu Santo, se convierte en evento y sacramento. Por esta razón es que el Concilio Vaticano II, en un pasaje de gran intensidad, declaraba: «La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra

de Dios como del Cuerpo de Cristo» (DV 21). Por esto, se deberá volver a poner en el centro de la vida cristiana «la Liturgia de la Palabra y la Eucarística que están tan íntimamente unidas de tal manera que constituyen un solo acto de culto» (SC 56).

9. La tercera columna del edificio espiritual de la Iglesia, la casa de la Palabra, está constituida por las oraciones, entrelazadas - como recordaba san Pablo - por «salmos, himnos, alabanzas espontáneas» (Col 3, 16). Un lugar privilegiado lo ocupa naturalmente la Liturgia de las horas, la oración de la Iglesia por excelencia, destinada a marcar el paso de los días y de los tiempos del año cristiano que ofrece, sobre todo con el Salterio, el alimento espiritual cotidiano del fiel. Junto a ésta y a las celebraciones comunitarias de la Palabra, la tradición ha introducido la práctica de la Lectio divina, lectura orante en el Espíritu Santo, capaz de abrir al fiel no sólo el tesoro de la Palabra de Dios sino también de crear el encuentro con Cristo, Palabra divina y viviente.

Ésta se abre con la lectura (lectio) del texto que conduce a preguntarnos sobre el conocimiento auténtico de su contenido práctico: ¿qué dice el texto bíblico en sí? Sigue la meditación (meditatio) en la cual la pregunta es: ¿qué nos dice el texto bíblico? De esta manera se llega a la oración (oratio) que supone otra pregunta: ¿qué le decimos al Señor como respuesta a su Palabra? Se concluye con la contemplación (contemplatio) durante la cual asumimos como don de Dios la misma mirada para juzgar la realidad y nos preguntamos: ¿qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?

Frente al lector orante de la Palabra de Dios se levanta

idealmente el perfil de María, la madre del Señor, que «conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón» (Lc 2, 19; cf. 2, 51), - como dice el texto original griego - encontrando el vínculo profundo que une eventos, actos y cosas, aparentemente desunidas, con el plan divino. También se puede presentar a los ojos del fiel que lee la Biblia, la actitud de María, hermana de Marta, que se sienta a los pies del Señor a la escucha de su Palabra, no dejando que las agitaciones exteriores le absorban enteramente su alma, y ocupando también el espacio libre de «la parte mejor» que no nos debe ser quitada (cf. Lc 10, 38-42).

10. Aquí estamos, finalmente, frente a la última columna que sostiene la Iglesia, casa de la Palabra: la koinonía, la comunión fraterna, otro de los nombres del ágape, es decir, del amor cristiano. Como recordaba Jesús, para convertirse en sus hermanos o hermanas se necesita ser «los hermanos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen» (Lc 8, 21). La escucha auténtica es obedecer y actuar, es hacer florecer en la vida la justicia y el amor, es ofrecer tanto en la existencia como en la sociedad un testimonio en la línea del llamado de los profetas que constantemente unía la Palabra de Dios y la vida, la fe y la rectitud, el culto y el compromiso social. Esto es lo que repetía continuamente Jesús, a partir de la célebre admonición en el Sermón de la montaña: «No todo el que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt 7, 21). En esta frase parece resonar la Palabra divina propuesta por Isaías: «Este pueblo se me acerca con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí» (29, 13). Estas advertencias son también para las iglesias cuando no son

fieles a la escucha obediente de la Palabra de Dios. Por ello, ésta debe ser visible y legible ya en el rostro mismo y en las manos del creyente, como lo sugirió san Gregorio Magno que veía en san Benito, y en los otros grandes hombres de Dios, los testimonios de la comunión con Dios y sus hermanos, con la Palabra de Dios hecha vida. El hombre justo y fiel no sólo «explica» las Escrituras, sino que las «despliega» frente a todos como realidad viva y practicada. Por eso es que la viva lectio, vita bonorum o la vida de los buenos, es una lectura/lección viviente de la Palabra divina. Ya san Juan Crisóstomo había observado que los apóstoles descendieron del monte de Galilea, donde habían encontrado al Resucitado, sin ninguna tabla de piedra escrita como sucedió con Moisés, ya que desde aquel momento, sus mismas vidas se transformaron en Evangelio viviente.

En la casa de la Palabra Divina encontramos también a los hermanos y las hermanas de las otras Iglesias y comunidades eclesiales que, a pesar de la separación que todavía hoy existe, se reencuentran con nosotros en la veneración y en el amor por la Palabra de Dios, principio y fuente de una primera y verdadera unidad, aunque, incompleta. Este vínculo siempre debe reforzarse por medio de las traducciones bíblicas comunes, la difusión del texto sagrado, la oración bíblica ecuménica, el diálogo exegético, el estudio y la comparación entre las diferentes interpretaciones de las Sagradas Escrituras, el intercambio de los valores propios de las diversas tradiciones espirituales, el anuncio y el testimonio común de la Palabra de Dios en un mundo secularizado.

IV. LOS CAMINOS DE LA PALABRA: LA MISIÓN

«Porque de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén la palabra del Señor» (Is 2,3). La Palabra de Dios personificada «sale» de su casa, del templo, y se encamina a lo largo de los caminos del mundo para encontrar el gran peregrinación que los pueblos de la tierra han emprendido en la búsqueda de la verdad, de la justicia y de la paz. Existe, en efecto, también en la moderna ciudad secularizada, en sus plazas, y en sus calles - donde parecen reinar la incredulidad y la indiferencia, donde el mal parece prevalecer sobre el bien, creando la impresión de la victoria de Babilonia sobre Jerusalén - un deseo escondido, una esperanza germinal, una conmoción de esperanza. Como se lee en el libro del profeta Amos, «vienen días - dice Dios, el Señor - en los cuales enviaré hambre a la tierra. No de pan, ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Dios» (8, 11). A este hambre quiere responder la misión evangelizadora de la Iglesia. Asimismo Cristo resucitado lanza el llamado a los apóstoles, titubeantes para salir de las fronteras de su horizonte protegido: «Por tanto, id a todas las naciones, haced discípulos [...] y enseñadles a obedecer todo lo que os he mandado» (Mt 28, 19-20). La Biblia está llena de llamadas a «no callar», a «gritar con fuerza», a «anunciar la Palabra en el momento oportuno e importuno» a ser guardianes que rompen el silencio de la indiferencia. Los caminos que se abren frente a nosotros, hoy, no son únicamente los que recorrió san Pablo o los primeros evangelizadores y, detrás de ellos, todos los misioneros fueron al encuentro de la gente en tierras lejanas.

11. La comunicación extiende ahora una red que envuelve todo el mundo y el llamado de Cristo adquiere un nuevo significado: «Lo que yo les digo en la oscuridad, repítanlo en pleno día, y lo que escuchen al oído, proclámenlo desde lo alto de las casas» (Mt 10, 27). Ciertamente, la Palabra sagrada debe tener una primera transparencia y difusión por medio del texto impreso, con traducciones que respondan a la variedad de idiomas de nuestro planeta. Pero la voz de la Palabra divina debe resonar también a través de la radio, las autopistas de la información de Internet, los canales de difusión virtual on line, los CD, los DVD, los podcast (MP3) y otros; debe aparecer en las pantallas televisivas y cinematográficas, en la prensa, en los eventos culturales y sociales.

Esta nueva comunicación, comparándola con la tradicional, ha asumido una gramática expresiva específica y es necesario, por lo tanto, estar preparados no sólo en el plano técnico, sino también cultural para dicha empresa. En un tiempo dominado por la imagen, propuesta especialmente desde el medio hegemónico de la comunicación que es la televisión, es todavía significativo y sugestivo el modelo privilegiado por Cristo. Él recurría al símbolo, a la narración, al ejemplo, a la experiencia diaria, a la parábola: «Todo esto lo decía Jesús a la muchedumbre por medio de parábolas [...] y no les hablaba sin parábolas» (Mt 13, 3.34). Jesús en su anuncio del reino de Dios, nunca se dirigía a sus interlocutores con un lenguaje vago, abstracto y etéreo, sino que les conquistaba partiendo justamente de la tierra, donde apoyaban sus pies para conducirlos de lo cotidiano, a la revelación del reino de los cielos. Se vuelve entonces significativa la escena evocada por Juan: «Algunos quisieron prenderlo, pero ninguno le echó mano.

Los guardias volvieron a los principales sacerdotes y a los fariseos. Y ellos les preguntaron: ¿Por qué no lo trajiste? Los guardias respondieron: «Jamás hombre alguno habló como este hombre» (7, 44-46).

12. Cristo camina por las calles de nuestras ciudades y se detiene ante el umbral de nuestras casas: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo» (Ap 3, 20). La familia, encerrada en su hogar, con sus alegrías y sus dramas, es un espacio fundamental en el que debe entrar la Palabra de Dios. La Biblia está llena de pequeñas y grandes historias familiares y el Salmista imagina con vivacidad el cuadro sereno de un padre sentado a la mesa, rodeado de su esposa, como una vid fecunda, y de sus hijos, como «brotes de olivo» (Sal 128). Los primeros cristianos celebraban la liturgia en lo cotidiano de una casa, así como Israel confiaba a la familia la celebración de la Pascua (cf. Ex 12, 21-27). La Palabra de Dios se transmite de una generación a otra, por lo que los padres se convierten en «los primeros predicadores de la fe» (LG 11). El Salmista también recordaba que «lo que hemos oído y aprendido, lo que nuestros padres nos contaron, no queremos ocultarlo a nuestros hijos, lo narraremos a la próxima generación: son las glorias del Señor y su poder, las maravillas que Él realizó; ... y podrán contarlas a sus propios hijos» (Sal 78, 3-4.6).

Cada casa deberá, pues, tener su Biblia y custodiarla de modo concreto y digno, leerla y rezar con ella, mientras que la familia deberá proponer formas y modelos de educación orante, catequística y didáctica sobre el uso de las Escrituras, para que «jóvenes y doncellas también,

los viejos junto con los niños» (Sal 148, 12) escuchen, comprendan, alaben y vivan la Palabra de Dios. En especial, las nuevas generaciones, los niños, los jóvenes, tendrán que ser los destinatarios de una pedagogía apropiada y específica, que los conduzca a experimentar el atractivo de la figura de Cristo, abriendo la puerta de su inteligencia y su corazón, a través del encuentro y el testimonio auténtico del adulto, la influencia positiva de los amigos y la gran familia de la comunidad eclesial.

13. Jesús, en la parábola del sembrador, nos recuerda que existen terrenos áridos, pedregosos y sofocados por los abrojos (cf. Mt 13, 3-7). Quien entra en las calles del mundo descubre también los bajos fondos donde anidan sufrimientos y pobreza, humillaciones y opresiones, marginación y miserias, enfermedades físicas, psíquicas y soledades. A menudo, las piedras de las calles están ensangrentadas por guerras y violencias, en los centros de poder la corrupción se reúne con la injusticia. Se alza el grito de los perseguidos por la fidelidad a su conciencia y su fe. Algunos se ven arrollados por la crisis existencial o su alma se ve privada de un significado que dé sentido y valor a la vida misma. Como es «mera sombra el humano que pasa, sólo un soplo las riquezas que amontona» (Sal 39,7), muchos sienten cernirse sobre ellos también el silencio de Dios, su aparente ausencia e indiferencia: «¿Hasta cuándo, Señor? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro?» (Sal 13, 2). Y al final, se yergue ante todos el misterio de la muerte.

La Biblia, que propone precisamente una fe histórica y encarnada, representa incesantemente este inmenso grito de dolor que sube de la tierra hacia el cielo. Bastaría sólo

con pensar en las páginas marcadas por la violencia y la opresión, en el grito áspero y continuado de Job, en las vehementes súplicas de los salmos, en la sutil crisis interior que recorre el alma del Eclesiastés, en las vigorosas denuncias proféticas contra las injusticias sociales. Además, se presenta sin atenuantes la condena del pecado radical, que aparece en todo su poder devastador desde los exordios de la humanidad en un texto fundamental del Génesis (c. 3). En efecto, el «misterio del pecado» está presente y actúa en la historia, pero es revelado por la Palabra de Dios que asegura en Cristo la victoria del bien sobre el mal.

Pero, sobre todo, en las Escrituras domina principalmente la figura de Cristo, que comienza su ministerio público precisamente con un anuncio de esperanza para los últimos de la tierra: «El Espíritu del Señor está sobre mí; porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19). Sus manos tocan repetidamente cuerpos enfermos o infectados, sus palabras proclaman la justicia, infunden valor a los infelices, conceden el perdón a los pecadores. Al final, él mismo se acerca al nivel más bajo, «despojándose a sí mismo» de su gloria, «tomando la condición de esclavo, asumiendo la semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre ... se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz» (Flp 2, 7-8).

Así, siente miedo de morir («Padre, si es posible, ¡aparta de mí este cáliz!»), experimenta la soledad con el abandono y la traición de los amigos, penetra en la oscuridad del dolor físico más cruel con la crucifixión e incluso en las tinieblas

del silencio del Padre («Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?») y llega al precipicio último de cada hombre, el de la muerte («dando un fuerte grito, expiró»). Verdaderamente, a él se puede aplicar la definición que Isaías reserva al Siervo del Señor: «varón de dolores y que conoce el sufrimiento» (cf. 53, 3).

Y aún así, también en ese momento extremo, no deja de ser el Hijo de Dios: en su solidaridad de amor y con el sacrificio de sí mismo siembra en el límite y en el mal de la humanidad una semilla de divinidad, o sea, un principio de liberación y de salvación; con su entrega a nosotros circunda de redención el dolor y la muerte, que él asumió y vivió, y abre también para nosotros la aurora de la resurrección. El cristiano tiene, pues, la misión de anunciar esta Palabra divina de esperanza, compartiéndola con los pobres y los que sufren, mediante el testimonio de su fe en el Reino de verdad y vida, de santidad y gracia, de justicia, de amor y paz, mediante la cercanía amorosa que no juzga ni condena, sino que sostiene, ilumina, conforta y perdona, siguiendo las palabras de Cristo: «Vengan a mí, todos los que están fatigados y agobiados, y yo les daré descanso» (Mt 11, 28).

14. Por los caminos del mundo la Palabra divina genera para nosotros, los cristianos, un encuentro intenso con el pueblo judío, al que estamos íntimamente unidos a través del reconocimiento común y el amor por las Escrituras del Antiguo Testamento, y porque de Israel «procede Cristo según la carne» (Rm 9, 5). Todas las sagradas páginas judías iluminan el misterio de Dios y del hombre, revelan tesoros de reflexión y de moral, trazan el largo itinerario de la historia de la salvación hasta su pleno cumplimiento,

ilustran con vigor la encarnación de la Palabra divina en las vicisitudes humanas. Nos permiten comprender plenamente la figura de Cristo, quien había declarado «No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento» (Mt 5, 17), son camino de diálogo con el pueblo elegido que ha recibido de Dios «la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas» (Rm 9, 4), y nos permiten enriquecer nuestra interpretación de las Sagradas Escrituras con los recursos fecundos de la tradición exegética judaica.

«Bendito sea mi pueblo Egipto, la obra de mis manos Asiria, y mi heredad Israel» (Is 19, 25). El Señor extiende, por lo tanto, el manto de protección de su bendición sobre todos los pueblos de la tierra, deseoso de que «todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (1Tm 2, 4). También nosotros, los cristianos, por los caminos del mundo, estamos invitados - sin caer en el sincretismo que confunde y humilla la propia identidad espiritual - a entrar con respeto en diálogo con los hombres y mujeres de otras religiones, que escuchan y practican fielmente las indicaciones de sus libros sagrados, comenzando por el islamismo, que en su tradición acoge innumerables figuras, símbolos y temas bíblicos y nos ofrece el testimonio de una fe sincera en el Dios único, compasivo y misericordioso, Creador de todo el ser y Juez de la humanidad.

El cristiano encuentra, además, sintonías comunes con las grandes tradiciones religiosas de Oriente que nos enseñan en sus textos sagrados el respeto a la vida, la contemplación, el silencio, la sencillez, la renuncia, como sucede en el budismo. O bien, como en el hinduismo, exaltan el sentido de lo sagrado, el sacrificio, la peregrinación, el ayuno, los símbolos sagrados. O, también, como en el confucionismo,

enseñan la sabiduría y los valores familiares y sociales. También queremos prestar nuestra cordial atención a las religiones tradicionales, con sus valores espirituales expresados en los ritos y las culturas orales, y entablar con ellas un respetuoso diálogo; y con cuantos no creen en Dios, pero se esfuerzan por «respetar el derecho, amar la lealtad, y proceder humildemente» (Mi 6, 8), tenemos que trabajar por un mundo más justo y en paz, y ofrecer en diálogo nuestro genuino testimonio de la Palabra de Dios, que puede revelarles nuevos y más altos horizontes de verdad y de amor.

15. En su Carta a los artistas (1999), Juan Pablo II recordaba que «la Sagrada Escritura se ha convertido en una especie de inmenso vocabulario» (P. Claudel) y de «Atlas iconográfico» (M. Chagall) del que se han nutrido la cultura y el arte cristianos» (n. 5). Goethe estaba convencido de que el Evangelio fuera la «lengua materna de Europa». La Biblia, como se suele decir, es «el gran código» de la cultura universal: los artistas, idealmente, han impregnado sus pinceles en ese alfabeto teñido de historias, símbolos, figuras que son las páginas bíblicas; los músicos han tejido sus armonías alrededor de los textos sagrados, especialmente los salmos; los escritores durante siglos han retomado esas antiguas narraciones que se convertían en parábolas existenciales; los poetas se han planteado preguntas sobre los misterios del espíritu, el infinito, el mal, el amor, la muerte y la vida, recogiendo con frecuencia el clamor poético que animaba las páginas bíblicas; los pensadores, los hombres de ciencia y la misma sociedad a menudo tenían como punto de referencia, aunque fuera por contraste, los conceptos espirituales y éticos (pensemos en

el Decálogo) de la Palabra de Dios. Aun cuando la figura o la idea presente en las Escrituras se deformaba, se reconocía que era imprescindible y constitutiva de nuestra civilización. Por esto, la Biblia - que también enseña la via pulchritudinis, es decir, el camino de la belleza para comprender y llegar a Dios («¡tocad para Dios con destreza!», nos invita el Sal 47, 8) - no sólo es necesaria para el creyente, sino para todos, para descubrir nuevamente los significados auténticos de las varias expresiones culturales y, sobre todo, para encontrar nuevamente nuestra identidad histórica, civil, humana y espiritual. En ella se encuentra la raíz de nuestra grandeza y mediante ella podemos presentarnos con un noble patrimonio a las demás civilizaciones y culturas, sin ningún complejo de inferioridad. Por lo tanto, todos deberían conocer y estudiar la Biblia, bajo este extraordinario perfil de belleza y fecundidad humana y cultural.

No obstante, la Palabra de Dios - para usar una significativa imagen paulina - «no está encadenada» (2Tm 2, 9) a una cultura; es más, aspira a atravesar las fronteras y, precisamente el Apóstol fue un artífice excepcional de inculturación del mensaje bíblico dentro de nuevas coordenadas culturales. Es lo que la Iglesia está llamada a hacer también hoy, mediante un proceso delicado pero necesario, que ha recibido un fuerte impulso del magisterio del Papa Benedicto XVI. Tiene que hacer que la Palabra de Dios penetre en la multiplicidad de las culturas y expresarla según sus lenguajes, sus concepciones, sus símbolos y sus tradiciones religiosas. Sin embargo, debe ser capaz de custodiar la sustancia de sus contenidos, vigilando y evitando el riesgo de degeneración.

La Iglesia tiene que hacer brillar los valores que la Palabra de Dios ofrece a otras culturas, de manera que puedan llegar a ser purificadas y fecundadas por ella. Como dijo Juan Pablo II al episcopado de Kenya durante su viaje a África en 1980, «la inculturación será realmente un reflejo de la encarnación del Verbo, cuando una cultura, transformada y regenerada por el Evangelio, produce en su propia tradición expresiones originales de vida, de celebración y de pensamiento cristiano».

CONCLUSIÓN

«La voz de cielo que yo había oído me habló otra vez y me dijo: «Toma el librito que está abierto en la mano del ángel ...». Y el ángel me dijo: «Toma, devóralo; te amargarán las entrañas, pero en tu boca será dulce como la miel». Tomé el librito de la mano del ángel y lo devoré; y fue en mi boca dulce como la miel; pero, cuando lo comí, se me amargarón las entrañas» (Ap 10, 8-11).

Hermanos y hermanas de todo el mundo, acojamos también nosotros esta invitación; acerquémonos a la mesa de la Palabra de Dios, para alimentarnos y vivir «no sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor» (Dt 8, 3; Mt 4, 4). La Sagrada Escritura - como afirmaba una gran figura de la cultura cristiana - «tiene pasajes adecuados para consolar todas las condiciones humanas y pasajes adecuados para atemorizar en todas las condiciones» (B. Pascal, Pensieri, n. 532 ed. Brunsvicg).

La Palabra de Dios, en efecto, es «más dulce que la miel, más que el jugo de panales» (Sal 19, 11), es «antorcha para mis pasos, luz para mi sendero» (Sal 119, 105), pero también «como el fuego y como un martillo que golpea la

peña» (Jr 23, 29). Es como una lluvia que empapa la tierra, la fecunda y la hace germinar, haciendo florecer de este modo también la aridez de nuestros desiertos espirituales (cf. Is 55, 10-11). Pero también es «viva, eficaz y más cortante que una espada de dos filos. Penetra hasta la división entre alma y espíritu, articulaciones y médulas; y discierne sentimientos y pensamientos del corazón» (Hb 4, 12).

Nuestra mirada se dirige con afecto a todos los estudiosos, a los catequistas y otros servidores de la Palabra de Dios para expresarles nuestra gratitud más intensa y cordial por su precioso e importante ministerio. Nos dirigimos también a nuestros hermanos y hermanas perseguidos o asesinados a causa de la Palabra de Dios y el testimonio que dan al Señor Jesús (cf. Ap 6, 9): como testigos y mártires nos cuentan «la fuerza de la palabra» (Rm 1, 16), origen de su fe, su esperanza y su amor por Dios y por los hombres.

Hagamos ahora silencio para escuchar con eficacia la Palabra del Señor y mantengamos el silencio luego de la escucha porque seguirá habitando, viviendo en nosotros y hablándonos. Hagámosla resonar al principio de nuestro día, para que Dios tenga la primera palabra y dejémosla que resuene dentro de nosotros por la noche, para que la última palabra sea de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, «Te saludan todos los que están conmigo. Saluda a los que nos aman en la fe. ¡La gracia con todos vosotros!» (Tt 3, 15)

8 - CONCLUSIONES DEL I CONGRESO DE LAICOS



Una vez concluido el Congreso de Laicos en la Diócesis de Orihuela-Alicante hemos querido recoger el sentir y la reflexión de los que han participado en el mismo. Tanto los trabajos previos como los desarrollados en los talleres han servido para escuchar la voz, las sugerencias y esperanzas de muchas personas involucradas en la tarea pastoral diocesana. Se constata en la diócesis de Orihuela-Alicante la presencia de un laicado deseoso de avanzar en su vocación laical y comprometido en su misión.

El Congreso ha sido un regalo del Señor y una gozosa experiencia de comunión eclesial, que nos ha ayudado a comprender la importancia de la vocación y misión laical en este momento de la Iglesia y de la sociedad alicantina. Con el fin de facilitar la operatividad de nuestro Congreso, a partir del trabajo realizado tanto en la fase previa como en los días finales, presentamos las siguientes conclusiones, que se ofrecen a todos los diocesanos:

1.- Afianzar la conciencia de la vocación específica del cristiano laico

Ser cristiano es la respuesta a una llamada de Dios en una Iglesia vocacional toda ella. Se advierte la necesidad de profundizar en la vocación propia del laico, que tiene su fuente permanente en el bautismo y la confirmación. Para ello es importante apoyar pastoralmente y con los medios al alcance de las manos para que los laicos sean más conscientes de su vocación, sin olvidar que la viven en relación con las demás vocaciones específicas. Todas ellas expresan la riqueza del misterio de Cristo. Los laicos son

invitados a valorar y agradecer la vocación y el servicio de los sacerdotes y los sacerdotes son invitados igualmente a reconocer, potenciar y acompañar la vocación específica de los laicos.

Cristo es el referente continuo para llevar a cabo la vocación y la misión laical. Es necesario crecer en el encuentro personal con Jesucristo para fortalecer la vida interior del laicado y su conciencia misionera.

2.- Reconocer la pluralidad de estilos laicales en la comunión eclesial

Dentro del misterio de comunión y misión que es la Iglesia, son diversas las formas de vivir la vocación laical. Esta diversidad es una riqueza que el Espíritu Santo deposita en nuestra Iglesia Diocesana.

Para ello, es preciso crear espacios de diálogo y encuentro entre los diversos estilos y espiritualidades laicales, haciendo así más fecunda su vivencia de la fe cristiana y su misión evangelizadora.

3.- Profundizar en la espiritualidad propia del laico

Para presentar a Jesucristo aquí y ahora, se ve la necesidad de cuidar la vida espiritual, hasta alcanzar la con-formación con Él. Necesitamos el alimento continuo de la Palabra de Dios y de la Eucaristía, la oración personal y comunitaria, los momentos de silencio y reflexión, el acompañamiento para crecer espiritualmente.

Dado que el mundo es el lugar propio de la santificación del laico, la espiritualidad debe ayudar a vivir la unidad entre la fe y la vida, cultivando una lectura creyente de la realidad,

que reconozca a Dios en la vida. Se pide ser contemplativos en la acción.

4.- Fortalecer y optimizar la formación integral del laicado

Para dar razón de nuestra fe, se ha de potenciar la formación en todas sus dimensiones: humana, espiritual, doctrinal, social y pastoral. Se necesita una formación integral y sistematizada, adaptada a las distintas realidades, y tratando de que sea formación permanente de los laicos. Para lograr este objetivo tendrá en cuenta la Doctrina Social de la Iglesia, que ayude a vivir la caridad política.

Esto pide impulsar con decisión y dar a conocer todos los medios que contribuyen a la formación, tanto a nivel parroquial-arciprestal como en los movimientos y asociaciones de apostolado. Y también la tarea formativa que se realiza, a nivel diocesano, en la Escuela Diocesana de Agentes de Pastoral y en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas.

5.- Seguir avanzando en el campo de la corresponsabilidad en la vida de la Iglesia

Se pide una mayor atención a los medios y ámbitos que expresan la corresponsabilidad de los laicos en la vida de la Iglesia, en una espiritualidad de comunión. Debe crecer la participación de los laicos en las tareas pastorales, iniciando o mejorando los consejos de pastoral y economía como medios de vivencia de la corresponsabilidad. Allí donde se vea oportuno, intégrese a los laicos en la vida del arciprestazgo y fórmense mesas de laicos que

faciliten el discernimiento de las cuestiones pastorales y la coordinación y desarrollo de las mismas. Con este fin, ha de cuidarse de todo lo que favorezca el diálogo y la comunicación.

6.- Crecer en la conciencia de que la evangelización es tarea de todos

La evangelización es tarea de toda la Iglesia. Todos los bautizados nos movemos en torno a Jesucristo y existimos para que Él sea conocido, amado y seguido. Los cristianos laicos también participan con pleno derecho de esta misión común.

El anuncio de Jesucristo tiene que ir acompañado del testimonio tanto personal como comunitario, en todos los ámbitos de la vida, desde la familia a la vida pública, viviendo en coherencia con lo que se cree. El estilo de vida evangélico supone una alternativa a los contravalores de la sociedad.

7.- Anunciar a Cristo con audacia y humildad

Es en esta sociedad en que nos ha tocado vivir hoy, donde tenemos que anunciar la Buena Noticia, con audacia, valentía y humildad, superando miedos y dudas, viendo la realidad actual, plural y secularizada, como un reto y una oportunidad para la evangelización. Nuestra actitud ha de ser de cercanía y de servicio, siempre y a todos.

Es importante realizar una presentación inteligente y oportuna de lo nuclear cristiano, sabiendo «dar razón de la esperanza» con «dulzura y respeto» (1 Pe 3, 15).

Actualicemos, para lograr este objetivo, la manera de transmitir el mensaje, para llegar mejor al mundo, cultivando un lenguaje experiencial, que resulte significativo también para no creyentes.

8.- Potenciar y apoyar la presencia de los cristianos en el corazón del mundo

Es necesaria una mayor presencia activa y significativa de los cristianos en la vida pública. Frente a la tendencia a recluirse en tareas intraeclesiales, se subraya que el mundo es el campo propio en el que se desarrolla la vocación laical. Lo específico del laicado es santificar el mundo desde dentro, a modo de fermento.

Esta presencia pública, ha de estar especialmente encaminada a:

- Promover la dignidad de la persona humana
- Cuidar el campo de la familia
- Fomentar el diálogo fe-cultura
- Participar en la construcción de la sociedad civil (vida política, económica, sindical, cultural,...) transformándola desde los valores evangélicos
- Luchar por la justicia, la paz y la solidaridad con los más pobres.

Es importante que la Diócesis conozca, valore, acompañe, impulse y envíe a los laicos a estar y vivir en el mundo. Urge, de modo especial, que se establezcan medios para acompañar desde la Iglesia a los laicos que se implican en la vida pública.

9.- Fomentar el asociacionismo laical

El apostolado asociado es un cauce apropiado para desarrollar la vocación laical y para colaborar en la tarea evangelizadora de la Iglesia, ya que es expresión, tanto de la naturaleza asociativa de la persona como de la misma naturaleza y misión de la Iglesia. Este apostolado ha de estar sustentado en el espíritu de comunión diocesana. Es igualmente oportuno promover la valoración mutua entre los distintos movimientos y asociaciones.

Sigue siendo fundamental que en la Diócesis se favorezca y fomente el asociacionismo laical, se posibilite el conocimiento de su sentido y su labor, se potencien los distintos movimientos laicales, y se mejoren los cauces de coordinación entre las distintas realidades asociativas existentes.

10.- Consolidar la identidad cristiana y sentido de pertenencia a la Iglesia

La debilidad de la presencia de los cristianos en la vida pública se debe, en muchas ocasiones, a la debilidad de su identidad eclesial. Por ello, se precisa consolidar el sentido de pertenencia a la Iglesia de todos los cristianos, que deben sentirse miembros vivos y activos de la misma. Hemos de sentir la Iglesia como comunidad y familia, potenciando la comunión entre todos, fomentando el trabajo en equipo y la coordinación, el sentido de colaboración, para de esta manera hacer que la Iglesia sea «casa y cosa de todos».

Con la ayuda del Señor, Dueño de la mies, queremos y debemos empeñarnos en ello.

Comisión organizadora del Congreso de Laicos

**PLANTILLA PARA
LA ELABORACIÓN DE
LA PROGRAMACIÓN
PASTORAL
PARROQUIAL
2011 - 2012**

Plantilla para la elaboración de la Programación pastoral parroquial

NB:

Las demás instituciones eclesiales, no estrictamente parroquiales (comunidades de vida consagrada, asociación o movimiento de apostolado seglar, comunidad de vida cristiana, colegio católico, cofradía, grupo de vida cristiana, secretariado diocesano, delegación, arciprestazgo, vicaría...), también son invitadas a elaborar su propia programación pastoral, estando muy atentas a las prioridades de la diócesis, y teniendo en cuenta su propia naturaleza y fines y la situación de sus destinatarios:

- Prioridad Diocesana 2011-2014: Revitalizar la parroquia para que crezca como comunidad evangelizada y evangelizadora.
- Prioridad pastoral parroquial 2011-2014:.....
- Objetivo diocesano 2011-2012: Revitalizar la comunidad parroquial (cristiana) cuidando especialmente «la inspiración vocacional» de toda la pastoral.
- Objetivo parroquial 2011-2012:.....

Posibles aspectos a tener en cuenta	Objetivos específicos	Acciones, medios	Responsables, recursos humanos y materiales	Calendario	Evaluación
<p>1. Una parroquia en permanente actitud de «escucha»</p> <ul style="list-style-type: none"> • La parroquia, escuela de oración. • El fomento de la adoración ante el Santísimo Sacramento y las capillas de adoración perpetua. • La búsqueda de la voluntad de Dios a la hora de tomar decisiones personales y comunitarias. • La vivencia agradecida del don de la fe. • La necesidad de una permanente conversión a Jesucristo. • La escucha de las alegrías y preocupaciones de los hombres de nuestro tiempo, especialmente de los más pobres. • La escucha de Dios en los signos de los tiempos. 					
<p>2. Una parroquia enriquecida por las diferentes «vocaciones»:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Toda vida cristiana es vocación (llamada de Dios y respuesta libre del hombre). • La cultura de la vocación. • El cuidado y la promoción de las tres vocaciones eclesiales fundamentales (laicado, vida consagrada y sacerdocio ordenado). • La vocación al matrimonio. • La apertura a todas las demás vocaciones y carismas. 					

Posibles aspectos a tener en cuenta	Objetivos específicos	Acciones, medios	Responsables, recursos humanos y materiales	Calendario	Evaluación
<p>3. Una parroquia con espíritu de «familia»</p> <ul style="list-style-type: none"> • La Trinidad, fuente y referente de toda vida cristiana. • El sentido de pertenencia eclesial; el cuidado de todo lo común y comunitario. • El cuidado del tejido comunitario de la sociedad y de la Iglesia. • El estímulo del apostolado asociado de los laicos. • La unidad en lo fundamental y la apertura a las legítimas diferencias. 					
<p>4. Una parroquia «en estado de formación permanente»</p> <ul style="list-style-type: none"> • Todos, discípulos del único Maestro; todos, llamados a una radical conversión al Señor. • El Kerigma, el anuncio de lo fundamental cristiano. • Las diferentes plataformas de anuncio del Evangelio y de profundización en la fe: iniciación cristiana, catequesis, religiosidad popular, fiestas patronales, encuentros ocasionales.... • El aprovechamiento de las ofertas diocesanas de formación: Instituto Superior de Ciencias Religiosas, Escuela Diocesana de Agentes de Pastoral... • La formación sistemática de los diferentes movimientos o asociaciones. • La formación integral de todos los agentes de pastoral: catequistas, voluntarios de Cáritas, miembros de equipos de liturgia, animadores juveniles, visitadores de enfermos, voluntarios en la prisión, miembros de equipos de misiones... • La lectura personal y comunitaria de la primera ponencia del Congreso Diocesano de Laicos. 					
<p>5. Una parroquia donde «los pobres» se sientan como en «su casa»</p> <ul style="list-style-type: none"> • La acogida y la escucha de todos. • La predilección por los últimos. • El fortalecimiento de la acción caritativa y la respuesta cristiana a la crisis. • La vivencia de la caridad como vocación (la predilección de Dios por los más pobres y la colaboración humana). 					

Posibles aspectos a tener en cuenta	Objetivos específicos	Acciones, medios	Responsables, recursos humanos y materiales	Calendario	Evaluación
<p>6. Una parroquia especialmente activa en la «evangelización de los jóvenes»</p> <ul style="list-style-type: none"> • Ecos y enseñanzas de la Jornada Mundial de la Juventud. • Mayor dedicación de recursos humanos y materiales. • Nuevas convocatorias de jóvenes y acompañantes • Acompañamiento personal-espiritual de niños, jóvenes y adultos. • Discernimiento vocacional. 					
<p>7. Una parroquia que privilegie el trabajo pastoral con «adultos»</p> <ul style="list-style-type: none"> • La acogida y el acompañamiento de los que están en búsqueda; la búsqueda y el encuentro con los que no creen. • La formación de catequistas de adultos. • El apoyo a todos los Catecumenados en funcionamiento. • El afianzamiento de los catecumenados diocesanos de Adultos Bautizados y de Adultos No-Bautizados. • La acogida y el acompañamiento de los movimientos y asociaciones de Acción Católica y Apostolado Seglar. 					
<p>8. Un parroquia...</p>					

**CALENDARIO
PASTORAL
DIOCESANO
2011-2012**

Septiembre 2011

- 1 Jueves
2 Viernes
3 Sábado
4 **Domingo**
5 Lunes
6 Martes
7 Miércoles
8 Jueves
9 Viernes
10 Sábado
11 **Domingo**
12 Lunes *Comienzan Ejercicios Espirituales Sacerdotes*
13 Martes
14 Miércoles
15 Jueves
16 Viernes *Finalizan Ejercicios Espirituales Sacerdotes*
17 Sábado
18 **Domingo**
19 Lunes
20 Martes
21 Miércoles
22 Jueves
23 Viernes
24 Sábado *Ntra. Sra. de la Merced. Jornada de Prisiones.*
25 **Domingo**
26 Lunes *Cursillo de Arciprestes. Vicaría V: presentación de la programación diocesana*
27 Martes *Cursillo de Arciprestes. Vicaría II: presentación de la programación diocesana. Profesión de fe y envío profesores ERE*
28 Miércoles *Vicaría III: presentación de la programación diocesana.*
29 Jueves *San Miguel. Apertura de curso Seminario. Vicaría IV: presentación de la programación diocesana.*
30 Viernes *Jornada de Colegios Diocesanos*

Octubre 2011

1	Sábado	<i>Órdenes de diácono</i>
2	Domingo	
3	Lunes	<i>Vicaría I: presentación de la programación diocesana</i>
4	Martes	
5	Miércoles	
6	Jueves	
7	Viernes	
8	Sábado	
9	Domingo	<i>Día de la Comunidad Valenciana</i>
10	Lunes	
11	Martes	
12	Miércoles	<i>Ntra. Sra. del Pilar</i>
13	Jueves	
14	Viernes	
15	Sábado	<i>Consejo Diocesano de Pastoral. Convivencia Confer</i>
16	Domingo	
17	Lunes	
18	Martes	<i>Apertura de curso de la Curia Diocesana</i>
19	Miércoles	
20	Jueves	
21	Viernes	<i>Congreso nacional y provincial de Cofradías S. S.</i>
22	Sábado	<i>Congreso nacional y provincial de Cofradías S. S.</i>
23	Domingo	<i>Domund. Congreso nacional y provincial de Cofradías S. S.</i>
24	Lunes	
25	Martes	
26	Miércoles	
27	Jueves	
28	Viernes	
29	Sábado	
30	Domingo	
31	Lunes	

Noviembre 2011

1	Martes	<i>Todos los Santos</i>
2	Miércoles	<i>Fieles Difuntos</i>
3	Jueves	
4	Viernes	<i>Ejercicios espirituales para jóvenes (tanda 1)</i>
5	Sábado	<i>Ejercicios espirituales para jóvenes (tanda 1). Escuela de Formación de Cáritas. Encuentro Oración Confer</i>
6	Domingo	<i>Ejercicios espirituales para jóvenes (tanda 1). Escuela de Formación de Cáritas</i>
7	Lunes	<i>Comienzan Ejercicios Espirituales Sacerdotes</i>
8	Martes	
9	Miércoles	
10	Jueves	
11	Viernes	<i>Finalizan Ejercicios Espirituales Sacerdotes</i>
12	Sábado	<i>Reunión de secretariados y consejo episcopal</i>
13	Domingo	<i>Día de la Iglesia Diocesana. Entrega insignias "Pro Ecclesia Diocesana"</i>
14	Lunes	<i>Colegio de Arciprestes</i>
15	Martes	<i>Jornadas de teología para sacerdotes</i>
16	Miércoles	
17	Jueves	
18	Viernes	
19	Sábado	<i>Jornada Espiritualidad profesores</i>
20	Domingo	<i>Cristo Rey</i>
21	Lunes	
22	Martes	
23	Miércoles	<i>Jornadas de teología para sacerdotes</i>
24	Jueves	
25	Viernes	
26	Sábado	<i>Encuentro diocesano de niños. Retiro Confer</i>
27	Domingo	<i>I Domingo de Adviento. Encuentro Diocesano Acción Católica</i>
28	Lunes	<i>Vicaría V: Retiro de adviento para sacerdotes</i>
29	Martes	
30	Miércoles	

Diciembre 2011

1	Jueves	<i>Jornadas de teología para sacerdotes</i>
2	Viernes	
3	Sábado	<i>San Francisco Javier. Jornada de enfermos misioneros. Vicaría I: Retiro de adviento para sacerdotes</i>
4	Domingo	
5	Lunes	<i>Vicaría IV: Retiro de adviento para sacerdotes</i>
6	Martes	<i>Día de la Constitución</i>
7	Miércoles	
8	Jueves	<i>Inmaculada Concepción. Admisión a las Sagradas Ordenes</i>
9	Viernes	
10	Sábado	<i>Consejo Presbiteral</i>
11	Domingo	
12	Lunes	<i>Vicaría II: Retiro de adviento para sacerdotes</i>
13	Martes	
14	Miércoles	
15	Jueves	
16	Viernes	
17	Sábado	
18	Domingo	<i>XXV Festival Diocesano de Villancicos</i>
19	Lunes	<i>Vicaría III: Retiro de adviento para sacerdotes</i>
20	Martes	
21	Miércoles	
22	Jueves	
23	Viernes	
24	Sábado	
25	Domingo	<i>Navidad</i>
26	Lunes	
27	Martes	
28	Miércoles	
29	Jueves	
30	Viernes	<i>Sagrada Familia. Día de la Familia y la vida</i>
31	Sábado	

Enero 2012

- 1 **Domingo** *Sta. María, Madre de Dios. Jornada de oración por la paz*
- 2 Lunes
- 3 Martes
- 4 Miércoles
- 5 Jueves
- 6 Viernes *Epifanía. Jornada del IEME. Catequistas nativos*
- 7 Sábado
- 8 **Domingo** *Bautismo del Señor*
- 9 Lunes
- 10 Martes
- 11 Miércoles
- 12 Jueves
- 13 Viernes
- 14 Sábado
- 15 **Domingo** *Jornada Mundial de las Migraciones*
- 16 Lunes
- 17 Martes
- 18 Miércoles *Inicio Semana de Oración por la unidad de los cristianos*
- 19 Jueves
- 20 Viernes
- 21 Sábado *Consejo Diocesano de Pastoral*
- 22 **Domingo** *Jornada de la Infancia Misionera*
- 23 Lunes
- 24 Martes *XXIV Aniversario Consagración Episcopal D. Rafael*
- 25 Miércoles *Conclusión Octavario de Oración por la unidad de los cristianos.*
- 26 Jueves
- 27 Viernes *Celebración de Santo Tomás de Aquino en Seminario*
- 28 Sábado
- 29 **Domingo**
- 30 Lunes
- 31 Martes

Febrero 2012

- 1 Miércoles
- 2 Jueves *Presentación del Señor. Jornada de la Vida Consagrada*
- 3 Viernes
- 4 Sábado *IV Encuentro Interdiocesano de Cofradías Semana Santa.*
- 5 Domingo**
- 6 Lunes *Comienzan Ejercicios Espirituales para sacerdotes*
- 7 Martes
- 8 Miércoles
- 9 Jueves
- 10 Viernes *Finalizan Ejercicios Espirituales para sacerdotes. Día del Ayuno Voluntario.
Ejercicios Espirituales profesores*
- 11 Sábado *Jornada Mundial del Enfermo. Ejercicios Espirituales profesores*
- 12 Domingo** *Colecta de Manos Unidas. Ejercicios Espirituales profesores*
- 13 Lunes *Colegio de Arciprestes*
- 14 Martes
- 15 Miércoles
- 16 Jueves
- 17 Viernes *Ejercicios espirituales para jóvenes (tanda 2)*
- 18 Sábado *Ejercicios espirituales para jóvenes (tanda 2) Encuentro oración Confer*
- 19 Domingo** *Ejercicios espirituales para jóvenes (tanda 2)*
- 20 Lunes *Vicaría III: Retiro de cuaresma para sacerdotes*
- 21 Martes
- 22 Miércoles *Miércoles de Ceniza.*
- 23 Jueves
- 24 Viernes
- 25 Sábado *Cursillo de laicos*
- 26 Domingo** *I Domingo de Cuaresma.*
- 27 Lunes *Vicaría V: Retiro de cuaresma para sacerdotes*
- 28 Martes
- 29 Miércoles

Marzo 2012

1	Jueves	
2	Viernes	
3	Sábado	<i>Vicaría I: Retiro de cuaresma para sacerdotes</i>
4	Domingo	<i>Jornada de Hispanoamérica. Encuentro diocesano de Catequistas</i>
5	Lunes	<i>Vicaría IV: Retiro de cuaresma para sacerdotes</i>
6	Martes	
7	Miércoles	
8	Jueves	<i>Día Mujer Trabajadora</i>
9	Viernes	
10	Sábado	<i>Encuentro de alumnos ERE</i>
11	Domingo	
12	Lunes	<i>Vicaría II: Retiro de cuaresma para sacerdotes</i>
13	Martes	
14	Miércoles	
15	Jueves	
16	Viernes	
17	Sábado	<i>Consejo Presbiteral</i>
18	Domingo	<i>Día Seminario</i>
19	Lunes	<i>San José</i>
20	Martes	
21	Miércoles	
22	Jueves	
23	Viernes	
24	Sábado	<i>Retiro y Asamblea Confer</i>
25	Domingo	<i>Encuentro Diocesano de Familias</i>
26	Lunes	<i>Anunciación del Señor. Jornada por la vida</i>
27	Martes	<i>Vicaría V: Retiro de cuaresma para sacerdotes</i>
28	Miércoles	
29	Jueves	
30	Viernes	
31	Sábado	<i>Encuentro diocesano de jóvenes con el Obispo</i>

Abril 2012

1	Domingo	<i>Domingo de Ramos</i>
2	Lunes	<i>Misa Crismal</i>
3	Martes	
4	Miércoles	
5	Jueves	<i>Jueves Santo</i>
6	Viernes	<i>Viernes Santo. Santos Lugares</i>
7	Sábado	<i>Sábado Santo</i>
8	Domingo	<i>Domingo de Pascua</i>
9	Lunes	
10	Martes	
11	Miércoles	
12	Jueves	
13	Viernes	
14	Sábado	
15	Domingo	
16	Lunes	<i>San Vicente Ferrer</i>
17	Martes	
18	Miércoles	
19	Jueves	<i>Santa Faz</i>
20	Viernes	
21	Sábado	
22	Domingo	<i>III Domingo de Pascua. Día del misionero diocesano</i>
23	Lunes	
24	Martes	
25	Miércoles	
26	Jueves	
27	Viernes	
28	Sábado	<i>Consejo Diocesano de Pastoral</i>
29	Domingo	<i>IV Domingo de Pascua. Jornada de oración por las vocaciones. Encuentro familias sacerdotes, misioneros, religiosos. Lectorado y Acolitado. Jornada vocaciones nativas</i>
30	Lunes	

Mayo 2012

1	Martes	<i>S. José Obrero. Día del trabajo.</i>
2	Miércoles	
3	Jueves	
4	Viernes	
5	Sábado	<i>Confirmaciones del Sr. Obispo en Catedral</i>
6	Domingo	
7	Lunes	<i>San Juan de Ávila. Día del clero diocesano</i>
8	Martes	
9	Miércoles	
10	Jueves	
11	Viernes	<i>Encuentro Oración Confer</i>
12	Sábado	
13	Domingo	<i>Pascua del enfermo</i>
14	Lunes	<i>Colegio de Arciprestes</i>
15	Martes	
16	Miércoles	
17	Jueves	
18	Viernes	
19	Sábado	<i>Encuentro Diocesano de Cáritas. Encuentro Monjas Contemplativas</i>
20	Domingo	<i>Ascensión. Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales.</i>
21	Lunes	
22	Martes	
23	Miércoles	
24	Jueves	
25	Viernes	
26	Sábado	<i>Encuentro de educadores cristianos. Confirmaciones Sr. Obispo en Concatedral</i>
27	Domingo	<i>Pentecostés. Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar</i>
28	Lunes	
29	Martes	
30	Miércoles	
31	Jueves	<i>Jesucristo, sumo y eterno sacerdote</i>

Junio 2012

- 1 Viernes
- 2 Sábado *Encuentro interdiocesano de Pastoral Obrera. Retiro Confer*
- 3 **Domingo** *Santísima Trinidad. Jornada Pro-orantibus*
- 4 Lunes
- 5 Martes
- 6 Miércoles
- 7 Jueves
- 8 Viernes
- 9 Sábado *Consejo Presbiteral*
- 10 **Domingo** *Corpus Christi. Día de la Caridad*
- 11 Lunes
- 12 Martes
- 13 Miércoles
- 14 Jueves
- 15 Viernes *Sagrado Corazón de Jesús. Jornada mundial oración por santificación sacerdotes*
- 16 Sábado *Encuentro Diocesano de Pastoral*
- 17 **Domingo**
- 18 Lunes
- 19 Martes
- 20 Miércoles
- 21 Jueves
- 22 Viernes
- 23 Sábado
- 24 **Domingo** *San Juan Bautista*
- 25 Lunes
- 26 Martes
- 27 Miércoles
- 28 Jueves
- 29 Viernes *San Pedro y San Pablo. Colecta del Óbolo de San Pedro*
- 30 Sábado *Órdenes de presbítero*

Julio 2012

- 1 **Domingo** *Jornada de responsabilidad en el tráfico*
- 2 Lunes
- 3 Martes
- 4 Miércoles
- 5 Jueves
- 6 Viernes
- 7 Sábado
- 8 **Domingo**
- 9 Lunes
- 10 Martes
- 11 Miércoles
- 12 Jueves
- 13 Viernes
- 14 Sábado
- 15 **Domingo**
- 16 Lunes *Ntra. Sra. del Carmen. Día de las gentes del mar*
- 17 Martes
- 18 Miércoles
- 19 Jueves
- 20 Viernes
- 21 Sábado
- 22 **Domingo**
- 23 Lunes
- 24 Martes
- 25 Miércoles
- 26 Jueves
- 27 Viernes
- 28 Sábado
- 29 **Domingo**
- 30 Lunes
- 31 Martes

Agosto 2012

- 1 Miércoles
- 2 Jueves
- 3 Viernes
- 4 Sábado
- 5 Domingo**
- 6 Lunes *Comienzan ejercicios espirituales para laicos (tanda 1)*
- 7 Martes
- 8 Miércoles
- 9 Jueves
- 10 Viernes *Finalizan ejercicios espirituales para laicos (tanda 1)*
- 11 Sábado
- 12 Domingo**
- 13 Lunes
- 14 Martes
- 15 Miércoles *La Asunción de Nuestra Señora*
- 16 Jueves
- 17 Viernes *Ejercicios espirituales para laicos (tanda 2)*
- 18 Sábado *Ejercicios espirituales para laicos (tanda 2)*
- 19 Domingo** *Ejercicios espirituales para laicos (tanda 2)*
- 20 Lunes
- 21 Martes
- 22 Miércoles
- 23 Jueves
- 24 Viernes *Ejercicios espirituales para laicos (tanda 3)*
- 25 Sábado *Ejercicios espirituales para laicos (tanda 3)*
- 26 Domingo** *Ejercicios espirituales para laicos (tanda 3)*
- 27 Lunes
- 28 Martes
- 29 Miércoles
- 30 Jueves
- 31 Viernes



ORACIÓN POR LA IGLESIA DIOCESANA

Oración por la Iglesia Diocesana

DIOS NUESTRO PADRE:

Tú, que eres la fuente de todo amor
y de toda vida,
en Jesús, tu Hijo,
nos has hecho hijos tuyos.
Tú nos constituiste hermanos
unos de otros,
miembros de tu familia: la Iglesia.
Hoy, Tú nos invitas a caminar unidos,
con Jesús, nuestro Hermano,
por todos los caminos de los hombres.

SEÑOR JESÚS, HIJO DE DIOS:

A ti, el enviado del Padre,
el amigo de los pequeños,
te pedimos que vengas a caminar
con nosotros.
Que tu persona inspire
nuestras iniciativas
al servicio de los hombres.
Que tu Palabra ilumine
nuestros encuentros y nuestras reuniones.
Que tu presencia dirija
nuestras palabras y nuestros hechos.

ESPÍRITU SANTO:

Tú, el Espíritu del Padre y del Hijo,
Tú, que habitas en el corazón
de todo hombre y llenas el Universo,
ven a purificar, santificar, animar,

aclarar, unir, fecundar, llenar
a la Iglesia de Dios
que está en Orihuela-Alicante.

Espíritu Santo,
Espíritu de Amor,
Soplo de vida,
concédenos el gozo de ser fortalecidos
en la fe de nuestro Bautismo,
concédenos la humildad de vivir
unidos por la misión,
concédenos la audacia de buscar
nuevas esperanzas para los más olvidados,
concédenos el don de amar
con un corazón universal.

VIRGEN MARÍA:

Madre del señor
y Madre nuestra,
acompaña nuestro quehacer diocesano
para que cada uno de nosotros
pueda conocer mejor a Jesús,
amarle y ser testigos
toda nuestra vida
de la alegría y de la paz;
para que nuestra Iglesia Diocesana
sea más fraternal y más misionera.
AMÉN.



